

NUEVAS PARABOLAS PARA EDUCAR VALORES

POR:

ANTONIO PÉREZ ESCLARÍN

Dedicatoria:

*A Maribel,
Maestra que, porque vive lo que enseña, enseña a vivir,
porque tiene el corazón atrapado por los niños,
convierte el salón de clase en una fiesta de la
creatividad y el trabajo,
y porque ama tanto y tan profundamente,
nos asoma cada día a la Bondad Infinita de Dios.*

INDICE

1.- El viento y el sol	5
2.- Los tres coladores	7
3.- El cuento de la solidaridad	10
4.- La gaviota y el pescador	12
5.- La vasija agrietada	14
6.- El secreto de la felicidad	16
7.- El árbol de problemas	18
8.- El abeto inconforme	20
9.- El país de las muletas	23
10.- Un error afortunado	27
11.- El ruiseñor	30
12.- Prakash quería ver a Dios	34
13.- El rey bueno	39
14.- Las manos mas hermosas	43
15.- ¿Dónde está Dios?	46
16.- La oracion del alfabeto	50
17.- Los tres anillos	53
18.- El regalo	54
19.- Hermanos verdaderos	57
20.- El hombre que sabía volar	60
21.- Valoramos las apariencias	63
22.- El maestro y el perro	66
23.- Jugar con Dios	68
24.- Los impuestos del rajá	70
25.- Escribir	73
26.- El viaje de la imaginacion	75
27.- Las voces del silencio	77
28.- El egoísta	79
29.- No es posible complacer a todos	81
30.- Dos cuentos de navidad	83

31.- Enseñar con la vida	86
32.- La sabiduría de reconocer la propia ignorancia	88
33.- No achagues a los demás tus propios errores	91
34.- No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti	93
35.- El amor y el tiempo	96
36.- El sueño de los tres árboles	98
37.- El papagayo de colores	101
38.- Los dos enfermos junto a la ventana	103
39.- El cocuyo	106
40.- Incomunicación	109
41.- Cuento de la cuota inicial	111
42.- Las manchas de la luna	114
43.- Caín se blanqueó de miedo	117
44.- El arbolito enfermo	119
45.- La mirada del educador	121
46.- Había una vez un remero	123
47.- Dale a cada cosa su valor	126
48.- La sabiduría de la anciana abadesa	127
49.- El rey y sus máscaras	129
50.- El samurai y el monje	132
51.- Maestros	133

PRESENTACION

En 1998, publiqué en esta misma editorial el libro “Educar valores y el valor de educar: Parábolas”. En él recogí 51 relatos breves, espigados de múltiples lecturas que, por haberlos trabajado en numerosos talleres, cursos y conferencias, sabía que eran una maravillosa estrategia para dejarse atrapar por su magia y llegar rápido al corazón.

El libro está teniendo un notable éxito y ha sido reimpresso en varias oportunidades. Numerosos maestros han incorporado las parábolas a su reflexión y su trabajo, algunos padres las han leído y comentado con sus hijos y son muchos los lectores que se han deleitado con ellas y han saboreado sus enseñanzas.

En este nuevo libro vuelvo a ofrecerles otro hermoso racimo de 51 nuevos relatos, cuentos, parábolas, con la misma intención de que ayuden a los lectores a plantearse en serio una vida en plenitud. Hoy en día, la mayoría de las personas no se atreve a vivir, a ser alfareros de sí mismos, sino que son vividos por los demás: costumbres, propagandas, modas, el qué dirán... Formarse no es meramente aprender nuevas cosas, sino que fundamentalmente es aprender a vivir, lo que implica un proceso de asumir con radicalidad la propia construcción y la permanente dignificación. Se trata de ayudar a nacer la persona que todos llevamos dentro. Por eso, educar es ayudar al alumno a conocerse, valorarse y emprender el camino de su propia realización con los demás, en libertad y responsabilidad.

Las parábolas y relatos que hoy les ofrezco provienen de numerosas y muy variadas fuentes: algunas me fueron enviadas por amigos, otras las fui recogiendo de libros, revistas, hojas sueltas, o fueron encontradas en los laberintos intrincados de la red del internet. Todas, sin embargo, han sido retrabajadas por mí y van acompañadas de una reflexión educativa propia que el lector podrá sustituir por la suya. Siempre que la conozco, cito la fuente de donde han sido tomados los cuentos y parábolas.

En esta oportunidad, en numerosos capítulos, junto al relato inicial y la reflexión que le acompaña, incluyo otro o varios relatos de cierre que complementan el sentido y abren a nuevas perspectivas y horizontes, de modo que sean posibles múltiples lecturas. De este modo, los 51 relatos se transforman en más de un centenar, que guardan en su corazón sencillo auténticas semillas de sabiduría que espero ayudarán a los lectores a vivir de un modo más consciente y responsable, es decir, más pleno y más feliz.

1.- EL VIENTO Y EL SOL

Hace muchísimos años, cuando todas las cosas tenían vida e incluso hablaban, el sol y el viento se pusieron a discutir sobre cuál de los dos era más fuerte.

La discusión fue subiendo de tono, pues cada uno de ellos estaba super convencido de su superior fortaleza. Estando en plena pelea, vieron que, debajo de ellos, caminaba plácidamente un hombre y decidieron probar con él sus fuerzas.

-Vas a ver cómo me lanzo contra él –dijo el viento-, y le quito el abrigo.

Dicho esto, el viento comenzó a soplar con todas sus fuerzas. El hombre, al sentir contra su cuerpo los manotazos del viento, dobló los brazos sobre el abrigo para protegerse mejor y se alejó apresuradamente maldiciendo.

El viento se encolerizó más todavía y trajo una fuerte lluvia contra el hombre que, en vez de soltar el abrigo, trataba de cubrirse con él lo mejor que podía. Después, el viento descargó contra él una inclemente nevada y lo único que logró fue que el hombre se acurrucara más y más debajo de su abrigo.

-Nadie le puede quitar el abrigo –dijo el viento con despecho.

-Eso lo veremos ahora –dijo el sol calmadamente, y sacando su mejor sonrisa entre dos nubes doradas, comenzó a brillar cada vez más y a lanzar mansamente a la tierra su aliento. El hombre comenzó a sentir calor y a sudar, se desabrochó el abrigo y, al rato, se lo quitó.

-Acabas de ver cómo te he vencido –le dijo el sol al viento-. Yo he logrado con suavidad lo que tú no pudiste con toda tu violencia.

* * *

Un hombre vio que una mariposa luchaba por salir de su capullo. Para su gusto, lo hacía con demasiada lentitud y, queriendo ayudarla, comenzó a soplarle suavemente. El calor de su aliento aceleró ciertamente el proceso. Pero lo que salió de allí no fue la espléndida mariposa que esperaba, sino una pobre criatura con las alas destrozadas.

(Scott Reeves).

Más puede una caricia que un grito, una ofensa, una bofetada. El amor es mucho más fuerte que la violencia y que los golpes. Ni con amenazas ni castigos lograrás entusiasmar a los alumnos, o lograrás que te quieran. Si te quieren, harán ilusionados lo que les propongas. Si te temen, difícilmente lograrás entusiasmarlos

o influirás positivamente en su conducta o en sus vidas. Ponte junto al alumno con bondad, con sencillez y con alegría, respeta su ritmo de aprender, su modo de ser. Trata de ser su amigo, y no olvides que “un amigo es alguien que sabe quién eres, que sabe por dónde has andado, que sabe todo lo que has hecho y, a pesar de todo, te invita y te ayuda a ser mejor”.

Cada alumno es distinto e irrepetible, es “modelo único”, que tiene una misión en la vida y que cuenta contigo para conocerla y realizarla. Trata de esforzarte por llegar a ser tú mismo y, de este modo, estarás enseñando, sin necesidad de palabras, a tus alumnos a serlo. Sé siempre verdadero, coherente. Si Jesús nos dijo que la verdad nos haría libres, es también cierto que sólo los libres pueden ser verdaderos.

Dios nos creó a todos creadores. Creadores del mundo y creadores de nosotros mismos. Lo que nos distingue de los animales es la capacidad de construirnos, de autocrearnos, de ser alfareros de nosotros mismos transformando el barro de nuestros talentos y posibilidades en vida y en felicidad. El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte.

Alienta a tus alumnos a que asuman el reto de su libertad. Ser libre no es hacer lo que me viene en gana, sino hacer aquello que me realiza plenamente. Invita, anima, ponte al lado del alumno, pero no impongas: Que sea él el que decida. Sé como Jesús, que sólo propone, invita y ayuda. Es lo que escribió el Beato Pedro Ruiz de los Paños, el fundador de las Discípulas de Jesús: “Dios no avasalla, no impone. Dios llama y espera. Dios se porta siempre como padre y no usa términos de violencia. Presenta la gracia, ofrece el tesoro, pero no nos obliga a abrirle por la fuerza. Espera pacientemente en la puerta, hasta que le abrimos”:

* * *

Cuentan que el artista Holman Hunt pintó un cuadro de Jesucristo llamando a la puerta de su casa. Reunió a sus amigos artistas y les pidió que miraran el cuadro con ojo crítico, para ver si detectaban algún error. Durante un buen rato lo estuvieron observando y sólo tuvieron palabras de admiración tanto para el cuadro, como para el pintor. Ante la insistencia de Hunt de que lo siguieran mirando pues sin duda tendría algún defecto, uno de los artistas más jóvenes, dijo:

-Sr. Hunt, creo que he encontrado un grave error en el cuadro. Se olvidó de pintar el pestillo de la puerta.

-Amigo mío –le respondió Hunt-, cuando Cristo llama a la puerta de tu casa, sólo se puede abrir desde dentro.

2.- LOS TRES COLADORES

En cierta ocasión, un hombre se acercó a Sócrates y le dijo:

-Tengo que contarte algo muy serio de un amigo tuyo.

Sócrates le miró profundamente con sus ojos de sabio y le preguntó:

-¿Ya pasaste lo que me quieres contar por la prueba de los tres coladores?

-¿Qué prueba es esa? -le dijo desconcertado el hombre.

-Si no lo sabes, escúchame bien. El primero de los tres es el colador de la verdad. ¿Estás completamente seguro de que es cierto lo que me quieres contar?

-En realidad, seguro, seguro, no. Creo que es cierto porque lo escuché de un hombre muy serio, que no acostumbra decir mentiras.

-Si eso es así, con toda seguridad que no lo pasaste por el segundo colador. Se trata del colador de la bondad.

El hombre se sonrojó y respondió con timidez:

-Ciertamente que no.

Sócrates lo miró compasivamente y siguió diciéndole:

-Aunque hubieras pasado lo que quieres decirme por estos dos primeros coladores, todavía te faltaría el tercero, el de la utilidad. ¿Estás seguro que me va a ser realmente útil lo que quieres contarme?

-¿Util? En verdad, no.

-¿Ves? -le dijo el sabio-, si lo que me quieres contar no sabes si es verdadero, y ciertamente no es ni bueno ni provechoso, prefiero que no me lo digas y lo guardes sólo para ti.

Habla sólo lo positivo de los demás para que se sientan aceptados, valorados, respetados. Palabras que animan, que siembran confianza, que tumban prejuicios y barreras, que calientan corazones. La palabra puede herir o animar, desanimar o entusiasmar, ser látigo o caricia. Combate las ideas preconcebidas, borra los prejuicios, limpia las mentes. No juzgues a los demás si no quieres ser juzgado.

Urge una educación que recupere la palabra como comunicación del respeto, la amistad, la verdad. Hoy se miente mucho y sin el menor pudor. La publicidad y la retórica de los politiqueros han hecho de la mentira la clave de su

éxito. Vivimos en un mundo de charlatanes, atrapados en el sonido de sus palabras huecas. Por ello, es urgente devolverle a la palabra su valor. Educar para que la palabra sea expresión de vida, compromiso.

Evita toda palabra que hiera, combate con tenacidad la cultura del grito, la ofensa y el chisme. Es muy difícil sanar un alma herida por el maltrato o reparar el buen nombre y la fama pisoteadas por mentiras y chismes:

Había una vez un joven que tenía muy mal carácter y se la pasaba siempre bravo. Un día, su padre le regaló una bolsa de clavos y le dijo que, cada vez que perdiera la paciencia, clavara uno de ellos detrás de la puerta.

El primer día, el muchacho clavó 37 clavos y un número parecido los días siguientes. Poco a poco, a medida que pasaban las semanas, el joven fue aprendiendo a controlar su carácter, pues se convenció que era más fácil dominar su mal genio que seguir clavando clavos detrás de la puerta.

Llegó por fin el día en que no se puso bravo ni una sola vez con lo que ese día no tuvo que clavar ningún clavo detrás de la puerta. Cuando se lo contó feliz a su padre, este le sugirió que, en adelante, cada día que lograra controlarse por completo, arrancara uno de los clavos que había colocado en los días anteriores detrás de la puerta.

Fueron pasando los días y el joven pudo finalmente anunciarle a su padre que ya no quedaban clavos por retirar de la puerta.

Su padre lo tomó de la mano, lo llevó hasta la puerta y le dijo:

-Te has esforzado muy duro, hijo mío, por controlar tu carácter. Te felicito. Pero mira todos esos huecos en la puerta. Ya nunca más será la misma. Cada vez que pierdes la paciencia y tratas a alguien con enojo, dejas cicatrices en su alma, exactamente como las que ves en la puerta. Es verdad que puedes ofender a alguien y luego retirar lo dicho y hasta pedirle disculpas, pero la cicatriz queda en el alma.

(Enviado por correo electrónico por William Hernández)

* * *

Cuentan que una mujer muy chismosa, que se la pasaba comiéndole cuero a los demás, acudió un día a confesarse con San Felipe Neri. Después de escuchar con mucha atención a la mujer y averiguar que solía reincidir en dicha falta aunque habitualmente se confesaba de ello, el sabio confesor le dijo al ponerle la penitencia:

-Ve a tu casa, mata una gallina y me la traes desplumándola por el camino.

La mujer obedeció y, al rato, se presentó ante el sacerdote con la gallina desplumada.

-Ahora, regresa por el camino que viniste, recoge una por una las plumas de la gallina y las vuelves a colocar en su lugar.

-¡Eso es imposible, padre! –repuso la mujer desconcertada-. ¡Nadie podría hacer eso, y mucho menos hoy, que hace tanto viento!

-Lo sé –le dijo el sacerdote con dulzura-, pero he querido hacerte comprender que si no puedes recoger las plumas de una gallina desparramadas por el viento, ¿cómo vas a poder reparar las cosas negativas que vas diciendo por allí de tu prójimo?

3.- EL CUENTO DE LA SOLIDARIDAD

-¿Puedes decirme cuánto pesa un copo de nieve? –le preguntó un colibrí a una paloma.

-Nada –fue la respuesta.

-Si eso es lo que piensas, que no pesa nada, te voy a contar una historia: El otro día me posé en la rama de un pino, cerca de su tronco. Hacía frío y comenzó a nevar mansamente. No era una de esas ventiscas terribles que azotan los árboles y los retuercen dolorosamente. Nevaba como un sueño, sin violencia, sin heridas. Como no tenía nada que hacer, empecé a contar los copos que caían sobre la rama. Había contado exactamente 3.741.902 copos, cuando cayó el siguiente -sin peso alguno, como tú dices- y quebró la rama.

Dicho esto, el colibrí levantó el vuelo.

* * *

La paloma, una autoridad en la materia desde tiempos de Noé, se puso a reflexionar y, pasados unos minutos, se dijo: “Quizás tan sólo sea necesaria la colaboración de una persona más para que la solidaridad se abra camino en el mundo”

(Kurt Kauter).

¿Cuántos cuadros hay en El Louvre, El Prado, el Vaticano..., o en cualquiera de los millones de museos que hay en el mundo? ¿Cuántas pinceladas tendrá el cuadro más pequeño de todos los que tiene uno de esos museos? ¿Y el cuadro más grande? ¿Y todos los cuadros de una sala? ¿Y todos los cuadros de todas las salas? ¿Y todos los cuadros de todos los museos del mundo? ¿Miles de millones? ¿Trillones?

Por lo general, las obras importantes, las obras de mucho valor, están hechas a base de cientos y miles de detalles, puestos uno al lado del otro, tenazmente, pacientemente, minuto a minuto, hora a hora, año tras año...Millones y millones de gotas de agua se juntan para formar la incomprensible fortaleza del océano. Millones y millones de letras se entrelazan para formar las grandes obras literarias.

Tú solo no vas a componer el mundo, pero brinda el aporte que te toca. Haz lo que debes hacer, trabaja con ilusión y cumple con tu deber aunque no veas los resultados. Sé responsable y amable aunque los demás no lo sean. Sé coherente contigo mismo. No te engañes. No uses la flojera o la irresponsabilidad de los demás como excusa para no actuar, para no hacer lo que te toca hacer.

El verdadero heroísmo no consiste tanto en hacer algunas obras extraordinarias, sino en vivir intensamente cada obra del día, cada acción y cada

momento como si fuera el último, como si de ellos dependiera el destino de la humanidad. Cuando te levantas en la mañana, Dios ya ha colocado para ti un escenario maravilloso para que vivas un día de plenitud: ahí está el estallido de los colores en el amanecer, los cantos de los pájaros, la firmeza de los árboles, la sonrisa de las flores, el olor del cafecito, el aire que ensancha tus pulmones, el don gratuito de la vida y de las personas que te rodean.....Todo te lo brinda generosamente. Todo lo pone a tu servicio para que tú también sirvas. Proponte vivir el día a plenitud, en el servicio, en la ofrenda interminable de los pequeños detalles. Recuerda siempre las palabras que solía repetir la Hermana Teresa de Calcuta: "A los niños y a los pobres, a todos los que sufren y están solos, bríndales siempre una sonrisa alegre. No les brindes sólo tus cuidados, bríndales también tu corazón. Tal vez no podamos dar mucho, pero siempre podemos brindar la alegría que brota de un corazón lleno de amor". Un saludo cariñoso, una palabra de aliento, una sonrisa, un abrazo..., pueden cambiar una vida:

* * *

Paseando por una calle de Rusia, durante la hambruna que acompañó a la guerra, el gran escritor Tolstoi se encontró con un mendigo. Tolstoi revisó sus bolsillos para ver qué encontraba para darle a ese pobre hombre. Pero no tenía nada: ya lo había dado todo antes. Movidó a compasión, abrazó al mendigo, besó sus mejillas y le dijo:

-No te enfades conmigo, hermano, no tengo nada que darte.

El rostro macilento del mendigo se iluminó. Y brillaron las lágrimas en sus ojos, mientras le decía agradecido:

-Pero tú me has abrazado y me has llamado hermano. ¡Eso es un gran regalo!

(Tomado de Lewis, Hedwig, "En casa con Dios", Mensajero, Bilbao)

4.- LA GAVIOTA Y EL PESCADOR

Una gaviota amaneció volando muy alto sobre el mar. Allá abajo divisó, haciendo espumas entre tanto azul, la barca de un pescador.

-¡Ah, si yo tuviera una red como la de ese hombre –se dijo la gaviota- no tendría por qué resignarme a agarrar un solo pez tras varios intentos de picada en el agua!

A su vez, el pescador, embelesado con el vuelo de la gaviota, se decía:

-Si tuviera el privilegio de ver desde lo alto lo que puedo pescar, no me aventuraría tanto en aguas profundas y ni siquiera me alejaría de la costa en la madrugada, cuando todo pescador es ciego y su oído anda extraviado en la inmensidad.

Muchas personas gastan su vida sin atreverse a ser ellos mismos, sin plantearse cómo en realidad quieren ser o cuál es su misión en la vida. Viven desgarrados por el afán de imitar a otros, por el deseo de parecerse o ser como alguien a quien envidian o admiran.

Educar es ayudar a cada alumno a ser lo que está llamado a ser. A quererse, aceptarse y potenciar todos sus talentos y posibilidades, sabiendo que él es único e irrepetible. Vivir es construirse. La vida exige una lucha tenaz por llegar a ser uno mismo. Sólo ayudarás a otros a ser, si tú te esfuerzas por serlo, si vives comprometido en tu permanente crecimiento interior. Para ayudar a otros a ser auténticos y buenos, tú tienes que esforzarte día a día por ser cada vez mejor.

Sólo es posible respetar y querer a los demás si uno empieza respetándose y queriéndose a sí mismo, lo que implica aceptarse y valorarse por lo que uno es, y no por lo que aparenta ser, ni por lo que tiene o dice tener. Recuerda y vive intensamente el poema **Yo soy yo** de Virginia Satir:

En todo el mundo, no hay nadie exactamente como yo.
Hay personas que tienen algunas partes en que se parecen a mí,
pero nadie es idéntico a mí.
Por lo tanto, todo lo que sale de mí
es auténticamente mío porque yo sola lo elegí.
Todo lo mío me pertenece –cuerpo,
incluyendo todo lo que éste hace;
mi mente, incluyendo todos sus pensamientos e ideas;
mis ojos, incluyendo las imágenes que perciben;
mis sentimientos, cualesquiera que estos puedan ser-
coraje, alegría, frustración, amor, desilusión, excitación;
mi boca, y todas las palabras que salgan de ella,
agradables, dulces o bruscas, justas o injustas;
mi voz, fuerte o suave;

y todos mis actos, sean estos para otros o para mí misma.
Me pertenecen mis fantasías, mis sueños,
mis esperanzas, mis temores.
Me pertenecen todos mis triunfos y éxitos,
todos mis fracasos y errores.
Porque todo lo mío me pertenece,
puedo llegar a familiarizarme íntimamente conmigo misma.
Y al hacer esto puedo amarme y aceptarme,
y aceptar todas las partes de mi cuerpo.
Entonces puedo hacer posible que todo lo que me pertenece
trabaje para lograr lo mejor para mí.
Sé que hay aspectos de mí misma
que me confunden, y otros que no conozco.
Pero mientras me conozca y me ame,
puedo buscar valerosamente y con esperanza
la solución a mis confusiones
y la forma de conocerme más.
La forma como luzca, como suene para los demás,
lo que diga o haga, lo que piense
y sienta en un momento determinado soy yo.
Esto es auténtico y representa dónde estoy en este momento.

5.- LA VASIJA AGRIETADA

Un cargador de agua en la India tenía dos grandes vasijas que llevaba encima de sus hombros colgadas a los extremos de un palo. Una de las vasijas era perfecta y entregaba el agua completa al final del largo camino desde el arroyo hasta la casa del patrón.

La otra vasija tenía una grieta por donde se iba derramando el agua a lo largo del camino. Cuando llegaban, sólo podía entregar la mitad de su caudal.

Durante dos años se repitió día a día esta situación. La vasija perfecta se sentía orgullosa de sí misma, mientras que la vasija agrietada vivía avergonzada de su propia imperfección y se sentía miserable por no poder cumplir a cabalidad la misión para la que había sido creada.

Un día, decidió exponerle su dolor y su vergüenza al aguador y le dijo:

-Estoy muy avergonzada de mí misma y quiero pedirte disculpas.

-¿Por qué? –le preguntó el aguador.

-Tú sabes bien por qué. Debido a mis grietas, sólo puedes entregar la mitad del agua y por ello sólo recibes la mitad del dinero que deberías recibir.

El aguador sonrió mansamente y le dijo a la vasija agrietada:

-Cuando mañana vayamos una vez más a la casa del patrón, quiero que observes las bellísimas flores que crecen a lo largo del camino.

Así lo hizo y, en efecto, vio que las orillas del camino estaban adornadas de bellísimas flores. Esta visión, sin embargo, no le borró la congoja que le crecía en su alma de vasija por no poder realizar su misión a plenitud. Al volver a la casa, le dijo el aguador:

-¿Te diste cuenta de que las flores sólo crecen en tu lado del camino? Siempre supe de tus grietas y quise aprovecharlas. Sembré flores por donde tú ibas a pasar y todos los días, sin tener que esforzarme para ello, tú las has ido regando. Durante estos dos años, yo he podido recoger esas flores para adornar el altar de mi maestro. Si tú no fueras como eres, él no habría podido disfrutar de su belleza.

Todos tenemos grietas y limitaciones, y aun así, todos valemos. Con frecuencia, nuestras debilidades son nuestras fortalezas. El ser conscientes de ellas nos vuelve humildes, comprensivos. No hay nada más insoportable que una persona que se siente perfecta o santa. Los santos verdaderos se reconocen pecadores y los auténticos sabios son los que más vocean su ignorancia.

Necesitamos una educación que no castigue el error, sino que lo convierta en una maravillosa oportunidad de aprendizaje. Una educación que transforme las limitaciones en retos y propuestas de superación, que convierta los peligros en oportunidades. Acuérdate de aquellas ranas que vivían en el fondo de un pozo. Allí, en su mundo oscuro, se sentían tranquilas. Sobre ellas se abría un pequeño agujero de luz y, algunas veces, el bello rostro de una muchacha de trenzas amarillas que arrojaba un balde que caía con fuerza en el agua. Para las ranas del pozo, el bello rostro suponía amenaza y peligro: siempre detrás de él caía el temido balde que, si se descuidaban, podría aplastarlas. Pero había una ranita soñadora que quería saber lo que había al otro lado de ese agujero de luz. Y un día, se arriesgó: esperó que cayera el balde y, en vez de apartarse, saltó dentro de él. La bella muchacha de trenzas amarillas sacó el balde con la ranita dentro. Allí, al otro lado del pozo, brillaba un insospechado mundo prodigioso y verde, lleno de encantos, con lagunas, flores, estrellas y montones de insectos que eran succulentos manjares.

Sal de tu pozo oscuro. Salta al balde, a lo desconocido. Más allá de tus miedos, brilla la luz. A pesar de tus grietas y debilidades, eres una persona muy valiosa. No todos valemos para lo mismo, pero todos valemos. El reto consiste en descubrir nuestros talentos para potenciarlos y bien afincados sobre ellos, realizarnos en la vida plenamente.

No te consideres nunca superior a otros ni los desprecies porque piensas que son peores o menos inteligentes que tú. Ponte siempre del lado del más débil:

* * *

El afamado actor y dramaturgo Peter Ustinov fue elegido como padrino de graduación en un colegio inglés. En el acto de apertura, el Director felicitó emocionado a los alumnos y anunció con orgullo que, de una promoción de cincuenta, sólo dos alumnos no habían logrado pasar los exámenes y que, por ello, no se iban a graduar.

Cuando le tocó hablar al dramaturgo, dedicó su discurso a los dos alumnos que no se iban a graduar:

-Yo no poseo ningún título ni preparación y creo que el mundo necesita por igual doctores y obreros, médicos y campesinos. Todos valemos por igual y pienso que lo verdaderamente importante es que cada uno encuentre su misión en la vida y la realice con dignidad y honestidad. Yo me siento inclinado hacia los dos que no aprobaron los exámenes como me siento siempre inclinado hacia cualquier minoría. Por ello, les quiero pedir que no se sientan inferiores, como les pido a ustedes que, no por estar aquí, son superiores o mejores que ellos. Si yo hubiese sido alumno de este colegio, estoy casi seguro que seríamos tres los suspendidos que hoy no podríamos graduarnos.

6.- EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Hace muchísimos años, vivía un sabio del que se decía que guardaba en un cofre el secreto de la felicidad. Los reyes y señores más poderosos de la tierra le ofrecían al sabio sus fortunas y poderes para que les mostrara el contenido del cofre. Algunos incluso intentaron arrebatarse el cofre por la fuerza, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos pues como el hombre era muy sabio siempre se las ingeniaba para que nadie encontrara su cofre.

El buen hombre vivía cada día más feliz, mientras que aumentaba la infelicidad de todos los que, carcomidos por la envidia y la impotencia, buscaban en vano apoderarse del cofre.

Un día, se presentó ante el sabio un niño rogándole que le descubriera el secreto de la felicidad. Al ver su pureza y sencillez, el sabio le dijo:

-A ti si voy a mostrarte mis secretos. Ven conmigo y presta mucha atención. En realidad, son dos los cofres donde guardo los secretos para ser feliz. Y esos cofres son mi mente y mi corazón. Por eso nadie los ha encontrado todavía por mucho que han venido a buscarlos y han removido por la fuerza todos mis enseres y mis muebles. El gran secreto que guardan estos cofres es una serie de pasos que debes seguir en la vida si en realidad quieres ser feliz. El primer paso es reconocer la existencia de Dios en todas las cosas y, por lo tanto, debes amarlo y darle gracias por todo lo que tienes y por todo lo que te sucede. El segundo paso es quererte a ti mismo: quererte mucho y todos los días, al levantarte y al acostarte, debes repetirte una y otra vez: “yo soy importante, valgo mucho, soy capaz, soy inteligente, soy cariñoso, espero mucho de mí, no hay obstáculo que yo no pueda vencer”. El tercer paso consiste en poner en práctica todo lo que dices que eres. Es decir, si piensas que eres inteligente, actúa inteligentemente; si piensas que eres capaz, haz lo que te propones; si piensas que eres cariñoso, expresa tu cariño a las personas que amas; si piensas que no hay obstáculos que no puedas vencer, proponte metas en tu vida y lucha por ellas hasta alcanzarlas. El cuarto paso consiste en que no debes envidiar a nadie por lo que tiene o por lo que es, pues la envidia llena el corazón de dolor y de rabia. Ellos alcanzaron sus metas, esfuérate tú por alcanzar las tuyas. El quinto paso te exige que no albergues rencor hacia nadie en tu corazón; si alguien te hiere, perdónalo y olvida. El sexto paso es que no debes tomar las cosas que no te pertenecen; recuerda que, de acuerdo a las leyes de la naturaleza, si hoy quitas algo, mañana te quitarán a ti algo de más valor. El séptimo paso, no debes maltratar a nadie, todos los seres del mundo tenemos derecho a que se nos respete y se nos quiera. Y por último, levántate siempre con una sonrisa a flor de labios, mira a tu alrededor y descubre en todas las cosas el lado bueno y bello de la vida, piensa en todo lo que se te ha dado, en lo privilegiado que eres al tener todo lo que tienes, ayuda a los demás sin esperar nada a cambio, mira con cariño a las personas y regálales, como yo lo he hecho contigo, el secreto de la felicidad.

Un famoso proverbio inglés dice: “El objetivo de la vida es ser feliz. El lugar para ser feliz es donde usted se encuentre y el momento para ser feliz es ahora”.

Si Dios nos creó a todos y a cada uno de nosotros por amor, nos creó para ser felices. Todos tenemos derecho a buscar la felicidad y a encontrarla. Lo que pasa es que la mayoría de las personas busca afanosamente la felicidad donde no se encuentra. La buscan en el dinero, en el placer, en el poder..., sin sospechar que se encuentra dentro de cada uno de ellos. La clave de la felicidad está en uno mismo y en hacer lo que uno tiene que hacer del modo más perfecto posible. Se trata, en breve, de buscar la excelencia en la cotidianidad de lo que uno hace. Hacer las cosas de todos los días lo mejor posible. Donde la palabra mejor recobra toda su dimensión técnica, estética y moral.

El niño a quien el sabio le abrió los tesoros de sus cofres, me contó el secreto para ser feliz. Yo se lo he querido contar a ustedes para que lo comuniquen a otros y, sobre todo, para que practiquen en su vida los pasos de la felicidad. Empeñémonos en ser buenos y seremos felices. Hagamos con perfección lo que tenemos que hacer y la felicidad nos llegará sola:

* * *

Un cachorro estaba afanado tratando de agarrar su propia cola. Pasó por allí un perro viejo y sabio, y al verle tan desesperado, le preguntó:

-¿Qué estás haciendo que te veo tan afanado en esa especie de gimnasia tan imposible?

-Me han dicho que la felicidad está en mi cola. Si consigo atraparla, seré feliz.

El perro sabio le miró con mansa comprensión y le dijo:

-Es cierto que la felicidad está en la cola. Por eso, yo hago lo que tengo que hacer y voy donde tengo que ir y ella siempre me sigue.

7.- EL ARBOL DE PROBLEMAS

Aquel día había resultado especialmente desafortunado al carpintero que la buena señora había contratado para que le ayudara a reparar una vieja granja. La cortadora eléctrica se había empeñado en no funcionar y ahora, cuando ya anochecía, el viejo camión no quería arrancar.

-Yo lo llevo en mi carro hasta su casa -se ofreció amablemente la señora.

Casi no se cruzaron una sola palabra a lo largo de todo el camino. El rostro del hombre era una estampa de desánimo y cansancio. Sin embargo, cuando llegaron, sonrió penosamente e invitó a la señora a que entrara un momento en su casa para que conociera a la familia.

Mientras se dirigían a la puerta, el carpintero se detuvo un rato frente a un pequeño árbol y le estuvo acariciando sus ramas. Cuando entraron, ocurrió en él una transformación sorprendente: su cara se iluminó con una ancha sonrisa, abrazó con júbilo a sus hijos y besó con entusiasmo y cariño a su esposa. Se tomaron un café, conversaron alegremente un rato y luego, al despedirse, acompañó a la señora hasta su carro. Al pasar junto al árbol, la señora sintió curiosidad de averiguar qué es lo que había hecho en el arbolito unos minutos antes que lo había transformado de ese modo.

-¡Oh, ese es mi árbol de problemas! -contestó sonriendo el carpintero-. Sé que yo no puedo evitar tener problemas en el trabajo, pero una cosa es bien segura: no me los llevo a la casa, no quiero atormentar con ellos ni a mi esposa ni a mis hijos. Así que los cuelgo cada noche en el árbol antes de entrar en mi casa. A la mañana siguiente los recojo, pero la verdad es que, durante la noche disminuyen y se debilitan mucho.

Sería bueno que, en la entrada de cada escuela, se colocara un árbol donde los maestros fueran dejando sus problemas, las cosas que les preocupan o les angustian. Con demasiada frecuencia, son los alumnos los que pagan los pleitos familiares de sus maestros, sus necesidades económicas, sus inseguridades y carencias afectivas. Los alumnos no son culpables de que te hayas peleado con el esposo o con los hijos, de que te haya regañado el director, de que no te alcance el dinero, o de que no pudieras conseguir carrito. Tampoco deben pagar tu frustración existencial de que querías estudiar otra carrera y entraste a educación porque sólo allí quedaban cupos. Los alumnos te necesitan alegre, positivo, entusiasta. Por ello, deja los problemas antes de entrar en la escuela y proponte siempre ser la persona más alegre del salón. Vive cada clase como una aventura, convierte tu salón en una fiesta. Recuerda siempre el excelente poema de Celaya:

Vivir es una fiesta.
Tengo las manos llenas de alegrías explosivas
y el cerebro barrido de recuerdos.

Cada día que me dan es un de más.
Nunca me cansaré de agradecerlo.
Y de decir que no entiendo.
Vivo de día en día, de sorpresa
en misterio (...)
Dando gracias a todo lo que existe
porque existe.

“Vivo de día en día, de sorpresa en misterio”. Todo es don, todo puede ser fuente de alegría. Vive en la disposición de sacarle provecho a todo lo que te suceda, incluso a los problemas Dios te los envía y está a tu lado:

* * *

Recuerda la historia de aquel místico sufí que, después de un día de hambre, fatiga y frío, empezó a darle gracias a Dios por haberles dado “un día tan maravilloso”. Al oír esto, sus embravecidos compañeros se pusieron a murmurar entre ellos y a quejarse fastidiados del cinismo de su maestro. Al rato, uno de ellos, no pudiendo contener su ira, le dijo:

-No puedo creer que tu oración sea sincera. ¿Cómo puedes llamar maravilloso un día tan horrible y hasta darle gracias a Dios por él?. ¿Dónde está lo maravilloso? No hemos comido, estamos agotados, nos han despreciado donde hemos buscado alojamiento y vamos a pasar la noche muertos de frío.

-Verás, -replicó el místico con paciencia-, lo que necesitamos esta noche es hambre, pobreza, frío. Si no lo necesitáramos, Dios no nos lo habría dado. ¿Cómo no vamos a estar pues agradecidos? El siempre se preocupa por nuestras necesidades. ¡Grande es su nombre.

8.- EL ABETO INCONFORME

Había un abeto, joven y elegante, que vivía infeliz en el bosque. Los niños pensaban que era muy bello y les encantaba jugar con él, pero el abeto sólo pensaba en crecer rápido; quería ser un árbol grande para que lo convirtieran en el mástil de un barco y así recorrer el mundo y visitar muchos países. Después, si se cansaba, le gustaría ser un gigantesco árbol de navidad que lleno de colorido y luces, colocarían en una plaza grandiosa para que todo el mundo lo admirara. Siempre insatisfecho, era incapaz de escuchar las canciones de los pájaros y no lograba disfrutar con las caricias de la brisa, del sol y de la lluvia. Sólo deseaba que lo cortaran y se lo llevaran, para así huir de esa monotonía., ¡Cómo sufría el infeliz cuando veía que se llevaban a otros árboles del bosque, sin duda menos hermosos y esbeltos que él! . Por fin, un día, llegó un hombre con un hacha, se fijó en él, asintió con la cabeza, lo cortó y se lo llevó a su casa. Era navidad y allí lo adornaron con luces y bambalinas, y él se moría de las ganas de que anocheciera para relucir, y luego que fuera de día para que los niños vinieran a recoger sus regalos... Cuando estaba ya fastidiadísimo de esa monotonía de días iguales donde ya nadie alababa su belleza, sintió que un día lo desnudaban de todos los adornos y su corazón empezó a latir de la emoción porque pensaba que lo iban a llevar a conocer otros lugares. Para su tristeza y decepción, lo retiraron de la casa y lo llevaron a un desván. Le costó mucho aceptar que lo habían abandonado y lloraba desconsoladamente de rabia y de impotencia. Unos ratones intentaron consolarlo, le propusieron ser sus amigos y le invitaron a jugar y a divertirse, pero el abeto infeliz pensaba que él había nacido para algo mucho más importante que jugar con unos pobres ratones y vivía en solitario su desencanto. Cuando por fin, alguien entró a buscarlo, pensó que lo iban a plantar de nuevo o que lo llevarían a recorrer el mundo, pero lo picaron en pedazos e hicieron con él leña. “Se acabó, se acabó –pudo quejarse antes de morir- ¡Si me hubiera alegrado cuando aún podía!”

(Versión libre de un cuento de Christian Andersen)

Con frecuencia, nos pasa como al abeto del cuento. Ansiosos de vivir el futuro, agotados en planes y más planes, somos incapaces de vivir el presente que es lo único que tenemos. El afán de la eficiencia, de amontonar dinero, de sobresalir y llamar la atención, nos impide disfrutar la vida. Vivimos siempre en función del mañana, del futuro, posponiendo la intensidad del momento. Queremos que los niños crezcan pronto y, cuando son jóvenes, les obligamos a actuar como mayores. Nos la pasamos haciendo planes y posponiendo el gozo pleno del momento presente: cuando me gradúe, cuando tenga casa, cuando vengan los niños, cuando crezcan, cuando se gradúen, cuando se casen... En definitiva, la vida se nos escapa sin empezar a vivirla.

Vive y disfruta el presente. Esto no es irresponsabilidad. Todo lo contrario: nada recogerás en el futuro que no hayas sembrado en el presente. Si te

propones vivir a plenitud cada presente, irá siendo pleno tu futuro. Quien no es capaz de vivir el presente, no puede vivir el futuro. Busca la plenitud en todo lo que haces. No seas un eterno campeón de la fuga. Vive intensamente cada día, proponiéndote que nada ni nadie te va a preocupar, ni va a empañar tu alegría. Si te surge algún problema o la angustia te lanza sus dentelladas, dile que, durante el día de hoy, no va a lograr su cometido, no le vas a hacer caso. Y así cada día, pero sólo el día. Cuando le preguntaron a Santa Teresita de Jesús cómo podía vivir tan alegre en medio de tantos problemas y sufrimientos, la santa respondió con sencillez: **“Es que yo sólo vivo un día cada día. Y no hace falta ningún heroísmo para vivir con alegría y en paz las pocas horas que tiene el día”**. Semejante fue la respuesta de San Felipe Neri cuando le preguntaron cómo hacía para estar siempre contento y de buen humor en medio de tantos peligros y sufrimientos: **“Es que yo cargo sobre los hombros sólo el peso del momento presente”**.

Los antiguos romanos eran sumamente prácticos y tenían dos lemas que repetían continuamente: **Carpe diem**, que significa, aprovecha o vive el día presente y **age quod agis**, es decir, haz bien lo que tienes que hacer, sin distraerte en otras cosas...

Trata desde que te levantas, de vivir el día en total gozo y plenitud, de ser un regalo para todos los que vas a encontrar en tu camino. Bríndales tu mejor sonrisa, una palabra de aliento, un saludo cariñoso. Vive la vida derramándote sobre los demás. Vive el presente en toda tu intensidad, pues es lo único que tienes. Recuerda el poema de Borges:

Instantes

Si pudiera vivir nuevamente mi vida,
en la próxima trataría de cometer más errores.
No intentaría ser tan perfecto,
me relajaría más.
Sería más tonto de lo que he sido;
de hecho, tomaría muy pocas cosas con seriedad.
Sería menos higiénico.
Correría más riesgos,
haría más viajes,
contemplaría más atardeceres,
subiría más montañas,
nadaría más ríos.
Iría a más lugares a donde nunca he ido,
comería más helados y menos habas,
tendría más problemas reales y menos imaginarios.

Yo fui una de esas personas
que vivió sensata y prolíficamente cada minuto de su vida;

claro que tuve momentos de alegría;
pero, si pudiera volver atrás,
trataría de tener sólo buenos momentos.

Por si no lo saben,
de eso está hecha la vida,
sólo de momentos,
no te pierdas el ahora.

Yo era uno de esos
que nunca iban a ninguna parte
sin un termómetro,
una bolsa de agua caliente,
un paraguas y un paracaídas.

Si pudiera volver a vivir,
comenzaría a andar descalzo a principio de la primavera
y seguiría así hasta concluir el otoño.
Daría más vueltas en calesita,
contemplaría más amaneceres
y jugaría con más niños.

Si tuviera otra vez la vida por delante.
Pero, ya ven, tengo 85 años
y sé que estoy muriendo.

9.- EL PAIS DE LAS MULETAS

En un lejano país, un rey salió a combatir al frente de sus soldados y, en el fragor de la pelea, le hirieron gravemente en uno de sus muslos, se le gangrenaron las heridas y, para salvarle la vida, tuvieron que cortarle la pierna. Regresó a su reino y, para poder caminar, fue necesario que se ayudara en unas muletas. Para solidarizarse con su rey, su Primer Ministro comenzó a caminar él también apoyado en unas muletas a pesar de tener sus dos piernas en perfectas condiciones. Pronto, comenzaron a imitarles los muchos arribistas y jaladores que nunca faltan, y a los pocos días, casi toda la población de aquel país andaba con muletas. Con el tiempo las muletas pasaron a ser símbolo de distinción y jerarquía: Los ricos las hacían con las maderas más finas y les incrustaban joyas y piedras preciosas, los comerciantes se apresuraron a montar varias fábricas de muletas y a vocear sus ventajas funcionales, comenzaron a ser despreciados y tenidos por bárbaros los que todavía caminaban sin muletas, y muy pronto en las escuelas se empezó a dar clases de cómo caminar con muletas, barnizarlas y cuidarlas. Todos llegaron a convencerse de que era mucho mejor caminar con muletas que sin ellas y el Consejo de Ministros logró convencer al rey de que emitiera un decreto real prohibiendo caminar sin muletas y exigiendo que todo niño, desde su nacimiento, fuera adiestrado a caminar con sus muletas.

Fue pasando el tiempo y en aquel país ya nadie sabía que era posible caminar sin sus muletas...

Al cabo de muchos años, un joven inconforme empezó a decir que las muletas eran un estorbo y que era posible e incluso preferible caminar sin ellas. Nadie le dio mucha importancia a sus ideas por considerarlas locuras de joven, se rieron de él, y esperaron que el tiempo le devolvería la sensatez.

Pero el joven seguía insistiendo en su descabellada idea. Parecía que no podía quitársela de la cabeza y se soñaba corriendo sin muletas por el monte, trepándose a los árboles, escalando montañas... En vano trataron sus padres de hacerle entrar en razón:

-Ya no eres ningún niño para seguir con esas locuras –le dijo un día con verdadera ira su padre-. Te prohíbo que vuelvas a mencionar el tema. Tu conducta nos está trayendo muchos problemas. Todo el mundo comienza a mirarnos feo y se la pasan murmurando de tu proceder y de nuestra debilidad que te permitimos seguir con tus locuras. De ahora en adelante, si quieres seguir viviendo en esta casa, tienes completamente prohibido hablar de eso.

De nada sirvieron amenazas y castigos. El joven no iba a abandonar una idea que se había adueñado por entero de su vida, y le sembraba chispas de ilusión en los ojos y le ponía a galopar afiebradamente el corazón. Cuando corrieron rumores de que el joven había sido sorprendido practicando a escondidas el caminar sin muletas, comenzaron a preocuparse seriamente las autoridades de aquel país y, como último recurso, enviaron al sacerdote del lugar

a que lo convenciera por las buenas. Si no lo lograba, tendrían que proceder de un modo mucho más severo. No iban a permitir que las locuras de un joven sembraran las semillas de la desintegración y la discordia.

-¿Cómo puedes ir en contra de nuestras tradiciones y nuestras leyes? –le dijo el sacerdote-. Durante años y años, todos hemos andado perfectamente con la ayuda de las muletas. Con ellas, te sientes más seguro, y tienes que hacer menos esfuerzo con las piernas. Las muletas son un gran invento, símbolo de la civilización y de la ciencia. Dios nos dio la inteligencia para que la usáramos; ir contra las muletas es ir contra Dios. Sólo los animales, que son seres inferiores, pueden caminar sin ellas. ¿Acaso pretendes que los imitemos y tiremos por la borda tantos años de avances y progreso? ¿Cómo vas a despreciar nuestras bibliotecas donde se concreta todo el saber de nuestros antepasados sobre la construcción, uso y mantenimiento de las muletas? ¿Cómo vas a irrespetar nuestros símbolos patrios que llevan en el escudo y la bandera una muleta? ¿Qué sentido tendrán nuestras oraciones en las que todos los días agradecemos a Dios el habernos dado la sabiduría para perfeccionar cada vez más la utilización de las muletas? ¿Acaso vamos a ignorar a nuestros próceres, nuestros sabios y nuestros santos que levantaron su gloria, sabiduría y santidad bien afincados sobre sus muletas?

Fracasó también el sacerdote y, para impedir la propagación de ideas tan perniciosas, encarcelaron al joven. Allí fue practicando con avidez su propuesta de prescindir de las muletas. Sus piernas débiles se fueron fortaleciendo y cada día su caminar era más seguro y firme.

Decidieron desterrarlo del país. Lo sacaron de la cárcel y ante los ojos impávidos de todos, el joven arrojó sus muletas al aire y comenzó a correr gritando de alegría, al encuentro de sí mismo, de su libertad.

¡Cómo nos cargamos de muletas para sentirnos seguros e importantes! Las muletas del dinero, de la fama, del poder, del carro nuevo, de la tarjeta de crédito, del título... Afincados en nuestras muletas nos creemos superiores, ocultamos detrás de ellas nuestra inseguridad, nuestros miedos. Confundimos la libertad con llenarnos de cosas, con apoyarnos en muletas doradas. Ya nadie se atreve a ser él, a caminar sin muletas. Estamos confundiendo la libertad, con amarrarnos a nuestros caprichos y deseos, cuando la verdadera libertad consiste en liberarse de toda muleta y atadura, en vivir de tal forma que nada ni nadie tenga poder sobre uno. La libertad implica una serie de rupturas de todo aquello que nos impide vivir con autenticidad, de todo lo que nos ata y esclaviza.

En el capítulo 5 del evangelio de Juan, el parálítico que llevaba 38 años de inmovilidad, se fía plenamente de la palabra de Jesús, se levanta, arroja al aire sus muletas y empieza a caminar libremente, mientras que todos los demás se quedan paralizados por las muletas de sus fundamentalismos, su miedo al cambio, sus leyes y costumbres...

¡Arroja al aire las muletas del peso de la tradición, de las costumbres y rutinas, del qué dirán... Las muletas de una cultura que nos llena de deseos y de falsas seguridades para impedirnos vivir. Las muletas del título, que nos paralizan en nuestra propia complacencia y no nos dejan correr al encuentro del alumno!

No son las muletas las que te ayudan a caminar; más bien, son ellas las que te lo impiden:

Durante siete años no pude dar un paso.
Cuando fui el gran médico
me preguntó: “¿Por qué llevas muletas?”
Y yo le dije: “Porque estoy tullido”.

“No es extraño –me dijo-.
Prueba a caminar. Son esos trastos
los que te impiden andar.
¡Anda, atrévete, arrástrate a cuatro patas!”

Riendo como un monstruo,
me quitó mis hermosas muletas,
las rompió en mis espaldas y, sin dejar de reír,
las arrojó al fuego.

Ahora estoy curado. Ando.
Me curó una carcajada.

Tan sólo, a veces, cuando veo palos,
camino algo peor por unas horas.

(Bertolt Brecht)

Atrévete a ser tú mismo, a caminar con pasos firmes al encuentro de tu libertad. Dios te creó para que fueras libre, para que no te dejaras atrapar por caprichos ni miedos. Escala la cumbre de tí mismo, no tengas temor a la altura, ni al abismo ni a la noche. Corta la cuerda que te impide ser libre. Arrójate en brazos de Dios y fíate por completo de Él:

* * *

Un andinista soñaba con escalar él solo el Aconcagua. Durante meses se preparó con paciencia y entusiasmo para esa aventura que se había adueñado por completo de su vida. Y llegó por fin el día en que emprendió la larga marcha. A medida que subía, el esfuerzo y la emoción golpeaban mazazos cada vez más fuertes en su corazón. A sus pies fueron quedando los árboles, los ríos, los últimos vestigios de vida. Sólo quedaba él, la montaña y sus sueños a punto de hacerse realidad.

Ya acariciaba con sus ojos la cumbre cuando cayó de golpe la noche con su larga carga de tinieblas. A pesar de que casi no veía, decidió continuar adelante, atrapado por la emoción de pasar la noche en el pico para ver desde allí el amanecer.

Un mal paso, un resbalón, y empezó a rodar velozmente monte abajo, hasta que un fuerte tirón que casi lo parte en dos lo detuvo de golpe: la cuerda que llevaba amarrada a la cintura le impidió que cayera en el abismo.

Tras recobrar la calma y encontrarse guindando de una cuerda en medio de una noche cerrada y negra, sólo se le ocurrió gritar con desespero:

-¡Ayúdame, Dios mío! ¡Ayúdame, te lo ruego!

De repente, cayó sobre él una voz profunda y grave:

-¿Qué quieres que haga?

-¡Sálvame, Dios mío!

-¿Realmente crees que yo puedo y quiero salvarte?

-Sí, lo creo, yo sé bien que tú eres mi padre y que me amas...

-Entonces, ¡corta la cuerda que te sostiene!

El andinista no esperaba esa respuesta. ¡Cómo iba a cortar la cuerda si era la que le impedía rodar abismo abajo, caer en alguna grieta o estrellarse contra las rocas! Seguro que Dios no le había hablado. ¿Cómo iba a hablarle Dios? Su temor y desespero habían imaginado que Dios le hablaba. El hombre se aferró más a su cuerda y se dispuso a pasar allí la noche. El viento gemía a su lado cada vez más frío...

Cuenta el equipo de rescate que encontraron colgado a un andinista congelado, muerto de frío, agarrado con desesperación a una cuerda ...A DOS METROS DEL SUELO...

10.- UN ERROR AFORTUNADO

En el salón de clase había dos alumnos que tenían el mismo apellido: Urdaneta. Uno de los Urdaneta, el más pequeño, era un verdadero dolor de cabeza para la maestra: indisciplinado, poco aplicado en sus estudios, buscador de pleitos. El otro Urdaneta, en cambio, era un alumno ejemplar.

Tras la reunión de representantes, una señora de modales muy finos se presentó a la maestra como la mamá de Urdaneta. Creyendo que se trataba de la mamá del alumno aplicado, la maestra se deshizo en alabanzas y felicitaciones y repitió varias veces que era un verdadero placer tener a su hijo como alumno.

A la mañana siguiente, el Urdaneta revoltoso llegó muy temprano al colegio y fue directo en busca de su maestra. Cuando la encontró, le dijo casi entre lágrimas: "Muchas gracias por haberle dicho a mi mamá que yo era uno de sus alumnos preferidos y que era un placer tenerme en su clase. ¡Con qué alegría me lo decía mamá! ¡Qué feliz estaba! Ya sé que hasta ahora no he sido bueno, pero desde ahora lo voy a ser"

La maestra cayó en la cuenta de su error pero no dijo nada. Sólo sonrió y acarició levemente la cabeza de Urdaneta en un gesto de profundo cariño. El pequeño Urdaneta cambió totalmente desde entonces y fue, realmente, un placer tenerlo en clase.

Las expectativas que abrigamos hacia una persona se las comunicamos y es probable que se conviertan en realidad. Esto es lo que se conoce como Efecto Pigmalión. Según la mitología, Pigmalión, rey legendario de Chipre, esculpió en marfil una estatua de mujer tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella. Invocó a la diosa Venus, quien atendió las súplicas del rey enamorado, y convirtió la estatua en una bellísima mujer de carne y hueso. Pigmalión la llamó Galatea, se casaron y fueron muy felices.

El mito de Pigmalión viene a significar que las expectativas, positivas o negativas, influyen mucho en las personas con las que nos relacionamos. De ahí la importancia de tener expectativas positivas de nuestros alumnos. La capacidad de aceptar a los otros como son, y no como quisiéramos que fueran, y de comunicarles dicha aceptación mediante palabras o gestos, es tal vez la principal herramienta para producir cambios positivos en el crecimiento y desarrollo de la persona.

Diferentes tests e investigaciones de Rosenthal han demostrado que las expectativas de los maestros constituyen uno de los factores más poderosos en el rendimiento escolar de los alumnos. Si el maestro tiene expectativas positivas respecto a sus alumnos, se las comunica y logra que estos avancen. Lo mismo si son negativas. Si el maestro está convencido de que sus alumnos -o alguno de ellos- son incapaces, los vuelve incapaces. Como dice Fernando Savater: "Si piensas que tu alumno es un idiota, si en realidad no lo es, pronto lo será". Si, por

lo contrario, el maestro está convencido de que tiene en su salón un grupo de triunfadores, los vuelve triunfadores. Si el maestro tiene una autoestima positiva, valora su trabajo y se encuentra a gusto consigo mismo, la comunica a sus alumnos. Por el contrario, el maestro amargado, sin entusiasmo ni ilusión, cubre toda la acción educativa con un manto de pesimismo y frena el aprendizaje de sus alumnos.

Evita toda palabra, gesto u opinión ofensiva. (“Eres un inútil; no sabes nada; mal, como siempre...”) Subraya siempre lo positivo, y sobre todo, no dejes nunca de querer a tus alumnos. Querer a los alumnos no es alcahuetearlos ni abrumarlos con ilusorias expectativas que les lleven a imaginar que son el ombligo del mundo. Querer a los alumnos supone interesarse por ellos, por su crecimiento y su desarrollo integral, alegrarse de sus éxitos aunque sean pequeños y parciales y, sobre todo, nunca perder la fe ni la esperanza. El notable pedagogo ruso Makarenko, cuenta la historia de un “malandro” que poco a poco se fue transformando, gracias al trabajo cooperativo y autoresponsable. Más tarde, sin embargo, reincide y huye con el dinero. Makarenko no lo denuncia a la policía, y varios meses después el ladrón regresa, sin que nadie le obligue a hacerlo. Makarenko actúa como si nada hubiera ocurrido, y le confía una gran cantidad de dinero para que vaya a hacer compras a la ciudad. El conflicto quedó resuelto automáticamente, sin necesidad de discursos moralizantes. La moral estaba precisamente en el regreso del “malandro” y en el riesgo que Makarenko decidió correr. No se trata de una “prueba”, sino que es la prueba de que el educador no percibió al ladrón como tal, sino como una persona para quien cualquier milagro es posible por el hecho de serlo. De ahí la necesidad de mirar a los alumnos siempre con los ojos del corazón.

* * *

Un profesor universitario envió a sus alumnos de sociología a las villas miseria de Baltimore para estudiar doscientos casos de varones adolescentes en situación de riesgo. Les pidió que escribieran una evaluación del futuro de cada muchacho. En todos los casos, los investigadores escribieron: “No tiene ninguna posibilidad de éxito”.

Veinticinco años más tarde, otro profesor de sociología encontró el estudio anterior y decidió continuarlo. Para ello, envió a sus alumnos a que investigaran qué había sido de la vida de aquellos muchachos que, veinticinco años antes, parecían tener tan pocas posibilidades de éxito. Exceptuando a veinte de ellos, que se habían ido de allí o habían muerto, los estudiantes descubrieron que casi todos los restantes habían logrado un éxito más que mediano como abogados, médicos y hombres de negocios.

El profesor se quedó pasmado y decidió seguir adelante con la investigación. Afortunadamente, no le costó mucho localizar a los investigados y pudo hablar con cada uno de ellos.

-¿Cómo explica usted su éxito? –les fue preguntando.

En todos los casos, la respuesta, cargada de sentimientos, fue:

-Hubo una maestra especial...

La maestra todavía vivía, de modo que la buscó y le preguntó a la anciana, aunque todavía lúcida mujer, qué fórmula mágica había usado para que esos muchachos hubieran superado la situación tan problemática en que vivían y triunfaran en la vida.

Los ojos de la maestra brillaron y sus labios esbozaron una grata sonrisa:

-En realidad, es muy simple – dijo-. Todos esos muchachos eran extraordinarios, Los quería mucho.

11.- EL RUISEÑOR

En los jardines del palacio de un emperador vivía un ruiseñor cuyo canto era especialmente bello. Todos lo conocían y alababan, menos el emperador que, muy ocupado en sus negocios imperiales, hacía mucho tiempo que no había ido al jardín y no había podido escuchar su canto.

Un día, sus cortesanos decidieron celebrar el cumpleaños de su emperador con una gran fiesta en el jardín. Estando allí, el emperador escuchó al ruiseñor y quedó tan embriagado con su canto que llegó a llorar de la emoción.

-He visto lágrimas en los ojos del emperador, ¡ese es mi mayor tesoro! – dijo el pájaro rechazando los regalos que le ofrecían.

Para que el emperador pudiera disfrutar continuamente de sus cánticos, atraparon al ruiseñor y lo metieron en una jaula que colocaron en el salón imperial. El ruiseñor siguió cantando, pero su voz se tornó triste.

Concedores del amor del emperador por los ruiseñores, los habitantes del vecino país le enviaron un ruiseñor de oro y piedras preciosas. Toda la corte, incluso el emperador, se dejó seducir por el ruiseñor mecánico y pronto olvidaron al otro, el verdadero, que fue languideciendo de tristeza y soledad.

En un descuido del encargado de limpiar la jaula, el ruiseñor escapó y, al recobrar su libertad, reencontró la alegría y de nuevo su cántico fue una clarinada de luz..

Pasó el tiempo, enfermó el emperador, le invadió la tristeza y entonces añoró el canto límpido del ruiseñor. Le trajeron el ruiseñor de oro, pero no logró devolverle la alegría.

Cuando el ruiseñor se enteró de la enfermedad del rey, voló a su ventana y le dedicó sus mejores canciones. Al oírlo, el rey recobró la alegría y muy pronto con ella la salud.

-Te quedarás ya siempre conmigo –le dijo el rey-. Te daré todo lo que quieras, mandaré que te construyan una jaula de oro. Vivirás siempre a mi lado, sin peligros, ni amenazas, sin tener que soportar el frío y el hambre en el invierno...

-No quiero tus regalos, ni tu jaula –le contestó el ruiseñor-. Si quieres hacerme feliz, sólo te pido una cosa: permíteme volar libremente. Vendré a visitarte cuando me apetezca y entonces mi canción será siempre limpia y transparente.

Deja a la persona que amas el disfrute de su libertad. El auténtico amor no limita ni amarra, no enjaula en la dependencia, sino que pone alas al corazón

para que emprenda el vuelo de su propia libertad. Amar a una persona es ayudarlo a descubrir su propio camino y darle ánimo y apoyo para que lo recorra con autenticidad. Esta es la misión del verdadero maestro: alumbrar caminos y dar la mano para que sean recorridos con libertad. Es también la misión de los genuinos padres:

Y una mujer que llevaba un niño en los brazos dijo: Háblanos de los hijos.

Y dijo él:

Sus hijos no son de ustedes.

Son los hijos y las hijas del ansia de la Vida por sí misma.

Vienen a través de ustedes, pero no son suyos.

Y aunque vivan con ustedes, no les pertenecen.

Podrán darles su amor, pero no sus pensamientos.

Podrán abrigar sus cuerpos, pero no sus almas,
pues sus almas habitan en la mansión del mañana,
que ustedes no pueden visitar, ni siquiera en sueños.

Podrán esforzarse en ser como ellos,

pero no intenten hacerlos a ellos como ustedes.

Ya que la vida no retrocede, ni se detiene en el ayer.

Ustedes son los arcos con los que sus niños, cual flechas vivas,
son lanzados.

El arquero ve el blanco en el camino del infinito, y él,
con su poder, les tensará para que sus flechas puedan volar
rápido y lejos.

Que la tensión que les causa la mano del arquero sea su gozo,
ya que así como él ama la flecha que vuela,
ama también el arco que permanece inmóvil.

(Gibran Khalil Gibran: El Profeta)

Enseña a tus alumnos a apreciar la verdadera belleza que se manifiesta en una puesta de sol, una noche estrellada, el canto transparente de los pájaros, el rumor del agua entre las piedras, la caricia callada de una flor que se ofrece humilde en la orilla del camino. La cultura moderna nos enseña a apreciar únicamente las cosas materiales y nos vuelve incapaces de abrirnos al misterio de la creación y de la vida. Por ello, vivimos hundidos en la trivialidad, con el corazón atrapado por montones de cosas que nos fascinan, con las que intentamos llenar nuestro vacío y arrojarnos para aliviar el frío de nuestros corazones.. Hemos perdido la capacidad de admiración y de asombro y, en consecuencia, no somos capaces de abrirnos a lo trascendente. Cuentan que una tarde San Francisco de Asís empezó a tocar las campanas como si hubiera un incendio. La gente salió asustada de sus casas y cuando le preguntaron a Francisco qué estaba pasando, el santo les dijo con sus ojos atrapados por la fascinación: “Vean ese atardecer tan increíble y alaben en él la presencia de Dios”.

La obsesión por lo material no nos deja descubrir el valor real de cada uno. La tragedia mayor de nuestros tiempos es que valoramos mucho más a las cosas

que a las personas. Valoramos a las personas sólo por las cosas que tienen y a los que no tienen nada o tienen muy poco no los valoramos. Olvidamos que cada ser humano tiene un valor absoluto, es modelo único e irrepetible, nació con la misión de vivir y realizarse a plenitud. En el relato anterior, el ruiseñor es el más sensato de todos. Valora los sentimientos por encima de todo: aprecia las lágrimas del rey, languidece cuando lo encierran y cuando siente que prefieren al falso ruiseñor, pero es capaz de ignorar el olvido anterior y vuelve a cantar para el rey cuando enferma. El rey se cura al encontrarse con alguien (el ruiseñor) que le hace recuperar sus sentimientos. Por ello, vuelve a la vida. A todos nos vitaliza el contacto con nuestros sentimientos. De ahí el deber de ser ruiseñores para los demás, ayudarles a descubrir sus sentimientos, a valorar más el ser y el sentir que el tener o el hacer.

El ruiseñor prefiere su libertad al amor posesivo del rey, a la seguridad de una jaula de oro. Un pájaro enjaulado es un pájaro sin horizontes, sin capacidad de volar, lleno de falsas seguridades. Tiene miedo a ser libre. En la jaula hay seguridad, comida, calor... Afuera hay cazadores, frío, ventiscas...Enjaulados en nuestras comodidades, tenemos miedo a vivir, a encontrarnos en el espacio abierto, a ser libres. Nos llenamos de cadenas, construimos barrotes al alma y desde nuestras doradas jaulas nos llamamos libres. El deseo de seguridad nos hace añorar las cárceles. Para vivir en una jaula, no hacen falta alas. Para instruir, para repetir canciones, para enseñar a vivir en jaulas, por doradas que sean, no hacen falta alas. Más bien, estorban. Necesitamos una educación que combata el miedo a vivir, el miedo a volar, que abra las puertas de las jaulas y estimule en los alumnos la pasión por el riesgo y la libertad, por los vuelos de altura, que combata los peros de los que tienen miedo al compromiso y a la entrega. Si no enseñamos a los alumnos a volar, pronto se les morirán las alas:

* * *

El pájaro manso vivía en la jaula, y el pájaro libre en el bosque. Pero su destino era encontrarse y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba: "Amor, volemos al bosque". El pájaro preso decía bajito: "Ven tú aquí; vivamos los dos en la jaula". Decía el pájaro libre: "Entre rejas no pueden abrirse mis alas". "¡Ay!", suspiraba el pájaro preso, "¿sabré yo posarme en el cielo?"

El pájaro libre cantaba: "Amor mío, canta canciones del campo". El pájaro preso decía: "Estate a mi lado, te enseñaré la canción de los sabios". El pájaro libre cantaba: "No, no, no; nadie puede enseñar las canciones". El pájaro preso decía: "¡Ay!, yo no sé las canciones del campo".

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala. Se miran y se miran a través de los hierros de la jaula, pero resulta vano su deseo. Y aletean nostálgicos y cantan: "Acércate más, acércate más". El pájaro libre grita: "¡No

*puedo! ¡Qué miedo tu jaula cerrada!.” El pájaro preso canta bajito: “¡Ay, no puedo!
¡Mis alas se han muerto!”*

(R. Tagore).

12.- PRAKASH QUERIA VER A DIOS

Prakash era un hombre santo y estaba muy orgulloso de serlo. Su mayor deseo era ver a Dios y por ello se alegró sobre manera cuando tuvo un sueño en el que Dios le hablaba de este modo:

-Prakash, ¿en verdad quieres verme y poseerme plenamente?

-Por supuesto que lo quiero, ese es mi mayor deseo –replicó con impaciencia Prakash-. Toda mi vida he esperado ese momento. Incluso me daría por satisfecho si sólo lograra vislumbrarte tenuamente.

-Voy a satisfacer tus ansias. Te abrazaré en la cumbre de la montaña, lejos de todos.

Al día siguiente, Prakash, el hombre santo, se despertó excitado después de una noche inquieta. La vista de la montaña y la idea de ver a Dios cara a cara le ponían a galopar el corazón. Caminaba como si estuviera a punto de volar. Entonces, comenzó a pensar con impaciencia qué le regalaría a Dios porque, sin duda alguna, Dios estaría esperando algún regalo.

-¡Ya lo tengo! –pensó Prakash ilusionado-. Le llevaré mi hermoso jarrón nuevo. Es lo único valioso que yo tengo y sin duda Dios agradecerá mi desprendimiento. Pero no puedo llevárselo vacío. Debo llenarlo con algo.

Por largo rato estuvo pensando lo que metería en el jarrón que iba a regalar a Dios. No tenía ni oro, ni plata, ni piedras preciosas, y además pensó que esas cosas tal vez no le agradarían tanto a Dios pues él mismo las había creado.

-Llenaré el jarrón con mis oraciones y mis buenas obras. Sin duda que es esto lo que Dios espera de un hombre santo como yo. Recogeré mis sacrificios y privaciones, mi servicio al prójimo, las largas horas de meditación y de oración y se las entregaré a Dios en mi jarrón nuevo.

Prakash se sintió feliz de haber descubierto lo que Dios quería y decidió aumentar sus buenas obras y oraciones para llenar pronto el jarrón que regalaría a Dios. Durante las semanas siguientes anotó cada oración, cada sacrificio, cada obra buena colocando una piedrita en el jarrón. Cuando estuviera a punto de rebosar, subiría con él a la montaña y se lo ofrecería a Dios.

Por fin, con su hermoso jarrón lleno de piedritas, Prakash se puso en camino rumbo a la montaña. A cada paso iba repitiendo lo que le diría a Dios: “Mira, Señor, ¿te gusta mi precioso jarrón? Espero que sí. Estoy seguro que te encantará todo lo que he hecho por llenarlo y para agradarte a ti. Tómalo y ahora sí, abrázame”.

Prakash siguió subiendo la montaña lo más rápido que podía. Se moría de las ganas de ver y abrazar a su Dios. Repitiendo entre jadeos su discurso llegó por fin a la cumbre pero Dios no estaba allí.

-Dios, ¿dónde estás? Me invitaste a verme aquí y yo he cumplido con mi parte. Aquí estoy, pero no te veo. ¿Dónde estás? Por favor, Dios, no me decepciones...

Lleno de dolor y desespero, el santo hombre se echó al suelo y rompió a llorar. Entonces, oyó una voz que descendía retumbando de las nubes:

-¿Quién está ahí abajo? ¿Por qué te escondes de mí? ¿Eres tú, Prakash? No te veo. ¿Por qué te escondes? ¿Qué has puesto entre nosotros?

-Sí, señor, soy yo, Prakash. Tu santo hombre. Te he traído este precioso jarrón. Mi vida entera está en él. Lo he traído para ti.

-Pero no te veo. ¿Por qué te empeñas en esconderte detrás de ese enorme jarrón? Así va a ser imposible que nos veamos. Deseo abrazarte fuertemente; por eso, arroja bien lejos el jarrón. Bota lo que tiene adentro.

Prakash no podía creer lo que estaba oyendo: cómo iba a romper su jarrón tanpreciado que contenía todas las buenas obras que él había hecho por su Dios...

-No, señor, mi hermoso jarrón, no. Lo he traído especialmente para ti. Lo he ido llenando pacientemente con mis...

-Tíralo, Prakash. Dáselo a otro, si quieres, pero libérate de él. Deseo abrazarte a ti, Prakash. Te quiero a ti por lo que eres y no por lo que has hecho por mí. Bota, bota ese jarrón, que ya no aguanto las ganas de abrazarte...

(Tomado de Lázaro Albar Marin:
"Espiritualidad y praxis del orante cristiano").

Cuánto nos cuesta aceptar que Dios nos ama incondicionalmente, sin importar lo que hagamos. Pensamos que compramos su amor a base de nuestras pequeñas buenas obras. Cómo nos cuesta aceptar la parábola del Hijo Pródigo y terminar de entender que Dios es ese Padre Bueno que todas las tardes se pone a esperar con el corazón agusanado de dolor el regreso de su hijo. Y cuando, por fin, lo ve llegar, se arroja en sus brazos, lo cubre de besos y en vez de escuchar las palabras de perdón del hijo arrepentido, le manda preparar una gran fiesta. Nosotros nos parecemos demasiado al hermano mayor de la parábola. Nos cuesta aceptar que el Padre sea tan bueno, no podemos comprender su júbilo y alegría. Querríamos, en definitiva, un Dios menos bueno. Como somos pequeños y mezquinos, como nos cuesta perdonar, nos hemos hecho una idea de Dios pequeño como nosotros, a nuestra imagen y semejanza. Ya lo decía Feuerbach:

“Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y los hombres le pagamos con la misma moneda: nos hemos hecho una idea de Dios de acuerdo a lo que somos”. Dios nos creó por amor y es su amor el que nos sustenta. El verdadero amor -y Dios es amor- es desinteresado, se entrega sin esperar recompensa. Ama siempre sin esperar la respuesta de la persona amada. Dios nos ama infinitamente: nos llamó a la vida por amor y nos entregó generosamente todas las obras de la creación para que nos sirvamos de ellas y veamos en ellas las huellas de su mano. Si en verdad creemos que somos amados por Dios, nunca podemos considerarnos solos. Todos somos amados por Dios, pero somos muy pocos los que lo sabemos y muchísimos menos todavía los que lo experimentamos. De ahí el deber de ser mediadores del amor paternal de Dios con todos los que lo ignoran. Dios nos dio la vida para que la demos. Debemos ver a los demás, a los vecinos, a los alumnos, a la gente que nos encontramos en la calle, como los ve Dios. Dios nos ha elegido para mostrar, a través nuestro, su amor a los demás. Por ello, que nadie se despida de tí sin sentirse mejor.

* * *

Sobre un gracioso valle al pie de los montes Apeninos estaban terminando de construir un convento, cuyo prior era un hombre de Dios. Un día, cuando la luz de la alborada pintaba de sonrisas el paisaje, el prior mandó llamar al hermano arquitecto, un hombre que dominaba el lenguaje de las piedras y que había interpretado magistralmente los sueños de su superior.

*-Hermano, quiero que construyas una celda en el extremo del edificio, allí donde no llega ningún ruido. Que el pasillo que conduzca a la celda domine todo el valle y esté bañado de luz. Pero esta celda no debe tener ninguna ventana. -
Comprendo, ¿un calabozo, -preguntó el hermano arquitecto- reservado para el que cometa alguna falta grave?*

-No, no, nada de eso. Escúchame bien: la celda debe ser bastante alta y de buenas proporciones. Debes hacerla de tal modo que por unas aberturas invisibles se filtre durante todo el día el alegre sol de Umbría, para que el que esté en esa celda se encuentre sumergido en un pozo de luz.

-¿Quién habitará una celda tan especial? ¿Acaso el mayor místico o santo del convento?

-No, no necesariamente. Enviaré allí al hermano que se encuentre triste y apesadumbrado o aquel carcomido por los remordimientos y escrúpulos que piense que no es digno del amor y del perdón de Dios. En esa celda sólo se permitirá meditar esta idea: “Dios me ama tal como soy”. Mientras que en las demás celdas o en la capilla del convento, cada hermano puede dedicarse a otras meditaciones, a pensar en sus defectos para corregirlos, a llorar y pedir perdón por sus pecados..., el que habite la celda que vas a construir con tu mejor ingenio estará “condenado” a pensar únicamente en la inmensa ternura de Dios, el Padre que nos ama infinitamente sin importar lo que hayamos hecho.

Entusiasmado con la idea, el hermano arquitecto se atrevió a proponer que sería bueno colocar en ella el bellissimo crucifijo de madera tallada que acababan de regalar al convento.

-Había pensado en ello, pero me temo que la contemplación de ese cuerpo torturado le lleve al huésped de la celda a decirse “Fueron mis pecados los que le ocasionaron tanto sufrimiento y muerte. Mi maldad es tan grande que ocasionó la muerte del propio Dios”.

-Pero la celda no puede estar vacía. Hace falta alguna imagen que recuerde el amor del Señor.

-Primero será la dulce luz del “hermano sol” que se ofrece por igual a justos y a pecadores. Además, en cada una de las paredes y en letras bien grandes, gravarás el siguiente mensaje: TE AMO TAL COMO ERES. Si alguien se permite un sentimiento de inquietud al constatar sus miserias y debilidades, estará profanando esta celda en la que paredes, suelo y techo deben estar impregnados únicamente de nuestra confianza en la ternura sin límites de Dios.

-Pero, Padre, ¿cómo no va a estar triste y apesadumbrado el hermano que no es capaz de amar a Dios con toda su alma?

-Me gustaría que el hermano que pase uno o varios días en este lugar sagrado conozca a Aquel que ha dicho: “No es el sano, sino el enfermo el que tiene necesidad de médico”; conozca al buen pastor que sale en busca de la oveja perdida y la carga feliz sobre sus hombros cuando la encuentra; al padre que espera ilusionado al hijo descarriado y que se alegra con todo el corazón y manda hacer una gran fiesta cuando por fin regresa. Se me ha ocurrido también pedirle al hermano músico que componga un cántico –el único que estará allí autorizado-, cuyo estribillo repita: “Déjame amarte tal como eres”.

-¿No ha escrito San Juan de la Cruz que seremos juzgados por el amor?

-Y yo te digo, hermano querido, que seremos juzgados por nuestra fe en el amor. La fe, como las aberturas de la celda, permite al sol de la gracia invadir el alma. ¿Y sabes tú cuál es la medida de la calidad de nuestra fe?: la imagen que tenemos del amor de Dios. Todos los que tienen una idea mezquina, pobre, del amor de Dios y lo imaginan como un tirano o un juez implacable ansioso de vengar o hacer pagar nuestras faltas, son hombres de poca fe. Otros, en cambio, tienen una imagen osada, podríamos decir “escandalosa” del amor de Dios, y son por ello personas de una gran fe. Se parecen a la cananea del evangelio que arrancó a Cristo lágrimas de admiración. Por todo esto, cuando sienta que alguno de los hermanos anda apesadumbrado y triste, lo enviaré unos días a la celda.

-Quisiera ser el primero –pide el hermano arquitecto, besando con fervor la mano de su superior.

-Eso ya lo veremos. Mejor empieza ya a trabajar si quieres que la celda esté lista pronto.

* * *

Muchos, más que amar a Dios, obran bien y evitan el mal para ganar el cielo o evitar el infierno. Estos no tienen fe y no han comprendido lo que es el amor.

* * *

Cuentan que el rey San Luis de Francia envió al obispo de Chartres a una embajada. En el camino a su destino, el obispo se topó con una mujer de rostro grave y andar decidido, que , a pesar de que era de día, llevaba en una mano una antorcha encendida y en la otra un cántaro con agua.

Intrigado por esa imagen, el obispo mandó detener el carruaje y le preguntó:

-¿A dónde vas y para qué llevas esas cosas?

-Con el agua voy a apagar el infierno, y con la antorcha voy a incendiar el paraíso. Quiero que los hombres amen a Dios por amor a Dios, no por miedo o de un modo interesado.

13.- EL REY BUENO

Había un rey sincero y bueno que gobernaba al país con justicia y con bondad. En vez de vivir encerrado en su palacio, solía recorrer los confines de su reino, para observar los problemas y tratar de ayudar a la gente. Si veía que sus súbditos estaban alegres, su corazón saltaba de gozo.

Pero el buen rey se estaba poniendo viejo y tenía que entregar el reinado a uno de sus cuatro hijos. Ellos querían mucho a su padre y el rey los amaba a todos por igual. Por eso, no le era fácil decidir quién sería su heredero. Entonces, se le ocurrió conversar individualmente con cada uno de ellos para detectar cuál tenía las mejores cualidades para ser un buen rey. Los convocó frente a su despacho e hizo pasar primero a Juan, su hijo mayor.

-Me siento ya viejo, hijo mío, y quisiera entregar mi trono a uno de ustedes. Por ello, quiero preguntarte algo: ¿Qué harías tú si mañana fueras el rey del país?

Juan pensó un buen rato su respuesta y, por fin, le dijo:

-Trataría de que todos los hombres del reino estuvieran bien entrenados y armados para que así fueran capaces de defenderse de cualquier enemigo. La fortaleza de un país radica en sus ejércitos y en la fuerza de sus hombres.

-Muy bien, hijo –dijo el rey-, analizaré tu respuesta.

Al salir Juan, entró el segundo hijo, un muchacho muy inteligente. El rey le dijo:

-José, hijo mío, estoy ya muy viejo y quisiera entregar el reino a uno de ustedes. Pero primero me contestarás una pregunta.

El rey le hizo la misma pregunta que le había hecho antes a Juan y José, después de pensar un rato, respondió:

-Buscaría la forma de que todas las personas del reino se instruyeran. Abriría muchas escuelas para que todo el mundo pudiera estudiar pues la fuerza de un país radica en la instrucción.

-Muy bien –dijo el rey-, analizaré tu respuesta.

El tercer hijo, Francisco, que era muy religioso, respondió la pregunta de su padre diciendo que levantaría muchas iglesias y fomentaría el culto y la oración, pues la grandeza de un país residía en la firmeza de la religión.

Cuando le tocó el turno al hijo menor, no aparecía por ninguna parte. Al cabo de un buen rato, llegó corriendo y agitado, y el rey le preguntó:

-¿Qué pasó, hijo? ¿Dónde estabas que no acudiste a conversar conmigo cuando te tocaba? ¿Acaso no estás interesado en ser rey?

Pedro, que así se llamaba el hijo menor, respondió conteniendo los jadeos del cansancio:

-Lo que pasó, padre, es que, mientras estaba esperando mi turno, me enteré de que Santiago, el anciano caballero, había sido pateado por un caballo y pensé que, en ese momento, lo más importante era correr en su ayuda para ver si podía hacer algo por él.

El rey lo abrazó emocionado y le dijo:

-Ya sé quién será mi sucesor: serás tú, Pedro, porque no sólo sabes lo que la gente necesita para ser feliz, sino que siempre estás dispuesto a hacerlo. Tú sabes servir y eso es lo más importante.

** * **

Había una vez un rabino que tenía fama de santo. La gente vivía intrigada porque todos los viernes desaparecía sin que nadie supiera a dónde iba. Dada su bondad y buen nombre, comenzó a correr el rumor de que, en esas ausencias de los viernes, iba a entrevistarse con el Todopoderoso.

Para salir de dudas, encargaron a alguien que siguiera secretamente al rabino y averiguara a dónde iba. El viernes, el “espía” siguió al rabino a las afueras de la ciudad y hora y media después, cuando sus piernas ya flaqueaban de cansancio porque los pasos del rabino eran muy vigorosos, descubrió que este se disfrazaba de campesino y, así vestido, entraba en un rancho miserable donde se dedicaba a atender a una mujer no creyente que estaba paralítica.

En las horas siguientes, el rabino lavó y planchó la ropa de la enferma, le preparó comida para ese día y para el sábado, limpió la casa, hizo algunos arreglos y cortó leña para alimentar el fuego toda la semana.

Cuando el “espía” regresó a la congregación, todos los miembros de la comunidad le rodearon ansiosos.

-¿A dónde fue el rabino? –le preguntaron-. ¿Le viste subir al cielo?

-No –respondió el “espía” -. Le vi subir mucho más arriba.

*(Tomado de Armando José Sequera,
“Cuentos de Humor, Ingenio y Sabiduría”)*

Dios Creador nos hizo a su imagen y semejanza, nos hizo creadores. El creó todas las cosas y las puso a nuestro servicio. Con nuestra acción debemos recrear el mundo, humanizarlo, hacer que cada día sea más humano. Un mundo donde no haya personas con hambre, sin vivienda digna, sin escuelas, sin amor.

El propio Dios se hizo hombre para remacharnos, con su palabra y con su ejemplo, que lo importante es el servicio. De ahí que su mandamiento principal, el distintivo de sus seguidores es el amor práctico, el que cura las enfermedades, calma el hambre, ofrece corazón... Importante es la fortaleza, la sabiduría, el fervor religioso, pero de nada valen sin caridad o sin solidaridad. La propia oración no tiene sentido si no me ayuda a ser mejor, si de ella no salgo dispuesto a derramarme sobre los demás. Tenemos que ser como el manantial, que no guarda para sí su caudal, si no que se derrama dando vida. Y lo hace con alegría, cantando. Si guardara para sí su agua, se pudriría y se le morirían las canciones. Cuanto más amor demos, más nos llenaremos de amor. El único modo de llenarnos de amor es dándolo. Todo lo que damos a los demás, termina volviendo a nosotros. Compadecerse del hambre, del dolor, de la miseria, implica comprometerse para aliviarlas o erradicarlas. Compasión viene de compartir: participar de la misma pasión, del mismo sufrimiento. Si te apresaran por ser cristiano, y dijimos que el distintivo del cristiano es el amor vuelto servicio ¿Qué pruebas alegrarían para condenarte? Vive y enseña a vivir la vida como don para los demás. “En todo amar y servir”, como decía Ignacio de Loyola.

Recuerda el bellissimo poema de Gabriela Mistral:

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio.
Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.
Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú;
donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú;
donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.
Sé el que apartó la piedra del camino,
el odio de los corazones,
y las dificultades del problema.
Hay alegría de ser sano y de ser justo;
pero hay sobre todo,
la hermosa alegría de servir.
Qué triste sería el mundo
si todo en él estuviera ya hecho,
si no hubiera un rosal que plantar,
una empresa que emprender...
Pero no caigas en el error
de pensar que sólo se hace mérito con los grandes trabajos;
hay pequeños servicios que son buenos servicios:
adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.
Aquel es el que critica;
ese es el que destruye.
Tú sé el que sirve.
El servir no es tarea de seres inferiores.
Dios, que da el fruto y la luz, sirve.
Pudiera llamarse así: EL QUE SIRVE.
Y tiene ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día:
¿Serviste hoy?

¿A quién?

¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

* * *

Cuenta la historia que hubo un cuarto rey mago, que llegó tarde a la cita de Belén por quedarse a ayudar a un anciano. Cuando llegó, ya la Sagrada Familia habían huído a Egipto. Hasta allá se fue en su búsqueda, pero tardó mucho en llegar pues por el camino se demoró mucho ayudando a todos los necesitados que encontraba. Perdió el contacto con el niño hasta que, a los treinta años, comenzó a oír rumores y noticias de un gran profeta en Galilea. Desde el primer momento, él adivinó que era Jesús y partió en su busca. Una vez más, se fue demorando por el camino ayudando a los menesterosos, y sólo pudo encontrarse con Jesús cuando subía hacia el calvario cargado con su cruz.

-Te he buscado durante toda mi vida -le dijo con ojos llorosos- y cuando por fin te encuentro, te van a matar.

Jesús volvió hacia él su rostro ensangrentado y le dijo con una imposible sonrisa:

-No necesitabas buscarme, porque tú siempre estuviste a mi lado.

14.- LAS MANOS MAS HERMOSAS

Alberto Durero fue un afamado pintor y grabador alemán, sin duda alguna el representante más genial del Renacimiento en el norte de Europa. Hombre de un profundo humanismo, gozó durante su vida de gran prestigio y popularidad. Entre las obras que más gustan a la gente y que han sido reproducidas en millones de copias, se encuentra sus “Manos Orantes”. Esta es su historia:

Alberto Durero y Franz Knigstein eran dos jóvenes amigos que luchaban contra toda adversidad por llegar a ser artistas. Como eran muy pobres y no tenían ningún mecenas que los ayudara, decidieron que uno de ellos estudiaría arte y el otro buscaría trabajo y sufragaría los gastos de los dos. Pensaban que, cuando el primero culminara sus estudios y ya fuera un artista, con la venta de sus cuadros podría subvencionar los estudios del compañero.

Echaron a suertes para decidir quién de los dos iría primero a la universidad. Durero fue a las clases y Knigstein se puso a trabajar. Durero alcanzó pronto la fama y la genialidad. Después de haber vendido algunos de sus cuadros, regresó para cumplir su parte en el trato y permitir que Franz comenzara a estudiar. Cuando se encontraron de nuevo, Alberto comprobó dolorosamente el altísimo precio que había tenido que pagar el compañero. Sus delicados y sensibles dedos habían quedado estropeados por los largos años de duro trabajo. Tuvo que abandonar su sueño artístico, pero no se arrepintió de ello, sino que se alegró del éxito de su amigo y de haber podido contribuir a ello.

Un día, Alberto sorprendió a su amigo de rodillas y con sus nudosas manos entrelazadas en actitud de oración. De inmediato, el artista delineó un esbozo de la que llegaría a ser una de sus obras más famosas “Manos Orantes”.

Necesitamos una educación que se oriente no meramente a formar la mente, sino también el corazón y las manos. Manos siempre abiertas a la ayuda y el servicio, que nunca se cierran en puño que amenaza y que golpea. Manos hábiles, trabajadoras, que asumen el trabajo como medio fundamental de realización y buscan la excelencia en todo lo que hacen. Manos que acarician, que saludan con afecto, que aplauden con júbilo los triunfos ajenos, que dan pero también reciben y agradecen. Manos que sanan, dan calor, acortan distancias. Manos encallecidas por el servicio y el trabajo. Como las de Dios:

Dios tiene las manos sucias
el pelo despeinado
su ropa huele a tierra y a sudor
sus modales son rudos.
Sí, porque Dios está en el pobre que
encontramos en la calle,
el mendigo que interrumpe nuestros pasos
el obrero de manos callosas
el muchacho que vende periódicos

el mecánico embadurnado de grasa.
Dios está en el obrero de manos callosas
y frente bañada de sudor
luchando por sembrar la justicia
por sembrar el amor
en medio de protestas y rebeldías.
Así es Dios,
siempre ocupado, construyendo un ideal.
Pero hay quienes lo imaginan
sentado en su trono celestial
limpio, sereno, inmaculado
rodeado de ángeles puros,
y entonces piensan que seguir a Dios
es apartarse del mundo que les rodea
y caminan en la orilla con las manos juntas,
limpios, tranquilos, felices de vivir allí.
De vez en cuando meten las manos en el mundo
para hacer una buena acción
que es más bien un tranquilizante de conciencia
y procuran no mancharse
no contaminarse con la suciedad
y vuelven a tomar su camino
convencidos de que siguen a Dios.
Pero se olvidan que Dios tiene las manos sucias
y que vive con los pobres
y que quien quiere seguirle
debe disponerse a ensuciarse las manos.
Dios está aquí, con sus hijos predilectos:
los pobres.
¿De qué sirve si te vas por la orilla?
Dios quiere que te ensucies las manos con El
que te enredes en la trama humana,
como lo hace El.
No te ocultes en el manto de Dios
para no tener nada que ver con los que te rodean.
Dios lucha en el hombre de hoy
y cuenta contigo.

* * *

Cuenta una leyenda que hace muchos años vivían tres hermosas princesas en un palacio real. Una mañana, mientras paseaban por el maravilloso jardín con sus fuentes y rosales, empezaron a preguntarse cuál de las tres tenía las manos más hermosas. Elena, que se había teñido los dedos de rojo agarrando unas fresas, aseguraba que las suyas eran las más hermosas. Antonieta, que había estado entre las rosas y sus manos habían quedado impregnadas de perfume, no tenía la menor duda de que las suyas eran las más bellas. Juana

había metido los dedos en el arroyo cristalino y las gotas de agua brillaban como diamantes. También ella estaba convencida de que sus manos eran las más hermosas.

En esos momentos, llegó una muchacha menesterosa que les pidió una limosna. Las princesas, al ver su aspecto sucio y lamentable, pusieron cara de asco y se fueron de allí. La mendiga pasó a una cabaña que se hallaba cerca donde una mujer tostada por el sol y de manos toscas y manchadas por el trabajo, le dio un pan.

Cuenta la leyenda, que la mendiga se transformó en un ángel que apareció en la puerta del jardín y les dijo a las princesas:

-Las manos más hermosas son aquellas que están dispuestas a bendecir y ayudar a sus semejantes.

15.- ¿DÓNDE ESTA DIOS?

Tony de Mello nos cuenta la historia de un pececito que andaba buscando desesperadamente el océano. Lo buscaba y lo buscaba por todas partes pero no lo encontraba. Incluso empezó a dudar de su existencia pues había oído que muchos peces sabios decían que no existía, que era tan sólo un invento de los peces anteriores mucho más ignorantes que ellos.

Un día, se encontró con un pez muy viejo y venerable y le dijo:

-Sin duda que usted podrá ayudarme. Dígame, ¿dónde puedo encontrar el océano? He estado buscándolo por todas partes, sin resultado.

-El océano –respondió el viejo- es todo esto: donde nadas, buscas, vives. Fuera del océano estarías muerto.

-¿Pero qué locuras me dice usted? Si esto es sólo agua –y el pececito se alejó decepcionado, pensando que los muchos años habían vuelto imbécil al pez viejo.

Buscamos a Dios o incluso negamos su existencia sin caer en la cuenta que en él estamos, vivimos y nos movemos. Nos pasa como a los judíos en tiempos de Jesús: tenían al mesías con ellos pero no supieron reconocerlo

Creo que es también de Tony de Mello la historia de aquel maestro Zen que se sentó frente a sus discípulos a darles una charla sobre Dios. Apenas había empezado a hablar, cuando un pájaro comenzó a cantar. El maestro quedó en silencio, escuchando el canto. Cuando concluyó el canto, les dijo a sus discípulos:

-Después de todo lo que dijo el pájaro, no me queda a mí nada que decir – se levantó y se fue.

Todo en el mundo es revelación de Dios. Todo vocea su presencia y nosotros nos empeñamos en dudarla. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color un destello de su mirada. Todo es revelación, todo habla, si sabemos escuchar.

Dices que no encuentras a Dios, ¿pero acaso lo buscas donde se encuentra? No lo busques, porque le aburren mucho, en los discursos filosóficos que tratan de probar su existencia, ni en las agudas disertaciones teológicas, ni en los cultos pomposos de los templos o en esos rezos monótonos y rutinarios. Mira a tu alrededor y lo verás jugando con tus hijos, y si vuelves tus ojos al espacio, lo verás caminando en la nube, desplegando sus brazos en el rayo y descendiendo mansamente con la lluvia. Lo podrás ver sonriendo en las flores y elevándose luego para agitar sus manos en los árboles. Lo verás en la canción del agua, en la súplica del mendigo, en la fatiga del obrero. Pedimos milagros y no somos capaces de apreciar el milagro imperecedero de la existencia y la revelación del misterio en una noche estrellada, un amanecer luminoso, una sonrisa, un rayo de

luz, los sorprendentes destellos de una mente inteligente...El máximo escritor alemán de todos los tiempos, Johann Wolfgang Goethe, autor de la monumental obra **El Fausto**, admiraba tanto a Mozart que consideraba su ingenio una excelente prueba de la existencia de Dios. "Dios se manifiesta -decía- en los milagros que se producen en algunos hombres que nos asombran y desconciertan". Muchos aprecian el cuadro maravilloso de cada amanecer, pero niegan o no reconocen la existencia del pintor.

"Hermano almendro, ¡háblame de Dios!"

Y el almendro se cubrió de flores...

(Nikos Kazantzaki)

Recordemos también los versos de Tagore:

¿No has oído sus pasos callados?

El viene, viene..., siempre viene.

Dios Padre nos entrega todo como don gratuito , para que disfrutemos como hermanos. Desgraciadamente, algunos olvidan esto y se apropian de los bienes que pertenecen a todos:

* * *

Bholabhai estaba de vacaciones en el campo. Alquiló un bungalow cerca de una reserva natural de aves. Una gran variedad de pájaros cantaba alegremente, al otro lado de su ventana, durante todo el día. Bholabhai se sentía tan emocionado que, cada vez que salía de la casa, daba gracias a Dios por las encantadoras melodías de los pájaros. Un día, el encargado de la reserva salió a su encuentro y le dijo:

-¿No creerás que esos pájaros cantan para ti?

-Por supuesto que lo creo –le respondió Bholabhai-. Estoy seguro que Dios los envió para que cantaran sólo para mí.

-Pues estás muy equivocado. ¡Los pájaros cantan para mí!

Se enzarzaron en una disputa tan acalorada, que decidieron ir a juicio. El juez escuchó el caso cuidadosamente y, luego, con enorme sorpresa de ambos, les impuso a cada uno una multa.

-¡Cómo pudieron ser ustedes tan osados! –explicó su sentencia el juez muy malhumorado. ¡Que todo el mundo sepa sin lugar a dudas que esos pájaros siempre han cantado sólo para mí!

(Tomado de Lewis, Hedwig, "En casa con Dios")

* * *

Llegará un día en que los poderosos se apropiarán del aire y del sol y lo venderán en cómodas cuotas; que habrá que pagar para ver las estrellas y serán propiedad privada los mares, montañas, ríos y cascadas.

Dios, sin embargo, nos lo dio generosamente todo a todos. El, como padre bueno, quiere que vivamos todos como hermanos, ayudándonos unos a otros, poniendo en común, para disfrute de todos, los talentos que El nos dió.

Recordemos el poema de Charles Thomson:

No puedes rezar el Padrenuestro
y seguir diciendo "yo..."
No puedes rezar el Padrenuestro
y seguir diciendo "mi..."
No puedes rezar el Padrenuestro,
sin rezar por los demás.
Porque, cuando pides el pan de cada día
tienes que incluir a tu hermano.
Porque los demás están incluidos en cada petición.
Desde el comienzo al fin,
nunca dice "mi..." o "yo...".

O este otro poema del Maestro Eckhart:

No existe eso que llaman "mi" pan.
Todo el pan es nuestro
y se me ha dado a mí,
a los demás a través de mí
y a mí a través de los demás.
Y no sólo el pan,
sino todas las otras cosas necesarias
para sustentar esta vida
se nos han dado en depósito
para compartirlas con los demás,
por causa de los demás,
para los demás y a los demás,
a través de nosotros.

Recordemos también, por fin, los versos de ese gran poeta mexicano Amado Nervo:

TU

Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú en la inmensa hondura del vacío y en la hondura interior: Tú en la aurora que canta y en la noche que piensa.

Tú en la flor de los cardos, y en los cardos sin flor.

Tú en el cenit a un tiempo y en el nadir; Tú en todas las transfiguraciones y en todo el padecer; Tú en la capilla fúnebre y en la noche de bodas; Tú en el beso primero y en el beso postrer.

Tú en los ojos azules y en los ojos oscuros.

Tú en la frivolidad quinceañera, y también en las graves ternezas de los años maduros.

Tú en la más negra sima, Tú en el más alto edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo; si sus labios te niegan, yo te proclamaré.

Por cada hombre que duda, mi alma grita: "Yo creo". Y con cada fe muerta, se agiganta mi fe.

16.- LA ORACION DEL ALFABETO

Regresaba un campesino a la casa con su carreta , cuando, de repente, se le salió una rueda. Como llegó la hora de hacer sus oraciones y aún no había superado el problema, el campesino abandonó la reparación de la rueda y se dispuso a rezar. Para su sorpresa, descubrió que había dejado olvidado en su casa el libro de oraciones y, como tenía muy mala memoria, decidió rezar del siguiente modo:

-Señor, como no traje el libro de oraciones, voy a recitar varias veces el alfabeto y tú formas con mis letras las palabras que más te gusten, de modo que te digas a ti mismo las cosas que quieras, cosas que yo sería incapaz de decirte pues soy un hombre torpe y necio.

Cuando el campesino concluyó, el Señor dijo a uno de los ángeles que lo acompañaban:

-De todas las oraciones que he escuchado hoy, esta ha sido sin duda la mejor, pues ha brotado de un corazón sencillo y sincero.

(Cuento de la secta de los Jassidim, tomado de “Cuentos de humor, ingenio y sabiduría”, de Armando José Sequera).

** * **

Un obispo recientemente nombrado en los mares del Sur, quería visitar cada rincón de su vasta diócesis. Hacia el final de la gira, divisó una pequeña isla. -¿Está habitada? –preguntó.

-Sí, pero solamente por tres viejos pescadores –le respondieron-. No vale la pena que su Excelencia pierda su tiempo visitándolos. Viven aislados de todos, como primitivos, casi como salvajes. Algunos dicen que están chiflados.

-De todas formas, querría visitarlos –insistió el Obispo.

Cambiaron así la ruta y se dirigieron a la isla. El obispo quiso desembarcar solo y fue recibido con toda amabilidad por los tres extraños ancianos, que le brindaron a su excelencia sus mejores frutos y toda su gentileza.

-Hijos míos –les preguntó el obispo- ¿pueden decirme cómo gastan el tiempo en esta isla?

-Yo estoy muy ocupado –dijo el primero-. Desde muy temprano voy a pescar para que mis hermanos tengan qué comer. Además, las redes están ya muy viejas y gasto mucho tiempo remendándolas.

-También yo me la paso muy ocupado –dijo el segundo-. Desde temprano me voy a cazar a la montaña. Con la piel de los animales salvajes hago zapatos y

vestidos para cubrirnos el cuerpo. Las plumas las usamos para colchones y almohadas. Si cazo un animal comestible, nos comemos su carne...

-En cuanto a mí –dijo el tercero-, yo construí esta humilde cabaña y la mantengo arreglada y limpia, y procuro que, cuando regresan mis dos hermanos, tengan la comida lista –procuro prepararle a cada uno lo que más le gusta-, y el agua para lavarse y refrescarse. En estas tareas, el tiempo se me pasa en un instante.

El obispo asentía con su cabeza y, cuando hubieron terminado, les preguntó:

-Pero, ¿cuándo rezan?

Los tres ancianos se miraron con perplejidad. “¿Rezar? ¿Qué cosa es esa? Nosotros somos ignorantes, no entendemos ¿Cómo se hace para rezar?”

Entonces el obispo, con una gran paciencia, les estuvo explicando lo que era la oración. “Hay que rezar para que Dios nos ayude. Dios es el padre de todos nosotros, y le tenemos que pedir la fuerza para vivir todos los días como hermanos. Debemos rezar para no ser egoístas, para no caer en la tentación, para que sepamos ayudarnos y perdonarnos”.

Los tres ancianos le asentían en silencio, apesadumbrados y perplejos.

-Les dejaría estos libros de oraciones, pero probablemente no saben leer.

-No, no sabemos –dijeron los ancianos un tanto entristecidos.

El obispo intentó en vano enseñarles la memorización de algunas oraciones sencillas. Por mucho que se esforzaban, los ancianos no podían retenerlas.

Sintiéndose fracasado, el obispo no tuvo más remedio que despedirse de ellos. Los ancianos se quedaron tristes.

En la placidez de su alcoba, el obispo daba vueltas en su cama sin poder dormir. Por fin, escuchó una voz vigorosa que le decía:

-¿Por qué te metiste con mis hijos predilectos? ¿Cómo te atreviste a enseñarles a orar si ellos se la pasan rezando todo el día? Levántate y vuelve de inmediato a la isla. Devuélveles la alegría diciéndoles que su oración me agrada mucho.

(Versión libre de una historia de Bernard Bro)

En un mundo y una cultura que proponen sin el menor pudor el individualismo y el egoísmo como valores fundamentales para sobresalir y triunfar, que presentan el consumir y acaparar cosas como medios de lograr la auténtica

realización personal, necesitamos hoy mucho de la oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguir remando contra la corriente, en cercanía y servicio a los demás. Necesitamos orar mucho para ser fuertes, para atrevernos a ser libres, para comprometernos radicalmente en la entrega y el amor. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril.

La oración que agrada a Dios, es la que brota de un corazón sincero e impulsa a ser cada día mejor. Una oración que se traduce en obras. Orar y no comprometerse en el servicio al hermano es encontrar un diálogo narcisista con uno mismo. De la oración, si es sincera, debemos salir fortalecidos, más comprensivos, más buenos, más serviciales. Rezar implica el compromiso de intentar vivir de acuerdo a la oración. De muy poco sirve pedir por los pobres, por los alumnos y sus familias, si no hacemos nada por ellos, si no estamos pendientes de sus necesidades y nos comprometemos a remediarlas. Recuerda a aquel hombre que, al ver la miseria de los niños de la calle, las necesidades de los mendigos, los tormentos y dolores de tantas personas inocentes, levantó un día los puños al cielo y retó a Dios de esta manera: “¡Cómo puedes ser tan cruel! ¡Cómo es posible que no hagas nada ante tanto sufrimiento!”. De pronto, se abrieron los cielos y bajó de ellos la respuesta a su queja: “¡Cómo puedes decir que no hago nada. Te he hecho a tí”.

17.- LOS TRES ANILLOS

Como andaba necesitado de dinero, Saladín pensó ponerle una trampa a un rico judío que era súbdito suyo, con la idea de sacar algún provecho con ello. Mandó, pues, llamarlo a su presencia, y le preguntó cuál era, según su parecer, la mejor religión. “Si dice que es la judía –pensaba Saladín-, le diré que peca contra mi fe. Si dice que es la musulmana, le preguntaré entonces que por qué profesa la judía”.

Tras escuchar la pregunta del soberano, el buen judío le respondió así:

-Señor, hubo una vez un padre de familia que tenía tres hijos muy queridos. Y tenía en su poder un anillo bellissimo, adornado con el mejor diamante del mundo. Los tres hijos anhelaban heredar el anillo a la muerte del padre y por ello intentaban ganar su preferencia. Pero el padre, deseoso de contentarlos a todos, llamó al mejor orfebre y le pidió que hiciera dos anillos iguales al suyo. Así lo hizo el orfebre, y nadie era capaz de distinguir cuál era el anillo verdadero. Nadie, excepto el padre. Un día, mandó a llamar a sus hijos y le dio a cada uno un anillo, de modo que pensara que ese era el verdadero.

Hizo una pausa el judío y luego prosiguió:

-Así pasa con la fe y la religión, Señor. Hay tres religiones muy semejantes: la judía, la cristiana y la musulmana. El que profesa alguna de ellas está convencido de que esa es la verdadera. Pero eso sólo lo sabe Dios, que sonrío a todos y sólo pide que cada uno la lleve con dignidad y decoro, como el anillo que el padre dio a cada uno de sus hijos.

La religión es un camino para llegar a Dios. Y al Dios de Jesús sólo se puede llegar mediante el amor y el servicio al hermano, sobre todo al necesitado. Desgraciadamente, con frecuencia la religión ha sido usada para imponer modos de vida que le disgustan a Dios. En nombre de Dios y de la religión se han cometido crímenes abominables y espantosas guerras religiosas cruzan todos los períodos históricos. De hecho, las religiones han promovido más violencia que paz en el mundo, pues la historia de las religiones ha sido con demasiada frecuencia una historia de rivalidad fratricida, fanatismo, intolerancia y exclusión

La verdad de una religión se expresa en la bondad del corazón, en el servicio, no en el dogma. Una religión que promueva el odio, que fomente el fanatismo, que permita las ofensas, no puede ser expresión de una fe en un Dios que se nos reveló como Padre infinitamente bondadoso y que nos invita y anima a vivir como hermanos. Todos debemos ser ateos de un Dios cruel, exclusivista, tirano, castigador... La religión tiene que ser fuente de alegría, no de temor.

Enseña a tus alumnos a ser tolerantes, a respetar a las personas sin importar su religión o si creen o no en Dios, a huir del fanatismo, a vivir con alegría la expresión de su fe en el servicio a los demás, sean creyentes o no.

18.- EL REGALO

Un destartalado autobús rodaba penosamente por una carretera rural. En uno de los asientos, un anciano sostenía un hermoso ramo de flores recién cortadas, que iban perfumando el aire enrarecido. Dos asientos más allá, viajaba una linda joven que no podía dejar de mirar el ramo con ojos asombrados. Llegó el momento en que el anciano tenía que bajarse. De pronto y, ante la sorpresa de todos los pasajeros, le regaló el ramo de flores a la muchacha que tanto las había admirado.

-Creo que a mi esposa le gustaría que las tuviera usted – le dijo entre sonrisas-. Le voy a decir que se las di.

Arrancó el autobús y la muchacha que aceptó desconcertada y agradecida las flores, pudo ver a través de la ventanilla que el anciano estaba abriendo el portón de un pequeño cementerio.

Mucha gente le lleva flores a los muertos en la tumba y durante toda su vida nunca tuvo un detalle con ellos. Sé amable, regala la flor de tu sonrisa, mientras puedas, a las personas que viven a tu lado. Como dice el viejo proverbio: “Más vale regalarle una flor a un vivo que llorar torrentes sobre su tumba”. Resalta lo positivo, sé un regalo para los demás, que tu vida estimule a vivir.

¿Dónde han ido a parar las flores?
¡Dime! ¿dónde han ido a parar las flores?
¿Las flores de la alegría de vivir,
las flores de las cosas bellas, buenas y justas?
¿Dónde están?
¿En el noticiero, en los reportajes,
en las conversaciones de cada día?
Están muertas y ahogadas
bajo una avalancha de noticias de odio,
de violencia, de asesinatos,
de alcohol, de sexo, de consumo,
de escándalo de grandes y pequeños.
Nadie ve las flores.
Nadie oye hablar de ellas.
Han muerto marchitas
en la cartera de los vendedores de sensacionalismo
y en los labios de los profetas del desastre.
¡Dime! ¿dónde han ido a parar las flores?
Las flores de las pequeñas ayudas recíprocas,
las flores de nuestros problemas compartidos,
de nuestro tiempo dado a los necesitados,
de nuestras preocupaciones por los solos y los torpes.
Tú tienes un corazón y una cabeza...
y hay alguien que necesita de tí

¡Prepara flores!
Para muchos la vida es como un desierto
porque no conocen la amistad,
porque nadie les quiere,
porque nadie les tiende una mano.
Por más que la busquen,
no existe para ellos una señal
de simpatía, de afecto.
¡Para ellos nunca florece una flor!

Regala la flor de un beso, de una sonrisa. Una sonrisa dura un instante, pero puede ser eterna en el recuerdo. Nadie es tan rico que no la necesite, nadie es tan pobre que no pueda darla. Una sonrisa puede tumbar distancias y barreras, acercar los corazones:

* * *

*A Antonio de Saint-Exupery se le conoce por su magistral obra "El Principito", que encanta por igual a grandes y a niños. La mayoría ignora, sin embargo, que Saint Exupery fue un hombre extraordinario, de una gran sensibilidad humana y una extraordinaria vocación de servicio. Durante la Segunda Guerra Mundial, combatió con inusitado valor como piloto de guerra la tiranía de los nazis y, de hecho, murió en acción. Años antes, había combatido a los facistas en la guerra civil española. De esta experiencia nos dejó un bellissimo relato titulado **La Sonrisa**, que no se sabe si fue real o una creación literaria inspirada en algún suceso que vivió durante la guerra.*

Cuenta el escritor que fue capturado por el enemigo y arrojado en una celda. Sabía que iban a matarlo al día siguiente y se puso extremadamente nervioso. Hurgó en sus bolsillos en busca de un último cigarrillo y, afortunadamente, consiguió uno. Con manos temblorosas se lo llevó a la boca, pero no tenía fósforos.

Miró al carcelero que, sin prestarle la menor atención, estaba distraído limpiando su arma.

-Señor, ¿no podría darme fuego? -pidió el prisionero con voz adolorida.

El carcelero lo miró sólo un momento, se encogió de hombros y se acercó para encenderle el cigarrillo. Al acercarle el fuego, sus ojos se cruzaron con los de Saint Exupery que le ofreció una profunda sonrisa de agradecimiento. Esa sonrisa prendió en el corazón del carcelero que endulzó su mirada y se le quedó sonriendo un rato con cariño. Las sonrisas fueron borrando las diferencias y acercando sus corazones. Ya no eran preso y carcelero, sino dos hombres intentando comprenderse y aceptarse.

-¿Tienes hijos? -preguntó el carcelero con vivo interés.

Saint Exupery le mostró emocionado las fotos de su familia. También el carcelero sacó las suyas y comenzó a hablar con emoción de sus hijos, de las ganas que tenía de verlos, de las cosas que haría con ellos cuando acabara la guerra.

-Yo, sin embargo, nunca más volveré a verlos -dijo entre sollozos Saint Exupery, y su llanto y su dolor profundo llenaron de lágrimas los ojos del carcelero que, sin decir una palabra, abrió la celda y en silencio condujo al escritor hacia la vida y la libertad.

** * **

El padre se puso furioso cuando su hija de tres años gastó todo un rollo de papel de envolver regalos para decorar la cajita que iba a poner bajo el árbol de navidad. Estaban muy escasos de dinero y ese despilfarro le pareció toda una grosería. A pesar del regaño, al día siguiente la niña le llevó la cajita a su papá.

-Esto es para tí, papi.

El padre se sintió avergonzado de su enojo anterior , pero le volvió la ira cuando vio que la caja estaba vacía.

-Se supone que si uno va a regalar algo, no entrega una caja vacía -le dijo a gritos el papá-. Gastaste todo el papel y para nada, para entregar una caja vacía.

-Pero no está vacía -le dijo la niña sollozando-. Durante todo el día de ayer la estuve llenando con besitos.

19.- HERMANOS VERDADEROS

Dan Clark nos cuenta que a un amigo suyo, llamado Paul, le regaló su hermano un hermoso carro deportivo como obsequio navideño. Cuando salió de la oficina era ya tarde y vio que había un muchacho observando con admiración su flamante carro.

-¿Es suyo este carro, señor? –le preguntó con los ojos llenos de asombro.

-Sí, es mío, me lo acaba de regalar mi hermano por ser navidad.

El muchacho estaba maravillado. Parecía que no podía creer lo que Paul le acababa de decir.

-¿Quiere usted decir que su hermano se lo dio y a usted no le costó nada? Cónchale, ojalá...-y dejó inconclusa su frase vacilando.

No era necesario que siguiera. Era evidente que quería decir que ojalá él tuviera un hermano así. Pero no dijo eso, sino algo completamente distinto que dejó helado a Paul:

-Ojalá yo pudiera ser un hermano así.

Paul miró al muchacho sorprendido y le preguntó impulsivamente si le gustaría dar una vuelta en el carro.

-Sí, por supuesto, me encantaría...

Después de un breve paseo, el muchacho miró fijamente a Paul y le dijo con determinación:

-Señor, ¿le molestaría pasar frente a mi casa?

Paul esbozó una sonrisa. Era evidente que el muchacho ansiaba que los vecinos lo vieran montado en ese extraordinario carro deportivo. Pero, por segunda vez, se equivocó:

-¿Podría parar frente a esa casa que tiene en el frente dos escalones? Espéreme sólo un segundo, por favor.

Subió los dos escalones de un salto. No tardó mucho en regresar. Volvía cargando a su hermanito inválido. Lo sentó en el primer escalón y abrazándolo fuertemente le dijo:

-Mira bien este carro, Buddy. El hermano se lo regaló para navidad y no le costó ni un centavo. Un día, yo te regalaré un carro como este. Voy a trabajar muy

duro y ahorraré todo lo que pueda. El carro será tuyo. Yo sólo seré tu chofer e iremos donde tú quieras y podrás ver las montañas, los bosques, el mar...

Paul se bajó emocionado y sentó al pequeño inválido en el asiento delantero. El hermano mayor eufórico se subió a su lado y los tres iniciaron un paseo memorable. Con los ojos arrasados de lágrimas y una extraña blandura en su alma, Paul miraba las vitrinas resplandecientes de luces y de adornos. Comprendía, sin embargo, que la navidad iba montada dentro de su carro.

Vive y enseña a vivir para hacer felices a los que te rodean. En vez de preguntarte qué te van a dar los demás, pregúntate qué vas a darles tú. Proponte vivir de tal modo que tu familia, tus amigos y todos los que te tratan y conocen sientan una dicha tenerte. Esfuérate, desde que te levantas, por ser un regalo para todos los que te consigas en el día. Que consideren un don haberse encontrado contigo. Que de tu conversación salgan fortalecidos. Piensa en lo mucho que se te ha dado, en lo privilegiado que eres. Porque se te ha dado mucho, debes mucho a los demás. Trata de ser un hermano verdadero. Recuerda el poema de Amado Nervo **Dar vale más que recibir :**

Todo hombre que te busca va a pedirte algo...
El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.
Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.
¡Y tú te vuelves impaciente!, y tú piensas ¡qué fastidio!
¡Infeliz! La ley escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas:
¡DAR! ¡TU PUEDES DAR!
En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento.
En cuantas horas tiene el día te pareces a Jesús, que no es sino donación perpetua y regalo perpetuo.
Deberas caer de rodillas ante el Padre y decirle:
“¡Gracias porque puedo dar, Padre mío, nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!”
¡EN VERDAD OS DIGO QUE VALE MAS DAR QUE RECIBIR!

* * *

Murió el padre y los dos hermanos, uno soltero y el otro casado, heredaron la granja que, con el trabajo de ambos, producía abundante grano que los hermanos repartían a partes iguales. Pero llegó un momento en que el hermano casado se despertaba todas las noches sobresaltado y se ponía a pensar: “No es justo. Mi hermano no está casado y se queda con la mitad de la cosecha. Yo

tengo mujer y cinco hijos que me cuidarán cuando sea viejo, pero él no tiene a nadie. Por ello, necesita ahorrar mucho para cuando ya no pueda trabajar". Con este pensamiento, que no le dejaba dormir, se paraba de la cama e iba a su granero, llenaba un saco de su trigo y lo llevaba en sigilo al granero de su hermano.

Pero sucedió que también el hermano soltero empezó a despertarse por la noche y a pensar: "No es justo que mi hermano, que tiene mujer y cinco hijos se quede sólo con la mitad de la cosecha, pues él necesita mucho más que yo". Y con este pensamiento, se levantaba de la cama y llevaba un saco de su grano al granero de su hermano.

Una noche, se levantaron los dos al mismo tiempo y se encontraron cada uno con su saco de trigo. Y cuenta la historia que muchos años más tarde, cuando murieron los hermanos, los habitantes del lugar que conocieron este hecho, decidieron levantar una iglesia en el lugar donde se habían encontrado en la noche los hermanos por pensar que no era posible encontrar un lugar más sagrado que ese.

20.- EL HOMBRE QUE SABIA VOLAR

Empezó a propagarse la noticia de que, en un remoto país, había un hombre que sabía volar. El rico Mansur decidió partir en su búsqueda para pedirle que le enseñara el arte del vuelo sin importar el precio ni las exigencias. Aprendería a volar y se guardaría el secreto para sí mismo, sin comunicárselo a nadie. Sería distinto a todos los demás, lo admirarían y él levantaría su vuelo extraordinario sobre las multitudes que le observarían impotentes y celosas.

Cuando llegó a aquel país lejano, nadie le supo dar noticias del hombre que volaba. Todos le confirmaron que habían oído hablar de él, incluso alguno afirmó y juró que había visto su vuelo prodigioso, pero nadie sabía dónde encontrarlo.

Ansioso de encontrarlo, Mansur ofreció una suculenta recompensa a quien le diera una información segura, pero de nada sirvió la oferta.

Un día, mientras Mansur se encontraba en el mercado de la ciudad, se le acercó un viejo escudero, muy pobre, que le preguntó si era él el que buscaba al hombre que volaba.

-Sí, soy yo. ¿Acaso tú puedes indicarme dónde puedo hallarlo? Si es así, y lo encuentro, te recompensaré muy bien: ya no pasarás ninguna necesidad en el resto de tu vida.

-Puedo llevarte hasta él, si quieres. Comamos algo y después nos ponemos de camino sin demora.

Así lo hicieron. Incluso Mansur, conmovido por su pobreza, le compró una manta y un par de sandalias nuevas. Se encaminaron hacia el Norte, cruzaron el río, y a la noche pernoctaron en un hostal. Al día siguiente retomaron el camino. Mansur ardía de impaciencia por encontrar al hombre que volaba y no cesaba de hacerle preguntas sobre él.

-¿Todavía estamos muy lejos? –preguntaba impaciente una y otra vez.

-No, no, ya estamos cerca –le respondía calmadamente el viejo escudero.

Pero fueron pasando los días y Mansur empezó a dudar. Cuando iniciaron la subida a una alta montaña, Mansur no pudo aguantar más y gritó lleno de cólera:

-Desde hace una semana me repites lo mismo, que estamos cerca, pero yo no veo ningún vestigio del hombre que buscamos. Te alimento, te doy albergue, pero tú me llevas de acá para allá en un penoso viaje que ya se me asemeja a una terrible pesadilla. Empiezo a sospechar que no sabes nada y que simplemente eres un embaucador y un mentiroso, que sólo buscas aprovecharte de mí.

El viejo escudero le miró calmadamente con sus ojos mansos y le dijo:

-Ten paciencia, no te desesperes, te aseguro que estamos cerca. Un esfuerzo más y seguro que lo encontramos.

Mansur siguió subiendo la montaña jadeando impropiedades. Estaba cansado, desanimado, convencido de que el viejo era un simple charlatán, y hasta temió que, en un descuido, le diera un empujón en uno de esos parajes indómitos y lo matara para apoderarse de su bolsa.

-Eres un pobre viejo, idiota y mentiroso –empezó a ofenderle con ira-. No sé cómo pude dejarme embaucar por un loco charlatán como tú. Yo no sigo más. Me voy. Tú verás cómo vuelves, porque yo no pienso darte ni un mendrugo de pan. Me importa un comino si te mueres de hambre.

Mansur empezó a descender de la montaña vomitando cólera. No entendía cómo se había fiado de ese pobre viejo que, sin duda alguna, estaba mal de la cabeza. De repente, vio una sombra sobre él, alzó los ojos y vio al viejo escudero volando plácidamente sobre él en el azul infinito del cielo.

Las cosas que merecen la pena cuestan. A veces, queremos volar, levantarnos de nuestras rutinas, procurar metas de excelencia, pero desistimos ante los esfuerzos y sacrificios que exigen. Los grandes hombres, todos los que han sobresalido en lo político, en lo científico, en lo cultural, en la santidad, lo hicieron porque quisieron con radicalidad algo y comprometieron sus vidas a lograrlo, sin importar lo que costara, ni los esfuerzos y sacrificios que implicara. Nosotros no queremos nada en serio, con radicalidad. Por eso, somos tan mediocres en todo. Queríamos que se nos dieran las cosas, pero sin esforzarnos de veras. Desistimos ante la primera dificultad. Nos falta garra. Nos gustaría volar, pero no estamos dispuestos a jugar la vida en esta empresa.

Todos quieren apoderarse
de la espiga madura.
Pocos quieren enterrarse
como grano de trigo
donde se forma el futuro
"sin saber cómo".

(Benjamín González B.)

La cultura light de nuestros tiempos rehuye el sacrificio, el esfuerzo, el vencimiento y ofrece a los jóvenes las promesas de una plenitud vana y hueca, mediante la satisfacción de todos sus caprichos, que renueva permanentemente para tener atrapado su corazón y para que permanezca inalterable el afán de comprar y consumir. De ahí la necesidad de una educación que se oriente a formar la voluntad, el coraje, la responsabilidad, la constancia, que combata el egoísmo, que cincele corazones fuertes y generosos. Querer a los alumnos

implica ayudarles a ser mejores, a levantarse de sus rutinas, del consumismo ramplón, de la vida sin pasión y sin sentido. Educar es guiar a los alumnos siempre hacia nuevas y más difíciles cumbres para que sean capaces de volar, de levantarse de sus rutinas y caprichos que los atenazan contra el suelo, de vivir a plenitud, de ser genuinos ganadores:

El ganador siempre es parte de las soluciones.
El perdedor es siempre parte del problema.
El ganador siempre tiene un programa .
El perdedor siempre tiene una excusa.
El ganador dice: “Déjame hacerlo, yo lo hago”.
El perdedor dice: “Ese no es mi trabajo”.
El ganador encuentra una respuesta a cada problema.
El perdedor ve un problema en cada respuesta.
El ganador dice: “Podrá ser difícil, pero es posible”.
El perdedor dice que podrá ser posible pero es muy difícil.

Los jóvenes tienen que comprender que el estudio supone esfuerzo, vencimiento, superación. La televisión los vuelve pasivos, incapaces de asumir la responsabilidad de un aprendizaje autónomo y personal que implica vencimiento, voluntad, coraje.

* * *

Además de ser un médico bondadoso, que se ganó el corazón del pueblo venezolano, José Gregorio Hernández fue Profesor de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. Cuentan que un día enfrentó a uno de esos eternos estudiantes que mariposean por los recintos universitarios sin pegar golpe, sin estudiar, sin pasar materia alguna, y le preguntó:

-¿Cuál es su profesión, bachiller?

-Soy estudiante -contestó el joven con orgullo.

-Si esa es su profesión, ¿por qué no la ejerce? -repreguntó José Gregorio.

21.- VALORAMOS LAS APARIENCIAS

Un rey le contaba a un sabio sufí lo extraordinariamente buenos y generosos que eran sus súbditos.

-Estás muy equivocado –le dijo el sabio-. La gente de tu reino actúa de acuerdo a las apariencias. Le dan muy poca importancia a los hechos, que son los que demuestran espíritus grandiosos.

Al oír esto, los cortesanos se pusieron bravos y le rogaron al rey que no hiciera caso a ese falso sabio.

-Majestad, ellos dirán lo que quieran, pero en este mundo vil, todo funciona al revés: la persona más preciosa no vale nada, y la persona que no vale nada es la más preciosa.

-Demuéstramelo –dijo el rey-. Si no lo haces, mandaré que te corten la cabeza por decir cosas falsas y descabelladas.

El sabio sufí invitó al rey a que se disfrazara como una persona común y así dieran una vuelta por la ciudad. Llegaron al mercado y el sabio sufí le insinuó al rey que pidiera un kilo de cerezas que habrían de servir para salvarle la vida a un enfermo muy grave.

Fueron inútiles las súplicas del rey. El comerciante, cansado de argüir con él, lo botó del lugar y le dijo que si no se iba pronto, lo sacaría a palos.

-Las cosas que tiene que oír uno en la vida –mascullaba el comerciante-. ¿Acaso tengo cara de idiota? Estos mendigos miserables ya no saben qué inventar para engañar a uno.

El rey estaba a punto de revelar su identidad, cuando el sufí se lo llevó afuera. Caminaron un buen rato y llegaron a las orillas de un río que corría crecido con las aguas del deshielo. En un descuido, el sufí le dio un empujón al rey que cayó al agua. Empezó a gritar pidiendo ayuda, pero aunque se acercaron muchos curiosos atraídos por sus gritos, nadie hizo nada. Ya estaba a punto de ahogarse, cuando un mendigo, el más harapiento de la ciudad, se lanzó al agua y salvó al rey.

Entonces el sufí se acercó al rey que temblaba de frío y de indignación, y le dijo:

-¿Viste cómo era cierto lo que yo te dije? Cuando tú, que eres la persona más valiosa del reino pediste un kilo de cerezas para salvar la vida de un enfermo, no obtuviste nada y hasta estuviste a punto de que te partieran la cabeza a golpes. En cambio este mendigo, que supuestamente es la persona que menos vale en tu

reino, ha expuesto su vida por ti y te ha salvado. No son las apariencias lo que cuentan, sino los hechos.

Vivimos la vida como actuación. Cada día se nos impone con mayor fuerza la cultura de la apariencia, del qué dirán. Regalamos por cumplir, por no quedar mal, porque todos lo hacen..., no por agradar. Manejados por la publicidad y las propagandas, compramos no lo que necesitamos, sino lo que el mercado necesita que compremos. El mercado crea incesantemente nuevos productos y la televisión se encarga de convertirlos en necesidades. Hablamos sin pensar lo que decimos, vivimos rutinas, compramos propagandas. Decimos que nos divertimos mucho en la fiesta porque se espera que digamos eso, que nos gustó mucho la película publicitada que todo el mundo dice que es muy buena, aunque nos hayamos aburrido soberanamente al verla. Aplaudimos porque todos lo hacen; sonreímos, sin saber por qué, cuando todos lo hacen. En breve, cada día son menos las personas que se atreven a vivir, a ser dueños de su propia vida: la mayoría son vividos por los demás: el televisor, las costumbres, las modas, el qué dirán...

Tratamos a los demás de acuerdo a su aspecto. Nos sentimos crecidos cuando podemos ver o dar la mano a un ídolo de la canción, a un personaje famoso, sin importar si es un soberano egoísta, o un cretino, esclavo de su imagen y su fama. Por otra parte, despreciamos y nos alejamos de los pobres, los humildes, a quienes vemos con frecuencia como amenazas.

Necesitamos una educación que enseñe a ver la realidad, más allá de las apariencias. Una educación capaz de ver a cada alumno con los ojos de Dios:

Quién pudiera
ver
cuánto tiene
de mendigo,
el oro
en la muñeca,
el maquillaje
en el espejo,
la firma
en el cheque,
el título enmarcado
en la pared.
Quién pudiera
ver
cuánto tiene
de infinito,
una mano
agotada,
un rostro
tras las rejas,

una sonrisa
sin paga,

(Benjamín González Buelta)

Cuántas veces no vemos al alumno como es, sino como creemos que es. Sucumbimos a la imagen que nos hemos hecho de él, y nos resistimos a aceptar las evidencias.

* * *

Cuentan que en cierta ocasión que el célebre actor británico, sir John Gielgud, estaba de visita en Estados Unidos, se le quedó mirando fijamente una señora y le dijo:

-¿Sabía usted que se parece mucho al actor Gielgud?

-Yo soy Gielgud -le respondió el actor con una sonrisa.

La mujer siguió mirándole con extremada curiosidad. Al rato, dijo:

-Ciertamente, si no es porque yo conozco muy bien a Sir John Gielgud, usted podría haberme engañado haciéndose pasar por él.

Cuentan también que en un concurso para imitar a Charles Chaplin, tomó parte el propio actor y sólo quedó de tercero.

(Tomado de "En casa con Dios").

22.- EL MAESTRO Y EL PERRO

Para honrar al sabio sufí, los discípulos idearon colocar una placa de su maestro en la fachada del nuevo monasterio. “Su extraordinaria sabiduría –se decían- sólo puede provenir de una inteligencia superior. Detrás de cada sabio, hay siempre un gran maestro. Debemos conocer su nombre y grabarlo en la fachada para que no lo mate el olvido y permanezca por los años”. Entonces, se acercaron y le preguntaron el nombre de su maestro.

El sabio les miró desconcertado.

-¿Mi maestro? –y después de pensar un rato, dijo: -mi maestro fue un perro.

-¿Cómo? –le preguntaron desconcertados sus alumnos.

-Sí, fue un perro. Un día, vi un perro que, muerto de la sed, se acercó a un pozo a beber agua. Cuando vio reflejada su propia imagen en el agua transparente y limpia, escapó asustado temiendo que fuera otro perro. Como tenía tanta sed, volvió a acercarse varias veces al pozo, pero siempre le hacía huir su imagen reflejada en el agua. Por fin, se decidió con valentía, hundió su cabeza en el agua, desapareció la imagen y así pudo saciar su sed. Aquel día comprendí que, si yo quería hundirme en Dios y calmar mi sed de él, tenía que borrar mi propio ego que se interponía entre nosotros.

* * *

La versión judía de este mismo cuento, nos dice que un tendero se quejó al rabí porque un hombre había abierto una tienda cerca de la suya y temía que le quitaría todos sus clientes.

Después de oír su queja, el rabí le dijo:

-¿No has visto que cuando un caballo bebe agua en un charco, primero golpea el charco varias veces con una de sus patas?

-Sí lo he visto –contestó el tendero.

Eso sucede porque, al bajar la cabeza para beber, el caballo ve su imagen reflejada en el agua y piensa que hay otro caballo bebiendo. Entonces, trata de espantarlo porque teme que no haya suficiente agua para los dos. Sin embargo, hay agua para todos los caballos y como tú, él tiene miedo de un enemigo imaginario.

En la primera versión, nuestro propio ego se interpone entre nosotros y Dios, entre nosotros y los demás, entre nosotros y nuestros alumnos. Tenemos miedo de nosotros mismos, de mostrarnos como somos, nos desconocemos, y por ello tratamos de amontonar cosas, títulos, fama, para así presentarnos ante los

demás. Mientras no quebrems nuestra propia imagen seremos incapaces de conocernos en profundidad, y no podremos ver a los demás como son en realidad. Si no nos bajamos de nuestro título, no podremos ver a los alumnos. Desde arriba se ve todo pequeño, la mirada aplasta. Si quieres encontrarte con tu alumno, bájate del título, ponte en su terreno, míralo con los ojos del corazón.

En la segunda versión, el caballo cree que está espantando a otro caballo que va a beber su agua, cuando en realidad es su propia imagen la que origina sus miedos, y le hace ver un enemigo inexistente. Nuestro egoísmo, la incapacidad de compartir, nos llevan a acaparar y consumir cada vez más cosas, sin importarnos las necesidades ni el hambre y sed de los demás. El tener y el consumir son como la droga: cuanto más se tiene, más se necesita tener. Vemos a los otros como amenazas, ávidos de arrebatarnos lo que nos pertenece, y ya no somos capaces de mirarlos a los ojos para verlos como hermanos. No caemos en la cuenta que el problema no está fuera de nosotros, sino en nuestras propia imagen, en nuestros fantasmas y miedos que crean enemigos inexistentes. Si hoy día, dados los niveles del desarrollo científico y tecnológico, el hambre y la miseria serían fácilmente derrotables, el egoísmo y el individualismo están configurando un mundo absurdo, en el que unos pocos acaparan riquezas inimaginables, mientras que miles de millones de personas se hunden en la más atroz de las miserias o incluso no tienen más salida que morir de hambre. Los 225 personajes más ricos acumulan una riqueza equivalente a la que tienen los 2.500 millones de habitantes más pobres. Los tres personajes más ricos del mundo tienen activos que superan el Producto Interno Bruto (PIB) combinado de los 48 países menos adelantados. Se calcula que el hambre mata al año más personas en el mundo que todas las que murieron en la Segunda Guerra Mundial (unos 48 millones de víctimas).

Según datos del Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas, harían falta unos 13.000 millones de dólares al año para proporcionar servicios de salud básica y nutrición a los 4.400 millones de pobres en el mundo, de modo que nadie muriera de hambre o de enfermedades propias de la miseria. Actualmente, se gastan 17.000 millones de dólares cada año en comida para perros en Europa y Estados Unidos. Sólo Europa gasta 50.000 millones de dólares en cigarrillos y 115 mil millones de dólares anuales en bebidas alcohólicas cada año. Se calcula que el narcotráfico mueve 400.000 millones de dólares al año; y en armamentos se gasta unos 800.000 millones de dólares. En definitiva, con la tercera parte de lo que gastan los europeos fumando, o con menos del 2% de lo que se gasta en armas en el mundo, podría erradicarse la miseria.

Atrevámonos a proponer la globalización de la generosidad, el servicio, la justicia, la hermandad. Pongamos de moda la solidaridad y el amor. Propongámosles a nuestros alumnos una educación orientada al cultivo de su corazón, de modo que puedan vivir derramándose en servicio y ser un don para los demás.

23.- JUGAR CON DIOS

Un hermitaño muy santo que vivía solo en las montañas bajaba todos los domingos a la misa del pueblo y, terminada la misa, se quedaba un buen rato jugando con los niños. Les daba volteretas, los arrojaba al aire, competía con ellos en carreras...Cada domingo tenía nuevos juegos y ocurrencias. Los niños lo adoraban.

Un día, se le acercó el maestro para preguntarle cuál era su magia para que todos los niños del pueblo le quisieran tanto.

-Les enseñé los juegos que, durante la semana, practico con Dios –le dijo el hermitaño.

Como el maestro le miró con asombro, el hermitaño continuó mirándolo con sus ojos mansos y profundos:

-Sí, yo me la paso jugando con Dios. ¿Acaso no es él nuestro padre? ¿Y qué padre bueno no juega con sus hijos? Todos llamamos a Dios Padre, pero, por el modo en que lo tratamos, no parecemos muy convencidos de que en realidad lo es. A no ser que pensemos de Dios que es un Padre muy serio y fastidioso.

¿Qué imagen tenemos y reflejamos de Dios? ¿Realmente creemos que es un Padre infinitamente bueno que nos ama más de lo que podemos imaginar? ¿Un padre juguetero, echador de bromas, que le encanta jugar y divertirse con nosotros? Y si realmente lo creemos, ¿lo demostramos con nuestro actuar y nuestra vida? ¿O tomamos a Dios como un padre autoritario, distante y aburrido, incapaz de reír o sonreír, es decir, como un pésimo padre? ¿No son nuestros rezos y oraciones demasiado fastidiosos y serios? ¿Nos hemos atrevido alguna vez a jugar con Dios?

Ciertamente, Dios es Padre de todos los seres humanos y nos llamó a la existencia para una vida en plenitud y en alegría. Pero somos muy pocos los que lo sabemos y muchísimos menos todavía los que lo experimentamos, los que sentimos su amor. De ahí, el deber que tenemos de ser mediadores de su amor con todos los que lo desconocen, lo ignoran o tienen una idea equivocada de Él.

Muchos alumnos nunca han experimentado el cariño profundo de unos verdaderos padres. Esfuérzate por tratarlos y quererlos de tal forma que, a través tuyo, puedan asomarse a las honduras insondables del amor de Dios. O del amor de María, la Virgen, que siempre ha sido camino seguro hacia Jesús, y que, como madre maravillosa, disfruta de nuestros juegos y alegrías, y le encanta jugar con nosotros y vernos felices:

* * *

Cuenta una bellísima leyenda francesa del siglo XII que un acróbata y payaso, hastiado de recorrer el mundo, llegó a la abadía de los monjes de Claraval con la intención de recogerse allí y dedicarse por entero al servicio de Dios. Muy pronto, sin embargo, cayó en la cuenta de que no estaba preparado para vivir la vida de los monjes. No sabía leer ni escribir, era muy torpe para los trabajos manuales y los ratos de oración se le hacían interminables. A medida que pasaban los días, se veía cada vez más deprimido, como si un manto de tristeza cubriera su alma.

Una mañana muy temprano, mientras los monjes estaban en oración, el payaso acróbata se puso a vagar por la abadía y llegó a la cripta de la iglesia, donde descubrió una imagen de la virgen sentada en su trono. El payaso observó con atención su rostro cariñoso y sintió que no había hecho nada en su vida para demostrarle a la virgen su amor de hijo. Como lo único que sabía hacer bien era brincar y bailar, se despojó de su pesado hábito y empezó a ejercitar para la virgen sus mejores saltos, muecas y cabriolas, mientras le rogaba que aceptara su actuación como prueba de su amor.

Desde ese día, mientras los demás monjes se entregaban a sus oraciones, el payaso bailaba, brincaba y ejercitaba sus mejores actos con toda devoción para la virgencita de la cripta. Un día, lo sorprendió un monje haciendo sus payasadas y brincos y, muy escandalizado, corrió a contárselo al abad. Bajaron los dos en silencio a la cripta y, ocultos detrás de una columna, presenciaron atónitos la actuación del acróbata hasta que cayó exhausto sobre el piso. Entonces, apenas pudieron creer lo que vieron sus ojos: la virgen se levantó de su trono, enjugó la frente sudada del payaso y depositó en ella un largo beso de agradecimiento y amor.

24.- LOS IMPUESTOS DEL RAJA

Había una vez un Rajá que vivía en un palacio suntuoso, rodeado de lujos y opulencia. Cruel y sanguinario mantenía su modo de vida exprimiendo con impuestos cada vez más terribles y onerosos a sus súbditos que escasamente tenían para mal vivir. Por eso, era odiado por su pueblo y cada vez vivía más aislado. Ya casi no salía de su palacio y se la pasaba temiendo un complot, un levantamiento, sospechando de todos.

Un día, mandó llamar a su ministro de finanzas y le dijo:

-Es tiempo de que vayas a cobrar los impuestos anuales.

-Majestad –respondió el ministro- este año la cosecha ha sido muy mala. Las tormentas y granizadas destruyeron los sembradíos y la gente no va a tener ni para comer. Le ruego que tenga un poco de comprensión...

-¿Estás acaso loco? –gritó lleno de ira el Rajá-. Yo no tengo la culpa de las tormentas ni de las malas cosechas. Si no quieres terminar tus días en la cárcel, obedece mi orden y haz que todos sin excepción paguen lo que deben.

-Está bien –dijo el ministro- cobraremos como siempre los impuestos. ¿Y para qué emplearemos el dinero recogido?

-Siempre hay algo que reparar o mejorar. Recorre bien todo el palacio y anota lo que necesite de alguna mejora. En eso emplearemos el dinero.

El ministro hizo el recorrido y vio al Rajá con el rostro sombrío y temeroso, a la Reina carcomida por el aburrimiento, a los principitos solos y sin amigos, deseosos de salir a corretear por el campo. Vio las intrigas de los cortesanos, las miradas de rencor y de odio de los sirvientes y de los campesinos que se acercaban al palacio.

Concluída su inspección, le dijo al Rajá:

-Majestad, tenía usted razón. Hay muchas cosas que reparar y mejorar en el palacio. Voy a cobrar los impuestos y con ellos arreglaré todo lo que está descompuesto.

Empezó su recorrido por el campo. A los toques del pregonero real, la multitud acudía murmurando a la plaza, juntando sus harapos, rabias y miserias. Se sabían de memoria el discurso previo a la sangría. Pero, por esta vez, se estaban equivocando. Casi no podían creer lo que escuchaban. Las palabras del ministro eran una lluvia fresca que lavaba sus temores, rabias y cansancios e iba poniendo chispas de asombro y alegría en sus ojos y en sus corazones:

-El Rajá, nuestro Señor, al enterarse de que este año las cosechas han sido muy malas, y para cumplir los deseos de la Reina y de sus hijos los príncipes, ha

decidido perdonarles los impuestos. Y no sólo eso: Aquellos que estén pasando dificultades especiales, serán ayudados por el tesoro real, pues el Rajá ha decidido que ninguno de sus súbditos pase hambre o necesidad.

Una gran oleada de júbilo y agradecimiento fue brotando de todos los pueblos y rincones del reino.

Terminada su gira, el ministro se presentó ante el Rajá, que ignoraba por completo sus medidas, a rendirle cuentas.

-¿Cómo te fue? –preguntó el Rajá-. Me imagino que en varios pueblos habrás tenido que echar mano del ejército para obligarles a pagar.

-No, no, nada de eso. Nunca habían escuchado con tanto agrado lo que les decía.

El Rajá le miró desconcertado:

-¿Y dónde está el dinero recogido?

-Ya lo gasté todo.

-¡Cómo!

-Sí, como usted mismo me indicó, he reparado los principales desperfectos del palacio. Como vi que lo que más faltaba era la alegría y la confianza, fruto de la misericordia y la bondad, perdoné a todos los impuestos y las deudas.

El rey montó en cólera, mandó encarcelar a su ministro y se dispuso él mismo a salir al frente de su ejército a cobrar los impuestos. Tan pronto apareció tras la puerta del palacio recibió un chaparrón de aplausos y vítores colectivos que le dejaron desconcertado. De todos los rincones del reino había acudido la gente a rendir un homenaje a la familia real y vio que se acercaban unos niños con ramos de flores, con cánticos, con regalos para sus hijos, los príncipes.

Por primera vez en muchos años, en el corazón del rey comenzó a latir la ternura y el agradecimiento, se le llenaron de emoción y lágrimas los ojos y entendió que era posible la felicidad. Mandó buscar a su ministro encarcelado y le dijo:

-Hombre bueno y sabio. Tenías razón. Acertaste en remediar las principales necesidades del palacio. Eres un excelente administrador porque sabes convertir el dinero en felicidad. Te nombro mi administrador y consejero de por vida.

(Cuento de Malabar)

Para la mayoría de las personas, el dinero es el bien supremo. Están convencidos de que con dinero se abren todas las puertas y es posible satisfacer todos los deseos. Piensan que el dinero es, en definitiva, el camino hacia la

felicidad, y con tal de obtenerlo , están dispuestos a cualquier cosa. Creyendo encontrar la libertad, esclavizan sus vidas al dinero.

El dinero es necesario para vivir, pero es muy triste vivir para el dinero. Lo importante no es tener riqueza, sino ser rico uno mismo. Decimos que tal empresario, artista, deportista o profesional, es muy rico, pero ¿rico en qué? ¿Es verdaderamente rico como persona, rico en paz, en generosidad, en plenitud, en felicidad? El dinero, ciertamente, puede comprar muchas cosas, pero no compra lo importante ni logra satisfacer los deseos más profundos:

“Se compra la cama, pero no el sueño”. ¿De qué nos sirve dormir en camas de oro y sobre colchones de exquisitas plumas si no podemos conciliar el sueño?

“Se compra una casa, pero no un hogar”. La esencia de un hogar no está en los muebles, las salas espaciosas, las lámparas de finos cristales, las vajillas de plata, la cocina integral... Hogar viene de la palabra latina “focus”, que significa calor. En muchas mansiones lujosísimas, las personas languidecen de tedio, aburrimiento y soledad. Un hogar no se compra: un hogar se hace, se va construyendo día a día con amor.

“Se compra el placer, pero no el amor”. El placer es pasajero, el amor perdura. El placer nunca llena los vacíos del alma, no satisface plenamente, el amor verdadero, sí. Muchos compran cuerpos y placeres, pero no logran comprar los corazones. Son tal vez, temidos o envidiados, pero no son amados.

“Se compra un crucifijo, pero no la fe”. Muchos exhiben en sus cuellos crucifijos de oro, pagan celebraciones religiosas suntuarias, llaman a la prensa cuando regalan grandes limosnas. Nada de eso, sin embargo, les acerca a Dios. Muchos ateos atesoran costosísimas obras de arte religioso, y sobre la sencillez y humildad de muchos pobres y pequeños brota robusta una gran fe.

El secreto no consiste tanto en amontonar dinero, sino en convertirlo en fuente de genuina felicidad. Mucha gente tiene dinero pero no son felices. Buscan la felicidad donde no se encuentra. Siguen a ciegas las promesas de los vendedores de ilusiones...

Nunca serás feliz si causas problemas a otros, si explotas, si usas tu poder para oprimir y humillar. Sólo encontrarás la felicidad si no la buscas directamente, si te comprometes a hacerla posible para los demás.

Sé un maestro sembrador de felicidad. Esfuérzate por comprender y querer a cada alumno y trata de que tu salón sea una larga fiesta de la amistad, el trabajo y el servicio.

25.- ESCRIBIR

Benito Pérez Galdós fue, sin duda alguna, la figura cumbre del realismo español del siglo XIX. Autor de una vastísima obra literaria que incluyó unas ochenta novelas y 22 obras de teatro, fue capaz de reflejar como nadie, especialmente en los 46 volúmenes de “Episodios Nacionales”, la sociedad española de su tiempo. Siendo ya anciano, fue invitado por unos amigos a pasar una temporada en la ciudad de Sitges. Como estaba ya casi ciego, para escribir necesitaba de un secretario que fuese tomando nota de lo que él decía.

Una tarde en que Pérez Galdós se encontraba en la biblioteca de la casa dictando unos textos, la dueña de la casa le envió un recado con la sirvienta, una muchacha recién llegada del campo. Al cabo de un rato, la joven regresó diciendo que no había podido dar el recado porque estaban muy ocupados escribiendo.

-Ellos no, quien escribe es Don Benito –intentó aclararle la señora.

-Está muy equivocada, señora –respondió la criada-. Lo único que hace Don Benito es hablar. Quien realmente escribe es el señor que le acompaña.

Muchos piensan que escribir es copiar y, de hecho, hay alumnos que pasaron diez, quince o más años en el sistema educativo y en muy raras ocasiones escribieron algo propio, ni se les enseñó a escribir realmente, a comunicar de un modo personal su pensamiento o a volcar en un texto su creatividad. Se limitaron simplemente a copiar y transcribir en cientos de páginas las palabras y pensamientos de otros, sin importar si lo hicieron en dictados, copiando directamente de los libros o enciclopedias en esos trabajos tan mal llamados de “investigación”, o previa memorización para responder exitosamente la serie de pruebas y exámenes que deben realizar en los largos años de escolarización. Y es que, como expresa magistralmente el escritor Julio Ramón Ribeyro, “escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a ese conocimiento. El acto de escribir nos permite aprehender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva, caótica. Muchas cosas las comprendermos sólo cuando las escribimos”.

Si la escritura es un medio de comunicación y de creación, lo es también para aprender a pensar, pues es un medio privilegiado de expresión y reflexión del pensamiento. Cuando escribimos, meditamos sobre las ideas que queremos expresar, examinamos y juzgamos nuestros pensamientos. Esto es tan cierto que uno no termina de comprender bien una idea hasta que la escribe. “Si quieres saber lo que piensas, escríbelo”. Detrás de muchas resistencias a escribir, se ocultan las resistencias a pensar, y es triste constatar cómo la escuela ha descuidado la ejercitación continua de la escritura personal y creativa.

Escribir es comunicar, derramarse en los demás para desatar procesos de creación, de ilusión, de esperanza. Como ha dicho Eduardo Galeano, “uno escribe, pero el texto se realiza en el lector. Las palabras viajan dentro de él, le

pertenecen. La escritura es una forma de buscar al otro, de darse, de entregar el alma. Supone la aventura de la incertidumbre. Es como arrojar botellas al agua con mensajes de amor, de esperanza, con la ilusión de que alguien las recogerá y responderá.”

Necesitamos escuelas y maestros activamente comprometidos en la enseñanza de la lectura y la escritura. Leer y escribir son las dos caras de una misma moneda. Para dominar la escritura hay que leer y escribir mucho, hay que luchar con las palabras y experimentar prácticamente que la escritura es un medio para comunicar a otros las propias vivencias, los sueños, las ideas, los miedos, los deseos e ilusiones. Por todo esto, el niño sólo se lanzará a escribir libremente si siente que tiene algo que decir y lo que dice o cuenta es valorado por los demás. De ahí la importancia de crear en el salón un ambiente motivador, donde los alumnos se sientan libres y deseosos de expresar sus sentimientos, ideas, ocurrencias y vivencias tanto en forma oral como por escrito.

26.- EL VIAJE DE LA IMAGINACION

Julio Verne, uno de los escritores favoritos de los jóvenes, ha nutrido con sus novelas las fantasías de millones de adolescentes en todo el mundo. Armando José Sequera nos recuerda que, desde muy niño soñaba con el mar, con emprender largos viajes de aventuras. De hecho, cuando sólo tenía once años de edad, una mañana se escapó de su casa a galope tendido, se fue hasta el puerto de la ciudad más cercana y se embarcó como grumete en “La Coralie”, un navío que partía rumbo a la India.

El joven aventurero no pudo llegar muy lejos: En la primera escala que hizo el barco, lo estaba esperando su padre, un exitoso abogado que había decidido, sin importar para nada lo que pensara su hijo, que Julio continuara la tradición familiar y fuera abogado como él y como también lo había sido su padre, el abuelo de Julio.

Para cortar por lo sano el afán aventurero del niño y castigar la osadía de haber huido de la casa, Julio fue castigado a una dieta forzada de sólo pan y agua durante diez días y a recibir catorce azotes con un látigo delante de toda la familia.

Cuando llegó a la mitad de los azotes, el padre detuvo el castigo y le preguntó:

-¿Prometes no viajar más que con la imaginación?

El que luego sería uno de los escritores más admirados y leídos en todo el mundo, tuvo que responder que sí, que en adelante sólo viajaría con su imaginación.

Y Julio Verne dio rienda suelta a su fantasía y creatividad. Su extraordinaria imaginación fue guiando su pluma y una tras otra fueron naciendo 65 novelas que él mismo bautizaría como “Viajes Extraordinarios”. Desde su escritorio francés, se adentró por las selvas del Orinoco, dio la vuelta al mundo, penetró al centro de la tierra, recorrió el fondo de mares y océanos y hasta se trepó a la luna adelantándose cien años a los viajes espaciales...

El buen maestro cultiva la imaginación de sus alumnos, espolea su creatividad, les suelta las riendas de la fantasía para que galopen interminables viajes por mundos apasionantes y desconocidos. En este mundo tan materialista y frío, que ha reducido la vida a una mezcla de teleconsumo (televisión y compras), que reniega de las utopías y asfixia la esperanza, los genuinos educadores deben ejercitar continuamente la capacidad de imaginar y soñar de sus alumnos. Soñar que es posible un mundo mejor, donde las personas volvamos a mirarnos a los ojos como hermanos y no nos veamos como rivales, amenazas o enemigos. Soñar una educación alegre y pertinente, llena de sentido, orientada a formar personas autónomas y ciudadanos responsables y solidarios.

Soñar, imaginar mundos nuevos y entregarse con ilusión y tesón a hacerlos posibles. Un sueño soñado por muchos y la decisión de encarnarlo en vida, pronto comenzará a hacerse realidad. Las grandes conquistas de la humanidad, comenzaron siendo meros sueños utópicos de algunos visionarios. Hubo que soñar la independencia, la libertad de los esclavos...para que luego se convirtieran en hechos, realidades... Soñemos muchos con un mundo de justicia y solidaridad y será posible.

Los genuinos educadores, los militantes de la esperanza, no podemos renunciar al derecho de imaginar y de soñar, que es el más importante de todos. Sería terrible si no pudiéramos imaginar un mundo diferente, soñar con él como proyecto y entregarnos a su construcción con alegría y esperanza. Por ello, frente al pragmatismo reduccionista y ramplón del “compro, luego existo” que trata de imponerse en estos días, levantemos nuestro “sueño, luego existo”. Recordemos a Fernando Savater: “Si soñamos con que vamos a volar, pronto empezarán a brotarnos las alas. Volaremos algún día”. Recordemos también a Facundo Cabral: “Si dejamos morir nuestros sueños, seremos pobres. Si los alimentamos y avivamos, seremos ricos”.

27.- LAS VOCES DEL SILENCIO

*En su extraordinaria obra autobiográfica, **Confieso que he vivido**, el gran poeta chileno Pablo Neruda, premio nóbel de literatura, nos cuenta la anécdota del poeta andaluz Pedro Garfias, uno de los muchísimos artistas, intelectuales y obreros que debieron abandonar España tras la Guerra Civil y el triunfo de las fuerzas franquistas antidemocráticas.*

Pedro Garfias vino a dar en condición de exiliado a un castillo escocés. El dueño del castillo se la pasaba viajando y el poeta vivía prácticamente solo en ese inmenso castillo. Para hacer más soportable su soledad, acostumbraba ir todas las noches a la taberna del pueblo cercano y, como no hablaba ni una palabra de inglés ni ninguno de los clientes sabía algo de español, pasaba las horas en silencio sobre su cerveza, rumiando nostalgias y recuerdos.

Una noche, cuando ya era hora de cerrar y se estaban marchando todos los clientes, el tabernero le hizo una señal de que se quedara todavía un rato. Le sirvió y se sirvió una cerveza y así estuvieron un largo tiempo, uno junto al otro comunicando hondamente sus silencios.

Durante varios días prosiguieron este ritual de profunda comunicación, hasta que un día, Garfias no pudo contener el torrente de palabras que le brotaban desde el alma y le contó sus problemas al tabernero, quien, sin entender las palabras, estuvo escuchando y asintiendo emocionado. Cuando terminó el poeta, el tabernero asomó al amigo con palabras extrañas a los rincones más ocultos de su alma. Y siguieron durante varios días escuchándose sin entenderse, o mejor, entendiéndose más allá de las palabras, fraguando una amistad más fuerte que las barreras del idioma. Garfias consiguió visa para marcharse a México y la noche anterior a su partida estuvieron tomando y despidiéndose en palabras desconocidas hasta que la mañana dio unos tímidos golpes en la ventana.

Años más tarde, el poeta andaluz le confesaría a Neruda:

-Nunca entendí una sola palabra de lo que él me contaba, pero cuando lo escuchaba, siempre estuve seguro de que lo comprendía. Y sé que cuando yo hablaba, él también entendía lo que trataba de expresarle.

Comunicarse es abrir el alma. Con frecuencia, hablamos y hablamos pero no nos comunicamos. Hablamos y las palabras son trampas con las que nos ocultamos. Palabras devaluadas, como moneda gastada, sin valor, que corre de mano en mano. Es el lenguaje de lo comercial, lo político, y hasta lo afectivo: palabras, palabras, palabras, sin alma, sin verdad. Palabras para atrapar, para seducir, para engañar, para dominar. Por eso, palabras tan graves como “lo juro”, “prometo”, “te amo”, “cuenta conmigo”..., encierran con frecuencia la mentira, la traición, el abandono, la soledad.

La tecnología moderna ha hecho más importante el medio que el mensaje. Ni los celulares, ni el fax, ni el correo electrónico nos han ayudado a comunicarnos mejor. Necesitamos comunicarnos cuando estamos lejos, pero somos incapaces de comunicarnos cuando estamos juntos. No es lo mismo hablar que decir. Algunos hablan mucho, pero no dicen nada: mera cháchara hueca, trivial. Otros, con muy pocas palabras o incluso sin palabras, expresan grandes sentimientos e ideas. Las personas hablan y hablan, pero raramente se comunican sus miedos, angustias, ilusiones... Viven extraños en la misma casa, en la misma cama, repitiendo rituales vacíos, escuchando en silencio al televisor, el personaje más importante de la familia.

Si queremos comprender y comunicarnos con nuestros alumnos, los educadores debemos aprender a escucharlos. Escuchar sus silencios, los dolores de sus almas, los gritos de sus inseguridades y miedos. Escuchar lo que se expresa y lo que no se expresa, lo que dicen y lo que callan, los intangibles pedagógicos, lo que traen de la casa, la calle, la familia. Escuchar lo que piensan, sin decirlo, de él como maestro o profesor, de la materia, de la escuela. Saber escuchar, para saber decir, para superar las trampas de la apariencia de la comunicación. La palabra construye realidad. Una palabra o una frase, un gesto, pueden influir sobre manera en el crecimiento o en el estancamiento de los procesos de desarrollo que vive el educando.

Educar es enseñar a escuchar el silencio para ser capaces de oír el griterío de las flores, las ásperas voces de las piedras, el rumor de las cascadas y torrentes que nos cuentan los misterios y maravillas del universo con sus labios de agua. Escuchar el silencio como lugar para la reflexión y el pensamiento y como antídoto contra tanta palabrería y tanta información banal. La voz del silencio se hace educativamente necesaria en un mundo tan lleno de ruidos, para así avanzar hacia un diálogo cada vez más rico y humanizador.

Escuchar el silencio como lugar fecundo y germinador de palabras verdaderas.

28.- EL EGOISTA

En cierta ocasión, el ministro encargado de cobrar los impuestos fue a lavarse los pies a la orilla de un estanque y, por descuido, cayó al agua.

De inmediato, acudió un grupo de personas que, queriendo ayudar al ministro, le decían:

-¡Deme su mano!

Sin embargo, y aunque se estaba ahogando, el ministro no alargaba la mano. En ese momento pasó por allí Afanti y, tras observar lo que ocurría, se acercó también al estanque y gritó:

-¡Excelencia, tome mi mano!

Al instante, el ministro se aferró a la mano de Afanti y salió del estanque.

Como todos los presentes se mostraron asombrados, Afanti explicó:

-El Ministro encargado de cobrar los impuestos no sabe el significado de la palabra “dar”, pues él sólo se dedica a “tomar” y “recibir” .

(Cuento popular de la China)

Muchos de nosotros nos parecemos demasiado al ministro del cuento: siempre estamos esperando que nos den, pero somos incapaces de dar, de darnos. La cultura petrolera nos acostumbró a esperar que nos paguen bien, sin poner como contrapartida nuestro esfuerzo y productividad. Estamos convencidos de que Venezuela es un país inmensamente rico y que tenemos derecho a una buena vida simplemente por ser venezolanos. El creer que somos ricos nos impide salir de nuestra pobreza. Cuántos trabajadores, empleados y profesionales se la pasan quejándose de sus sueldos pero nunca analizan su rendimiento.

Los genuinos educadores debemos vivenciar en nuestra práctica y por ello enseñar a los alumnos el don de la responsabilidad, de la entrega y del servicio. Escuelas y liceos deben ser ambientes donde se practica, se vive y por ello se aprende, la generosidad y la solidaridad. En vez de estar siempre pidiendo y esperando que nos den, plantearnos más bien qué vamos a dar nosotros: qué vamos a darle a Venezuela, a la escuela, a la familia, a los compañeros... Recordemos y oremos de vez en cuando la bellísima oración de la generosidad:

Mándame alguien para amar

Señor, cuando tenga hambre, mándame alguien que necesite comida,
Cuando tenga sed, mándame alguien que necesite una bebida,
cuando tenga frío, mándame alguien que necesite calor.

Cuando tenga un disgusto, preséntame a alguien que necesite un consuelo.
Cuando mi cruz se haga pesada, hazme compartir la cruz del otro,
cuando esté pobre, ponme cerca de alguien necesitado.
Cuando me falte tiempo, mándame a alguien que necesite algunos minutos míos,
cuando sufra una humillación, dame la ocasión de alabar a alguien,
cuando esté desanimado, envíame a alguien que necesite ser animado,
cuando tenga la necesidad de ser comprendido, mándame a alguien para comprender,
cuando tenga necesidad de que me cuiden, mándame a alguien a quien cuidar,
cuando piense en mí mismo, atrae mi atención hacia otra persona.
Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos,
que viven y mueren sin educación en este mundo de hoy.

29.- NO ES POSIBLE COMPLACER A TODOS

Un hombre decidió ir al mercado con su hijo de doce años. Se montaron los dos en su mula y emprendieron la marcha. Al rato, las personas que se encontraron en el camino, empezaron a murmurar y a decir:

-¡Qué abusadores! No tienen la menor consideración con el pobre animal. Lo van a reventar de cansancio. ¡Cómo se les ocurre ir ambos montados en la mula!

Al oír estas críticas, el padre decidió proseguir el viaje a pie y se bajó de la mula. Pronto, sin embargo, escucharon las nuevas críticas de los que topaban en su marcha:

-Los jóvenes de hoy han perdido todo respeto y educación. ¡Habrás visto: ese muchacho en la flor de la vida montado en la mula y el pobre padre caminando!

El muchacho se bajó de la mula y el padre se montó en ella para de este modo continuar el camino. Una vez más, enseguida pudieron escuchar las murmuraciones:

-¡Qué hombre tan desconsiderado!: Bien tranquilazo en la mula y el pobre muchacho a pie. Mira que hay hombres desalmados.... Consideran y tratan a sus propios hijos como esclavos.

Entonces el padre le dijo a su hijo:

-Sólo nos falta que ambos carguemos a la mula y estoy seguro que también se burlarían de nosotros. Montemos los dos en la bestia, que es lo que pienso más conveniente, y que los demás digan y piensen lo que quieran.

(Versión libre de la fábula de Lafontaine)

Enseñemos a actuar coherentemente, según lo que pensamos y creemos, sin ser veletas que nos movemos al menor soplo de opinión. Enseñar a ser personas capaces de actuar como hombres de pensamiento y de pensar como hombres de acción. Sí, escuchemos siempre a los demás, pero analicemos y procesemos sus palabras, para ir al fondo de lo que nos dicen y descubrir porqué nos lo dicen, de modo que mantengamos siempre una postura firme frente a supuestas informaciones, rumores, modas, valores, propagandas...

Aprendamos a escuchar, para rechazarlos y no seguirlos, los mensajes de los propagadores de falsas ilusiones, de los que siembran el desaliento y la desesperanza. Escuchemos y sigamos a aquellos cuyas palabras dan vida, estimulan, alientan el entusiasmo y la esperanza...

Hoy, la mayoría de la gente, tratando de ser auténtico y original, hace lo que le dicen que haga, se deja llevar por las modas, por el qué dirán, por la publicidad, por las opiniones de los demás. Piensa de prestado, cree y repite lo que oye. Cada vez confundimos más y más ideas con propaganda, voces con ruidos, comunicación con llamada por teléfono y cháchara hueca.

Urge una educación que enseñe a ser originales, a pensar con la propia cabeza y actuar en concordancia, digan lo que digan, piensen lo que piensen los demás. Una educación para la autenticidad: que ayude a conocerse, a valorarse y a empeñarse en una vida plena y auténtica. Para ello, necesitamos educadores verdaderos, activamente comprometidos en la construcción de su propia plenitud.

EL HOMBRE ES...

El hombre es irrazonable,
ilógico e ignorante...
no importa, ¡acéptalo!

Si haces el bien dirán que
tus propósitos son egoístas...
no importa, ¡haz el bien!

Si realizas tus objetivos,
encontrarás falsos amigos
y verdaderos enemigos...
no importa, ¡realízalos!

El bien que tú hagas hoy,
mañana nadie lo recordará...
no importa, ¡haz el bien!

La honestidad y la sinceridad
te hacen vulnerable...
no importa, ¡sé franco y honesto!

Lo que en años has construido puede
ser destruido en un segundo...
no importa, ¡construye!

Si ayudas a la gente
dirán que tienes intereses...
no importa, ¡ayúdala!

Da al mundo lo mejor de tí,
aunque recibas patadas...
no importa, ¡da lo mejor de tí!
(Madre Teresa de Calcuta)

30.- DOS CUENTOS DE NAVIDAD

Se acercaba Nochebuena y todos en el ancianato andaban nerviosos preparando algunos sencillos regalos con que retribuir los que, sin duda alguna, les traerían los familiares en la hora de visita. A la viejita Filomena nadie le vendría a visitar pero, sin embargo, ella también quería regalarle algo a su único hijo que estaba en la cárcel. El invierno era extremadamente frío y ella sabía muy bien que, contra el frío, lo principal era tener siempre los pies bien abrigados y calientes. “Si pudiera regalarle a su hijo unas buenas medias de lana como las que había tejido la Sra. Rosaura”. Ella estaba dispuesta a venderlas, pero de dónde iba a sacar la viejita Filomena la plata para comprarlas.

-Si quieres, las medias son tuyas –le dijo un día Rosaura.

-Pero no tengo con qué pagarte.

-Sí que tienes.

-¿Qué?

-Tus lentes. Cada día veo peor y ya casi no puedo tejer.

La viejita Filomena no dudó un momento:

-Aquí los tienes –le dijo- y abrazó contra su pecho las medias de lana que le entregó la Sra. Rosaura.

Sabía que, con esa decisión, estaba renunciando a su única distracción en el ancianato. Ya no podría leer las revistas de la sala, ni los libros religiosos que le regalaban las hermanitas. No importaba. Su hijo tendría medias de lana y, sobre todo, una prueba de su recuerdo y de su amor.

Amar es estar dispuesto a abrazar las tinieblas para dar luz. Navidad es dar vida, darse, compartir el pan y la alegría. Sembrar a nuestro alrededor signos de esperanza. Jesús hoy sigue naciendo en los corazones solidarios, serviciales, capaces de entregarse a los demás. Hoy, como ayer, Jesús sigue tocando las puertas de muchos corazones, pero la mayoría no lo reconoce y por ello no lo abre. Con frecuencia, atrapados en los preparativos y jolgorio navideños, ignoramos el verdadero sentido de la Navidad, negamos su esencia, convertimos esos días en una antinavidad, como lo expresa maravillosamente el siguiente cuento de Frei Betto:

* * *

Era la noche de navidad. Un ángel se apareció a la señora de una familia adinerada y le dijo:

-Te traigo una buena noticia: esta noche el Señor Jesús vendrá a tu casa.

La señora quedó entusiasmada. Nunca había imaginado que fuera posible un milagro tan extraordinario. Mandó preparar una excelente cena para recibir a Jesús: hallacas, pavos, perniles horneados, langosta, turrónes, dulces deliciosos, vinos exquisitos y licores importados.

Estando muy afanada en sus preparativos, sonó el timbre. Era una mujer mal vestida, de manos y rostro ajados por el trabajo y el frío, con el vientre hinchado por un embarazo muy adelantado.

-Señora, ¿no podría ayudarme de alguna manera? No le pido limosna, sino trabajo, muy pronto daré a luz y necesito con urgencia el trabajo.

-Estas no son horas para venir a molestar en busca de trabajo. Es Noche Buena, ¿acaso no lo sabe? Vuelva otro día y veremos qué puedo hacer por usted. Ahora, disculpe, estoy muy ocupada preparando la cena para un visitante muy ilustre.

Poco después, llamó a la puerta un hombre con sus ropas sucias de grasa.

-Disculpe, señora, mi camión se ha accidentado frente a su casa. ¿No tendría acaso unas herramientas que me preste?

La señora, atareada como estaba limpiando la vajilla especial de muy fina porcelana y ordenando las copas de cristal de bohemia, se irritó muchísimo:

-¿Acaso piensa usted que mi casa es un taller mecánico? ¡Cómo puede haber personas tan inoportunas y tan descaradas! No, no tengo ningunas herramientas que prestarle. Y mejor se va pronto pues con esos pies tan sucios me está manchando el frente de mi casa.

La señora siguió preparando la cena. Puso a enfriar la champaña, y alistó los más suculentos pasapalos. Sin duda no tardaría en llegar el buen Jesús. Por eso, cuando volvió a oír el timbre, su corazón saltó de emoción.

Pero no era Jesús. Era un niño de la calle pidiéndole con descaro un plato de comida.

-¿Cómo te voy a dar comida si todavía no hemos cenado? Vuelve mañana y te daré lo que haya sobrado, si es que sobra algo, pues todo lo que he preparado está exquisito y tengo una visita muy especial esta noche.

Por fin, todo quedó listo. La mesa brillaba con los más exquisitos manjares. Todos en la familia esperaban nerviosos la llegada de Jesús.

Sin embargo, fueron pasando las horas y Jesús no aparecía. Cansados de esperar, decepcionados y pensando, pero sin atreverse a decirlo, que todo había sido una simple chaladura de esa señora que de tanto rezar andaba inventando visiones de ángeles y cosas absurdas, empezaron a comer los pasapalos, descorcharon las botellas, devoraron los manjares, los postres, los licores... Después, con el peso de la comida y la bebida les llegó el sueño y se fueron yendo a la cama tras despedirse de la señora con una palmadita que podía expresar cualquier cosa. La señora quedó sola, llorando de desilusión. Había sorprendido algunos cruces de miradas y sonrisas que querían expresar que estaba medio loca. Pero ella estaba segura de haber visto el ángel y de haber escuchado sus palabras. No podía imaginar qué habría pasado. Como sabía bien que los ángeles no mienten, algo muy serio le habría sucedido a Jesús para no presentarse en la casa como lo había anunciado su mensajero el ángel. Tras llorar un buen rato y convencerse de que ella no había fallado en nada, la madrugada le trajo un sueño apacible y quedó dormida sobre el sofá de la sala. Cuando despertó, vio al ángel junto a ella.

-¿Por qué me engañaste? –le gritó con dolor y con rabia-. Preparé todo con esmero, aguardé toda la noche, pero Jesús no apareció. ¿Por qué me hicieron esta broma frente a toda mi familia?

-No fui yo quien mintió –le dijo el ángel-. Fue usted la que no tuvo ojos para ver. Jesús vino tres veces: él era la mujer embarazada que le solicitó trabajo, el camionero sucio de grasa, el niño hambriento que le pidió comida. Pero usted no fue capaz de reconocerlo ni de acogerlo.

31.- ENSEÑAR CON LA VIDA

Cuentan que, en cierta ocasión, San Francisco de Asís invitó a un fraile joven a que le acompañara a la ciudad, para predicar. Se pusieron en camino y estuvieron por un buen rato recorriendo las calles de la ciudad, saludando con cariño a las personas que encontraban. De vez en cuando, se detenían para acariciar a un niño, consolar un anciano, ayudar a una señora que volvía del mercado cargada de bolsas.

Al cabo de un par de horas, Francisco le dijo al compañero que ya era hora de regresar al convento.

-¿Pero no vinimos a predicar? –preguntó el fraile con extrañeza.

Francisco le respondió con una sonrisa muy dulce:

-Lo hemos estado haciendo desde que salimos. ¿Acaso no viste cómo la gente observaba nuestra alegría y se sentía consolada con nuestros saludos y sonrisas?

Sólo es posible educar valores si uno lucha y se esfuerza por construirlos en su propia vida. Con frecuencia, hablamos de valores, proponemos valores, mostramos valores, reflexionamos valores pero no los enseñamos porque no los vivimos, porque no nos comprometemos a encarnarlos en nuestro actuar cotidiano.

Padres y maestros deben plantearse, con humildad y con responsabilidad, ir siendo modelos de vida para sus hijos y alumnos, de modo que estos los perciban como personas comprometidas en su continua superación. Sólo podrá enseñar valores el que se esfuerza por enseñárselos a sí mismo, el que lucha por levantarse de sus debilidades y se compromete día a día a ser mejor.

En una cultura y un mundo donde niños y jóvenes son bombardeados con propuestas de modelos huecos, narcisistas y vanos, donde la plenitud se degrada a mero consumir y aparentar, necesitamos transformar profundamente los actuales centros educativos, si queremos realmente incidir en la formación de los alumnos. De meros lugares de enseñanza e instrucción o depósitos de niños y de jóvenes mientras sus padres trabajan, los centros educativos deben concebirse como espacios para practicar, vivir y desarrollar los valores que se consideran esenciales para el individuo y la colectividad. Por ello, deben entenderse y asumirse como comunidades de vida, de participación democrática, de diálogo, trabajo y aprendizaje compartido. Comunidades educativas que rompen las absurdas barreras artificiales entre escuela, familia y sociedad, en las que se aprende porque se vive, porque se participa, se construyen cooperativamente alternativas a los problemas individuales y sociales, se fomenta la iniciativa, se

toleran las discrepancias, se promueve y se practica día a día y en todas las instancias y momentos la solidaridad y el servicio.

Educar valores implica que cada maestro y profesor entiende y asume que no es sólo docente de una determinada área o materia, sino que fundamentalmente es maestro de humanismo, que su función va mucho más allá de transmitir conocimientos o preparar a los alumnos para que pasen con éxito una serie de pruebas y de exámenes. Educar, una vez más, es formar personas, cincelar corazones, abrir horizontes y caminos de vida plena y estimular con el ejemplo y la palabra a caminarlos.

No olvidemos nunca que si bien uno explica lo que sabe o cree saber, **UNO ENSEÑA LO QUE ES.**

32.- LA SABIDURIA DE RECONOCER LA PROPIA IGNORANCIA

Hay una vieja historia de un filósofo de la antigua China, que gozaba del favor del emperador. Era un hombre muy humilde y, cuando le preguntaban algo que él no sabía, respondía enseguida: “No lo sé”.

En cierta ocasión, alguien que no podía comprender sus continuas confesiones de ignorancia, le dijo:

-Pero, ¿no te paga el emperador por lo que sabes?

-Sí, por supuesto –respondió el filósofo con paciente humildad-. Si me pagara por lo que no sé, no alcanzarían las riquezas del imperio ni las de todo el mundo.

“Sólo sé que no sé nada”, decía Sócrates. El verdadero sabio es muy consciente de su ignorancia, como el verdadero santo es muy consciente de sus defectos y debilidades. El que sabe poco suele ir alardeando de sus conocimientos y necesita exhibir sus diplomas y títulos con los que pretende arrojarse y tapar su ignorancia y su inseguridad. La clave de la sabiduría es reconocer la ignorancia y tener siempre deseos de aprender, de enfrentarse a lo desconocido, de buscar, de investigar, de querer saber más... Es genuino educador no aquel que sabe mucho o tiene una serie de títulos y postgrados, sino aquel que es capaz de despertar la curiosidad de sus alumnos y provoca en ellos el hambre de aprender, de descubrir, de crecer, de vivir a plenitud. No les comunica tanto sus conocimientos, sino sus deseos y habilidades para que ellos los adquieran. Vive con sus alumnos la aventura del aprendizaje cotidiano, convierte su salón en un taller, en un laboratorio, en un lugar de búsqueda, de encuentro y convivencia, de construcción de nuevos conocimientos y valores. Todo esto sólo será posible si el educador tiene ganas de aprender, es un enamorado de la vida y de la enseñanza, está comprometido en su continua formación y crecimiento, para de este modo, ayudar al crecimiento de sus alumnos:

No me instruyas,
vive junto a mí;
tu fracaso es
que yo sea idéntico a tí.

¿No te das cuenta
de que has querido combatir
la ignorancia
con la instrucción,
y que la instrucción
es la afirmación
de la ignorancia
porque destruye

la creatividad?

¿Por qué me impones
lo que sabes,
si quiero yo aprender
lo desconocido
y su fuente en mi propio descubrimiento?

El mundo de tu verdad
es mi tragedia;
tu sabiduría,
mi negación;
tu conquista,
mi ausencia;
tu hacer,
mi destrucción.

(Humberto Maturana).

* * *

-¿Cuál es su montaña preferida? -le preguntaron a aquel famoso andinista.

-La que todavía no he escalado -respondió.

-¿Cómo es eso?

-Sí, ella es la que me obliga a mantenerme en forma, a ejercitarme sin descanso, a ilusionarme. Impide que mi vida se vuelva una rutina y un mero recordar viejas glorias.

La verdadera sabiduría es también humilde, reconoce su pequeñez, y sólo así puede acercarse al misterio. Esto es lo que le enseñó un niño que jugaba en la playa al gran sabio San Agustín:

* * *

Una tarde, paseaba San Agustín por las rubias playas de Hipona, agitado por el afán de comprender el misterio de la Santísima Trinidad. “¿Cómo era posible que Dios fuera uno y tres personas al mismo tiempo?”. Su cabeza ardía de ideas y de dudas, y no tenía ojos para ver el mar ni oídos para escuchar las mansas olas que alargaban sus besos hasta la punta de sus sandalias. De pronto, vio que un niño corría con una concha marina llena de agua y la arrojaba en un pocito que había hecho en la arena con sus propias manos. El sabio se paró a observar al niño. Tenía el pelo negro y rizado, chapoteaba feliz en el agua, llenaba su concha y corría entusiasmado a echarla en el pocito, que se iba llenando muy lentamente, porque la arena se chupaba el agua.

San Agustín se acercó al niño cuando estaba arrojando el agua sobre el pozo.

¿Qué estás haciendo, pequeño?

-Estoy echando toda el agua del mar en este hueco.

-Pero eso es imposible –saltó el sabio Agustín con una sonrisa tierna y condescendiente-. El mar es muy grande, mide kilómetros y kilómetros y es también muy profundo. ¿Cómo piensas que vas a meter una cosa tan grande en un pocito tan chico?

-Eso es cierto –le dijo el niño mirándole con picardía-, pero más pequeña es tu cabeza y quieres meter en ella a Dios que es infinito.

33.- NO ACHAQUES A LOS DEMÁS TUS PROPIOS ERRORES

El hombre empezó a sospechar que su esposa Anita se estaba quedando sorda y, un día, decidió comprobarlo. Entró en silencio en la sala, sin que ella lo viera y se escondió. Ella estaba plácidamente sentada en el mueble pegando unos botones a una camisa.

-¡Anita! –dijo-, ¿puedes oirme?

No hubo respuesta. Entonces, avanzó hasta quedarse a escasos metros de ella.

-¡Anita! –repitió-, ¿puedes oirme?

Tampoco ahora hubo respuesta. El hombre se acercó todavía más a ella y volvió a preguntar una vez más:

-Y ahora, ¿puedes oirme?

-Sí, querido –respondió Anita amablemente-, no entiendo por qué me lo preguntas tantas veces, si te he dicho ya tres veces que sí.

Con frecuencia, proyectamos en los demás nuestros propios errores y les achacamos nuestros fallos y defectos. Los prejuicios y miedos no nos dejan ver a las personas como son en realidad, sino que las vemos como somos nosotros. Como posiblemente somos mezquinos y pequeños pensamos que todos los demás también lo son y esperamos que actúen como actuaríamos nosotros. “Cree el ladrón que todos son de su condición”, dice el viejo refrán y con frecuencia excusamos nuestro actuar en la supuesta actuación de los demás. Decimos que no somos puntuales, responsables, honestos..., porque los demás no lo son, y estamos proyectando en los otros y tratando de excusar nuestra propia irresponsabilidad. Si quieres conocer a tus alumnos, ponte en sus zapatos, esfuérzate por mirar su mundo, sus problemas, su actuación, con sus ojos, no con los tuyos que están cargados de malicia:

* * *

Es muy conocida la historia japonesa de aquellos dos monjes, Tanzan y Ekido, a quienes, cuando regresaban a su monasterio, les agarró una lluvia torrencial. Al cabo de un rato, vieron que una mujer joven, vestida con un precioso kimono de seda, vacilaba en cruzar un pequeño torrente que bajaba de la montaña y había inundado por completo el camino. Tanzán acudió en su ayuda, la cargó en sus brazos, atravesó la corriente y la dejó sana y salva al otro lado del camino. Ekido permaneció en silencio, visiblemente molesto, durante todo el resto del camino. Por fin, cuando ya llegaban a la puerta del monasterio, Ekido soltó con ira toda su queja:

-Se supone que los monjes no deben tocar a las mujeres, mucho más si son bellas y jóvenes como la que tú cargaste sobre el agua. No sé cómo pudiste cometer una falta tan grave...

Su queja y sus palabras sorprendieron a Tanzan que se había olvidado por completo del incidente. Miró fijamente a los ojos de Ekido y le dijo:

-Mira, yo dejé a la mujer allá al otro lado del camino cubierto por el agua. Pero parece que tú todavía la sigues cargando.

34.- NO HAGAS A LOS DEMAS LO QUE NO QUIERES QUE TE HAGAN A TI

Entró un hombre a un restaurante y, mientras se dirigía a una mesa vacía, le preguntó a una joven que se encontraba almorzando en la mesa de al lado:

-¿Podría, usted, por favor, decirme la hora?

La joven le respondió con voz airada y muy fuerte de modo que todos pudieran oírle:

-¡Cómo se atreve usted, sinvergüenza, viejo verde, desgraciado!

El hombre enrojeció y sintió sobre él todo el peso de cientos de ojos que le miraban con ira. Sólo atinó a decirle con voz temblorosa:

-Lo siento, señorita, pero parece haberme entendido mal, yo sólo le pregunté la hora.

Entonces, la joven se paró muy ofendida y se puso a gritar histéricamente:

-Si usted sigue con eso, sinvergüenza, voy a llamar a la policía.

Terriblemente avergonzado, el hombre se fue hasta el rincón más alejado del local y se sentó en una mesa semiosculta detrás de una columna.

Algunos minutos después, se le acercó la joven y le dijo sonriendo:

-Disculpe usted, siento mucho lo sucedido, pero verá, soy estudiante de psicología y estoy haciendo una investigación de cómo reaccionan las personas ante situaciones imprevistas.

El hombre la miró durante un par de segundos y exclamó con voz fuerte y asombrada de modo que todos pudieran oírle:

-De verdad que usted está dispuesta a hacerme todo eso y durante toda la noche por tan sólo diez euros....

La dama cayó al suelo desmayada.

“Trata a los demás como quisieras que te trataran a tí y nunca hagas a nadie lo que no te gustaría que te hicieran”. En estos dos principios se resume toda la ética y las normas de la convivencia humana. Si a todos nos encanta que nos traten con cariño y con respeto, ¿por qué no tratamos así a los demás? Trata siempre a los demás de modo que se sientan importantes y queridos. Actúa de tal modo que los demás sientan que ha sido un verdadero regalo el haberte conocido. Con frecuencia, nos encanta echar broma a los demás, reírnos a costa de otros, pero cómo nos ponemos si se meten con nosotros... Pedimos a los demás el

respeto y comprensión que no estamos dispuestos a darles. Si herimos a otros, les decimos que era tan sólo una broma, nos quejamos de su falta de sentido del humor..., pero cómo nos duele cuando somos nosotros el objeto de las risas. Por ello, antes de actuar, piensa si te gustaría que te hicieran a tí lo que piensas hacer , o que te trataran del modo en que tú te propones hacerlo. Somos tan subjetivos y condescendientes con nosotros mismos que lo que consideramos virtud en nuestra conducta, nos parece un error o equivocación en la conducta de los demás.

Si alguien tarda mucho en hacer algo, es que es lento. Pero cuando yo me tomo mi tiempo es que me gusta hacer las cosas bien pues soy consciente y reflexivo.

Cuando el prójimo no hace las cosas, es un flojo, un irresponsable y un vago. Cuando yo no las hago es porque no pude, tenía muchos problemas, estaba muy ocupado.

Cuando el prójimo toma la iniciativa y hace las cosas sin que se le digan, es un entrometido, busca llamar la atención. Cuando las hago yo sin que me digan, es que tengo iniciativa.

Cuando al prójimo no le gustan mis amigos, es que está lleno de prejuicios. Cuando a mí no me gustan los suyos, es que conozco bien a las personas y tengo buen juicio.

Cuando el prójimo mantiene con firmeza su opinión, es un terco y un dogmático. Cuando yo mantengo fuertemente la mía, es que tengo firmeza.

Cuando el prójimo se fija en pequeños detalles, es un maniático. Cuando yo me fijo en pequeños detalles, es que soy cuidadoso

* * *

La directora le dice a la secretaria de la escuela:

-Alguien acaba de entrar en el salón de quinto grado. ¿Quién podrá ser que llega tan tarde?

-Seguro que es la maestra.

-¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

-Porque si hubiera sido un alumno, ya la maestra lo hubiera enviado a la dirección.

* * *

Una vez un panadero de la ciudad y un campesino de la aldea vecina hicieron un trato. Se intercambiarían, todos los días, medio kilo de pan por medio kilo de mantequilla. Las cosas marcharon bien por algún tiempo, hasta que, un día, el panadero empezó a sospechar que la mantequilla no tenía el peso convenido. Durante varios días, pesó la mantequilla y pudo evidenciar que, como lo había sospechado, cada día pesaba menos. Por fin, hizo que apresaran al campesino por fraude.

En el juicio, el campesino confesó que si bien tenía balanza, no estaba utilizando las pesas.

-¿Entonces, cómo pesa usted la mantequilla que debe enviarle al panadero?

-Muy sencillo: utilizo como pesa el pedazo de pan que me manda el panadero. Si mi mantequilla no tiene el peso correcto, se debe tan sólo al pan del panadero...

35.- EL AMOR Y EL TIEMPO

Había una isla mágica en la que habitaban todos los sentimientos: Tristeza, Alegría, Humildad, Ternura, Amor, Ilusión..., en fin, todos los sentimientos.

Un día, recibieron la noticia de que debían abandonar la isla porque iba a haber un terrible maremoto que la hundiría. Cada uno de los sentimientos se apresuró a alistar su barco para abandonar la isla lo antes posible. El único que no mostraba prisas era Amor quien, aun a riesgo de su vida, quería quedarse todo el tiempo que fuera posible en esa isla que tanto amaba. Cuando ya se escuchaban a lo lejos los rugidos del huracán que se aproximaba y una lluvia feroz empezó a descargar su ira sobre la isla, Amor empezó a pedir ayuda. Afortunadamente, todavía estaban embarcándose algunos sentimientos que se habían demorado cargando sus barcos o realizando algunas diligencias personales.

-Ambición, llévame contigo –gritó Amor.

-Lo siento, no puedo, como podrás ver, mi barco está repleto de oro, plata y piedras preciosas. No cabe nada más. Si tú te subieras, nos hundiríamos.

-Vanidad, por favor, ayúdame –suplicó entonces Amor.

-No, no, estás mojado y sucio, me mancharías el barco, no puedo llevarte.

-Tristeza, no me dejes solo, llévame contigo.

-Lo siento, Amor, me siento tan mal que prefiero ir sola, no quiero ver ni conversar con nadie.

Fue entonces cuando escuchó una voz que le llamaba:

-Amor, ven conmigo, yo te llevo.

Era un viejito ya arrugado, pero Amor estaba tan agradecido que se le olvidó preguntarle el nombre. Al llegar a tierra firme, el viejito desapareció.

-Dime Sabiduría –preguntó entonces Amor-, ¿quién era el viejito que me trajo hasta aquí?

-Era el Tiempo.

-¿El Tiempo? –preguntó Amor muy extrañado, pero ¿por qué sólo el Tiempo me quiso ayudar?

Sabiduría le respondió:

-Porque sólo el Tiempo es capaz de entender y ayudar a un gran Amor.

El tiempo es para el amor como el viento para el fuego: aviva los fuertes, y mata los débiles. La pasión es pasajera, y el placer por su propia naturaleza es frágil y perecedero. El amor verdadero, como los buenos vinos, se va añejando con el tiempo, se va acrisolando con la convivencia compartida de dichas, alegrías, sufrimientos y problemas. Sólo el tiempo demuestra si el amor era profundo y real, si estaba asentado en raíces firmes y no en la ilusión, capaz por ello, de sobrevivir a las dificultades, rutinas y percances. El tiempo va cincelandó el rostro del amor verdadero, permite descubrir siempre nuevos rasgos, matices insospechados e ignorados en la persona que se ama. El tiempo posibilita una comunión cada vez más profunda, la vivencia de renovadas y cada vez más maduras intensidades, más allá de los espejismos y relámpagos de la juventud. De ahí la importancia de educar el corazón, la fortaleza, la responsabilidad para ser capaces de vivir y construir cada día con nuevo entusiasmo el amor. Como decía Saint Exupéry, el autor de **El Principito**: “ Amar no es estarse mirando los dos largamente a los ojos, sino mirar los dos en la misma dirección”. El amor implica un proyecto en común, un largo caminar juntos, una decisión de vivir para el otro y con el otro en las alegrías y en las penas . De ahí la necesidad de alimentar cada día el amor, de no permitir que se trivialice o rutinice. El amor es como el agua: Si lo detienes, se pudre y se va muriendo. Sólo el agua en movimiento tiene vida y puede darla, lleva en sus labios murmullos de canciones que alegran corazones. Hogar tiene las mismas raíces que hoguera: El amor es como el fuego: si dejas de alimentarlo, se apaga y sólo deja en los labios el sabor amargo de cenizas.

36.- EL SUEÑO DE LOS TRES ARBOLES

En la cumbre de una montaña, tres arbolitos soñaban lo que les gustaría ser cuando fueran grandes.

El primero suspiró y dijo mirando las estrellas:

-A mí me gustaría estar siempre repleto de oro y piedras preciosas. Yo seré un baúl donde guardarán los tesoros más preciosos.

El segundo arbolito miró un arroyo que corría cerca de sus pies y dijo:

-Yo deseo viajar por los océanos y llevar reyes y ejércitos gloriosos sobre mí. Seré un barco majestuoso.

El tercero miró hacia el valle que estaba al pie de la montaña y al ver a los hombres y mujeres trabajando con esmero, dijo:

-Yo no quiero alejarme nunca de la cumbre de esta montaña. Quiero crecer y crecer, hasta convertirme en el árbol más alto del mundo, para que, cuando los hombres y las mujeres me miren, levanten sus ojos al cielo y piensen en Dios.

Fueron pasando los años con su carga de lluvias, soles, tormentas y noches estrelladas. Los pequeños arbolitos soñadores crecieron y se convirtieron en tres árboles fuertes y vigorosos en cuyas ramas tejían nidos los pájaros más grandes que surcaban los cielos.

Un día, subieron a la cumbre tres leñadores.

-¡Qué árbol tan preciso! -dijo uno de los leñadores, y agarrando con decisión su hacha brillante, empezó a cortar al primer árbol que temblaba de emoción al pensar que estaba a punto de convertirse en ese baúl que tanto había anhelado..

Mucho le gustó al segundo leñador el otro árbol que, mientras lo derribaban, pensaba que por fin se convertiría en el barco de un rey muy poderoso que, montado sobre él, emprendería osados viajes de conquista.

El tercer árbol sintió que su corazón comenzaba a galopar de dicha cuando le miró el último leñador. El árbol se irguió consciente de su altura y agitó contra el cielo su rama más alta. Pero el leñador ni siquiera se detuvo a contemplar la majestad de su belleza, y dijo: "Para lo que yo lo necesito, cualquier árbol es bueno para mí". Y con su hacha plateada en muy poco tiempo acabó con el árbol y sus sueños.

El primer árbol se emocionó mucho cuando el leñador lo llevó a una carpintería. Pronto, sin embargo, le invadió la tristeza. El carpintero lo convirtió en

un humilde guacal para depositar la comida para los animales de su granja. No lo cubrieron de oro ni de piedras preciosas, sino que fue rodando de aquí para allá, de granja en granja, transportando pienso y hasta la boñiga del ganado.

El segundo árbol sonrió cuando el leñador lo llevó cerca de un embarcadero. Pero no hicieron con él un barco majestuoso como él había deseado y soñado tantas veces. Tan sólo hicieron con él un humilde bote de pesca, tan pequeño y débil, que ni podría navegar por mares ni océanos. Lo dejaron allí en un pequeño y apacible lago y lo utilizaban para salir a pescar cerca de las orillas.

El tercer árbol vio con desconcierto que el leñador lo deshacía para sacar de él unos tablones que dejó abandonados en un almacén de madera. Allí terminaron sus sueños de erguirse majestuoso sobre la montaña para ser una flecha vigorosa apuntando al corazón del cielo y al misterio de Dios.

Fueron pasando los años y, con el tiempo, los tres árboles olvidaron hasta sus sueños. Pero una noche, una luz de estrella dorada alumbró al primer árbol cuando una joven mujer puso a su hijo recién nacido entre las viejas maderas del guacal, ahora convertido en un pesebre. “En Nazareth, yo le hubiera hecho al niño una cuna bien bonita”, se quejó el esposo. La mujer apretó con cariño la mano del hombre y dijo: “Lo sé, José, pero este pesebre es también muy hermoso y resulta una cuna extraordinaria”. Y el primer árbol supo de súbito que contenía el mayor tesoro del mundo.

Una tarde, un viajero cansado y sus amigos se subieron al viejo bote de pesca. El viajero se quedó dormido mientras el segundo árbol, convertido en bote, comenzaba a navegar tranquilamente lago adentro. De repente, una feroz tormenta agitó con violencia las aguas del lago y el pequeño bote comenzó a saltar aterrado sobre las olas encrespadas. Se sabía muy débil y temía que no iba a ser capaz de llevar a salvo a los pasajeros hasta la orilla. Entonces, se levantó el hombre que dormía y alzando su mano increpó con voz firme a la tormenta: “¡Calla, enmudece!”. El viento y la tormenta se calmaron y el lago recobró su placidez habitual. Y entonces el segundo árbol supo que en su lancha navegaba el Rey del Cielo y de la Tierra.

Un viernes en la mañana el tercer árbol se extrañó cuando sacaron sus tablones olvidados y los llevaban entre una multitud que gritaba enardecida. Se llenó de miedo y de dolor cuando unos soldados clavaron las manos de un pobre hombre en su tosca madera. Se sintió áspero, cruel, feo. Pero al domingo siguiente, por la mañana, cuando el sol brilló y la tierra tembló de júbilo debajo de aquellos tablones que diseñaban en el cielo una cruz, el tercer árbol supo que el amor de Dios lo había cambiado todo. El árbol que tanto había soñado con señalar siempre hacia el cielo y hacia Dios, se sintió muy fuerte y adivinó que, en adelante, cuando la gente mirara una cruz estaría sintiendo el infinito amor de Dios a los hombres. Y eso era mucho mejor que ser el árbol más alto y esbelto del mundo.

* * *

“Dios escribe derecho con líneas torcidas”, dice un viejo refrán. Los caminos de Dios no suelen coincidir con los caminos de los hombres. En las tareas más humildes, hechas con dedicación y amor, se ocultan formas de grandeza. Con frecuencia, el camino para que se cumplan los sueños, pasa por la pobreza, el olvido y la humildad. La próxima vez que te sientas deprimido porque no sucedieron las cosas como tú esperabas, siéntete feliz porque Dios está preparando algo maravilloso para tí.

* * *

Había una vez un roble que quería ser poeta. Una mañana en que el cielo se vistió de porcelana azul y el sol brillaba como un caramelo de fuego, llegó hasta los pies del roble un leñador. El roble se inclinó para acariciar con sus hojas el rostro del leñador y le susurró al oído:

-Hombre, tú que has sido capaz de convertir la belleza en novia del mar, tú que inventaste el milagro de la palabra y eres capaz de sembrar sueños y esperanzas, hazme poeta.

El leñador, indiferente, o incapaz de entender el lenguaje de los árboles, tomó su hacha y empezó a cortar el tronco del roble. El viejo soñador cayó herido de muerte, aunque en sus ramas la vida seguía sonriendo en el verde de sus hojas. Después, lo llevaron a la ciudad. De sus carnes fabricaron cunas y su corazón fue llevado a una fábrica de creyones.

Los niños empezaron a pintar escuelas y mamás, mariposas, soles, pájaros, estrellas y flores; pintaron corazones y paisajes, caminos, mares y montañas y el roble pudo realizar por fin su sueño de ser poeta.

37.- EL PAPAGAYO DE COLORES

Pablo soñaba con que su papagayo fuera el más hermoso de todos. Y durante muchas tardes, a la salida de la escuela, lo fue construyendo con sus manos hábiles que seguían los diseños que le señalaba el corazón. Y allí estaba: grande, bello, con todos los colores del arcoiris, como una multicolor bandera de alegría ansiosa de agitarse y mecerse en los brazos del viento.

Y llegó el día anhelado en que todos los alumnos del salón, como lo había prometido su maestra, volarían sus papagayos en el parque. Avanzaban felices, cada niño con su papagayo, en un colorido desfile de ilusiones. Había papagayos de todas las formas y tamaños. Pero el que más llamaba la atención era el de Pablo. Casi parecía el padre de todos.

Y comenzó en el parque la fiesta de colorido y vuelos. El cielo se fue cubriendo de pájaros de papel que subían empujados por los gritos de los niños: “Suelta el pabito, hálalo, así, sube, sube...” La tarde era río de alegría y risas...

Al papagayo de Pablo le costaba subir por su enorme tamaño. Lo hacía lentamente, pero con seguridad...

Cuando los papagayos andaban correteando felices por el cielo, empezó a soplar un viento fuerte que trajo unos negros nubarrones, en los que galopaba implacable la tormenta. Los niños se pusieron nerviosos y empezaron a recoger sus papagayos temerosos de que el viento se los destrozara. Las ilusiones y alegrías de antes se fueron cambiando en gritos de angustia: “bájalo, hala, hala, rápido, cuidado, recógelo ya”. Las ágiles manos de Pablo multiplicaban las más atrevidas maniobras para que su papagayo cubriera y protegiera a los demás: “No importa que el mío se rompa –pensaba- pero no voy a dejar morir la ilusión de los demás”, y luchaba con pericia para que las fuertes alas de su papagayo cubrieran a los más pequeños. “Ven, chamo, bájalo debajo del mío, él lo protegerá”. Y todos los papagayos buscaron su seguridad en las alas protectoras del papagayo de Pablo.

Cuando llegaron abajo, todos se habían salvado. Sólo el papagayo de Pablo tenía destrozadas las alas. Pero los ojos de Pablo brillaban con una alegría luminosa.

(Versión libre de un texto de Eva Nistal)

Ser maestro es llenar el cielo de vuelos multicolores, espolear fantasías, estar siempre dispuesto a proteger con las propias alas, y aun a costa de la propia vida, los sueños, ilusiones y vuelos de los alumnos. Educar es sembrar esperanzas, sacudir miedos y rutinas, animar y ayudar a levantar las vidas del suelo rastrero y de una existencia sin sueños ni horizontes.

Los jóvenes necesitan metas e ideales, algo que dé sentido a sus vidas, por lo que merezca la pena esforzarse y luchar, que los levante de la inercia existencial y del aburrimiento profundo y lleno de ruidos que carcome sus vidas:

* * *

Un monarca, misteriosamente enfermo, no logra curarse. En torno a él, va muriendo lentamente todo su reino: se deshace y derrumba el palacio en que habita, se marchitan los jardines, languidecen los ríos y se secan las fuentes, mueren los animales, agonizan de tedio y aburrimiento las personas...

Nadie logra curar al rey de tan extraña enfermedad y fracasan todos los sabios y los médicos del reino y también los que llegan desde países lejanos con la intención de devolverle la salud al rey.

Un día, llega un joven desconocido, Parsifal, que avanza con decisión hasta donde se encuentra postrado el rey, se salta el protocolo y el ceremonial de la corte y, sin hacer referencia alguna a las causas de la enfermedad del monarca y del reino, lanza vigoroso la pregunta clave:

-¿Dónde está el Santo Grial?

La deslumbrante sorpresa de esta pregunta ilumina la salud del rey, que se incorpora sano de su lecho de tedio y de dolor para emprender la búsqueda del Santo Grial, reanima plantas y animales, hace correr las fuentes y los ríos, restaura milagrosamente el castillo, aviva los rostros y corazones de las gentes con destellos de ilusión.

* * *

La leyenda del Santo Grial atraviesa toda la Edad Media e impregna con un tinte religioso las hazañas de los caballeros.

Según la tradición, el Santo Grial era la copa que utilizó Jesús en la última cena y que guardó José de Arimatea. En ella recogió también la sangre y agua que salió del costado de Cristo cuando en el calvario, y para verificar su muerte, el soldado romano Longinos le clavó su lanza. La tradición cuenta que durante un tiempo la Virgen guardó la copa, y que luego se la dio a Pedro quien la llevó a Roma. Cuando los cristianos fueron perseguidos por los emperadores romanos, el diácono Lorenzo la envió a España donde estuvo oculta por un tiempo en el monasterio de San Juan de La Peña. Varias veces fue robada y reconquistada por los caballeros del Santo Grial y de este modo, la búsqueda del Santo Grial simbolizó en la Edad Media una empresa que llenaba la vida de sentido.

38.- LOS DOS ENFERMOS JUNTO A LA VENTANA

Dos enfermos muy graves compartían la misma habitación de un hospital. Uno de ellos tenía la cama junto a la única ventana y se le permitía sentarse cada atardecer, durante una hora, para drenar sus pulmones.

El otro enfermo pasaba todo el día tendido en la cama sobre su espalda y sólo era capaz de observar el techo sucio y despintado de la habitación.

Los dos hombres llegaron a ser grandes amigos y se la pasaban conversando sobre sus familias, sus aventuras cuando jóvenes, sus trabajos, sus desgracias y felicidades.

Cada tarde, cuando el hombre que estaba junto a la ventana debía sentarse para su drenaje, empezaba a describirle al compañero todas las cosas que veía desde la ventana. Allá afuera había un parque que tenía en el centro una laguna encantadora. Patos y cisnes jugaban en el agua, mientras los niños hacían navegar sus barquitos de juguete. Los novios paseaban abrazados por senderos bordeados de flores de todas las fragancias y colores, y los deportistas corrían sudorosos por la pista que bordeaba la laguna. Había también un pequeño bosque de árboles gigantescos que levantaban sus brazos vigorosos hacia el cielo. En las orillas del parque crecía la ciudad y cada día el paisaje era distinto y nuevo según el giro del tiempo y de las estaciones y de los visitantes que acudían al parque.

Los dos enfermos esperaban ansiosamente esa hora que los aproximaba a la vida. El hombre junto a la ventana se esforzaba cada vez más por acercarse al amigo con sus palabras cargadas de detalles y de amabilidad a los sucesos maravillosos del parque y del paisaje, de modo que no se perdiera nada de lo que él disfrutaba con sus ojos. Y así, iluminado por las palabras del amigo, él también pudo gozar de desfiles, carrozas, lluvias mansas, arcoiris increíbles, nevadas plateadas, bandadas de pájaros emigrantes, concursos de papagayos que llenaron el cielo de colorido, carreras de bicicletas...

Una mañana, la enfermera que siempre llegaba temprano a tomarles la temperatura, descubrió que el hombre junto a la ventana había muerto. Parecía dormido y hasta creyó que sonreía con profunda placidez. Cuando le comunicaron al amigo la noticia, se entristeció mucho y por largos ratos lloró en calma y en silencio la ausencia del compañero que le había acercado con sus palabras a los fabulosos sucesos del parque más allá de la ventana.

A los pocos días, el enfermo le preguntó a la enfermera si no podría ponerlo en la cama que seguía vacía junto a la ventana. La enfermera aceptó de buen gusto y con ayuda de algunos empleados lo cambió.

Cuando el enfermo quedó solo, se apoyó con gran esfuerzo sobre uno de sus codos y logró levantarse lo suficiente para poder disfrutar de ese paisaje encantador que sólo conocía a través de las palabras del amigo muerto.

Pero sólo vio frente a él una pared gris y muy fea, completamente vacía y sin encantos.

Cuando le preguntó a la enfermera cómo era posible que el compañero pudiera ver todas esas cosas maravillosas, la enfermera le respondió:

-Ese no pudo ver ni siquiera la pared pues era totalmente ciego. Posiblemente inventó todo eso para animarle a usted.

(Sobre un texto enviado por el P. Alberto García Pascual)

Maestro es el que ofrece los propios ojos para mirar el mundo, el que pone alegrías y sonrisas en el corazón. El que es capaz de iluminar la vida de los demás con su propia oscuridad. Ser maestro es alumbrar caminos, cultivar almas, sembrar ilusiones y esperanzas, alentar vidas. El genuino educador entiende que su misión va más allá de impartir conocimientos o desarrollar destrezas, pues se dirige a formar corazones alegres, propositivos, optimistas, que asumen los problemas como retos a superar y se crecen con las propias dificultades. Corazones apasionados de la vida, capaces de sacudirse las rutinas, el cansancio, la pasividad, la desesperanza. Corazones dispuestos a doblegar el temor para convertirlo en valor, que transforman la debilidad en energía, la indiferencia en entusiasmo, el desaliento en confianza, la duda en fe, el egoísmo en amor, la oscuridad en luz. Corazones alegres, que asumen cada momento como una maravillosa aventura y son capaces de vivir en la fiesta permanente de la entrega y el servicio tratando de ser un regalo para los demás:

Una cosa yo he aprendido
de mi vida al caminar,
no puedo ganarle a Dios,
cuando se trata de dar.

Por más que yo quiera darle,
siempre me gana él a mí,
porque me regresa más
de lo que yo le pedí.

Se puede dar sin amor,
no se puede amar sin dar,
si yo doy no es porque tengo,
más bien tengo porque doy.

Y cuando Dios me pide,
es que me quiere dar;
y cuando Dios me da,
es que me quiere pedir.

Si tú quieres, haz el intento
y comienza a darle hoy,
y verás que en poco tiempo
tú también podrás decir:

Una cosa he aprendido
de mi vida al caminar,
no puedo ganarle a Dios
cuando se trata de dar.

(Amigos de la Tarahumara).

39.- EL COCUYO

Cuentan las viejas historias que, al comienzo de los tiempos, los cocuyos eran completamente negros, pues así los había creado Dios. Vivían muy felices y en las noches podían atacar sin problemas a los gusanitos y defenderse de los sapos que nunca lograban atraparlos porque no los veían.

Una noche se perdió un niño en el bosque, y a medida que la oscuridad se volvía más y más espesa, se puso a llorar con desconsuelo. El cocuyo quería ayudarlo, pero ¿cómo?. “Si al menos tuviera un fósforo para alumbrarle el camino...”

Entonces emprendió vuelo hacia el cielo, y cuando llegó frente al trono de Dios, le suplicó :

-Dame un fósforo para alumbrar el camino a un niño que se perdió en el bosque.

Y Dios le prendió un fósforo. Pero cuando el cocuyo lo quiso agarrar, casi se quema las alas.

-No podré ayudar al niño con un fósforo. Está muy caliente y me quemo las alas.

Entonces, Dios se puso a pensar y le dijo al cocuyo:

-La solución es que tú te conviertas en luz –y tocándole el abdomen, se lo hizo fosforescente.

El cocuyo llegó donde estaba el niño y se puso a volar delante de él. Así el niño pudo encontrar el camino para regresar a su casa.

Desde ese día, los cocuyos vuelan por las noches, alumbrando como si fueran estrellas con alas, para orientar a todos los niños que andan perdidos.

En educación, para alumbrar caminos, es necesario convertirse en luz. Ser luz es ser ejemplo, modelo que pueda iluminar los senderos de la vida.

¿Quieres saber la diferencia entre quien instruye y quien educa? El que instruye habla del fuego o incluso tal vez muestra una antorcha. El que educa se transforma en antorcha. El genuino maestro es un hombre-vela que se va consumiendo para alumbrar y dar calor a los demás, para que brille en la oscuridad de sus corazones la nueva luz de la esperanza:

Miro la realidad.
Veo un incendio de dolor
que se extiende por la tierra,

y sale un grito desde el fuego.

Sigo mirando hacia abajo.
En la tierra calcinada
veo brotar el sueño verde
de una nueva humanidad.

Contemplo más hondo.
Desafiando al desencanto
veo al unirse las manos
la fuerza para crear lo soñado.

Y en el fondo de todo,
del grito, del sueño y la fuerza,
te veo a tí, Dios encarnado
alimentando el futuro nuevo.

(Benjamín González Buelta)

Dios está con nosotros, acompaña nuestros pasos, no perdamos por ello nunca la esperanza:

* * *

Al comienzo de los tiempos existían millones y millones de estrellas en el cielo. Las había de todos los colores: blancas, plateadas, verdes, doradas, amarillas, rojas, azules...

Un día, se acercaron inquietas a Dios y le dijeron:

-Señor Dios, nos gustaría bajar a la tierra y vivir con los hombres y mujeres que la habitan.

-Si ustedes lo desean, así será -les dijo Dios-, y dicen que esa noche cayó sobre la tierra una bellísima lluvia de estrellas.

Algunas se acurrucaron en los campanarios de las iglesias, otras se mezclaron con las flores, los árboles y las luciérnagas del bosque, otras se ocultaron en los juguetes de los niños y desde esa noche toda la tierra quedó maravillosamente iluminada.

Sin embargo, cuando fueron pasando los tiempos, las estrellas decidieron regresar al cielo y dejaron la tierra oscura y triste.

-¿Por qué regresaron? -les preguntaba Dios a medida que iban llegando al cielo.

-Señor, no nos fue posible permanecer en la tierra por más tiempo. Allí hay mucho egoísmo, miseria, injusticia y maldad.

Entonces, el Señor les dijo:

-Tienen ustedes razón. Ustedes pertenecen aquí, al cielo. La tierra es el lugar de lo transitorio e imperfecto. El cielo es el lugar de la perfección y de lo eterno, donde nada yerra ni perece.

Cuando terminaron de llegar todas las estrellas, Dios las contó y notó que faltaba una. "¿Se habría perdido por el camino?"

Entonces, le dijo a Dios un ángel:

-No, Señor, no se ha perdido. Ella decidió quedarse con los hombres y mujeres de la tierra. Ella comprendió que debe vivir donde impera la imperfección, donde las cosas no marchan bien, donde hay dolor, injusticia, miseria y muerte.

-¿Qué estrella es esa? -le preguntó Dios muy intrigado.

-Es la estrella verde, Señor, la de la esperanza.

Y cuando volvieron los ojos a la tierra, vieron asombrados que la estrella no estaba sola y que de nuevo toda la tierra estaba iluminada pues en el corazón de cada hombre y de cada mujer brillaba una estrellita verde, la luz de la esperanza, la única estrella que Dios no necesita y que da sentido a la vida sobre la tierra.

40.- INCOMUNICACION

*En su obra **La Cantante Calva**, Ionesco nos presenta un mundo en el que los personajes hablan y hablan pero no se comunican. Las palabras se han convertido en piedras que caen, en cadáveres, en trampas para ocultar la lejanía y la ausencia: Un hombre y una mujer se encuentran por azar y comienzan a charlar amenamente... A medida que avanza la conversación, descubren que ambos han viajado desde Nueva York en el tren de las diez, y que incluso los dos viven en el mismo edificio de la quinta avenida. Más sorprendente aún, ambos tienen una hija de siete años e incluso viven en el mismo apartamento. Para su sorpresa final, descubren que son marido y mujer.*

* * *

*En la casa del matrimonio Rodríguez,
él y ella están viendo televisión,
sin cruzarse, jamás, una palabra,
hasta el día en que se fue la luz.
Entonces, él la miró al rostro y le dijo:
“¿cómo está usted?
Creo que no nos conocemos,
mi apellido es Rodríguez.
¿Cuál es el suyo?”
Y ella le dijo:
“Yo soy la señora Rodríguez.
Será que usted y yo somos...”
De pronto, regresó la luz,
volvió a funcionar la televisión
y ellos no continuaron averiguándolo.*

En un mundo que ha multiplicado las posibilidades de comunicación, que ha barrido las fronteras de las distancias, las personas viven cada vez más solas y más incomunicadas. Ya no son capaces de contarse sus ilusiones, esperanzas, angustias, miedos. Viven extraños en la misma casa, en la misma cama. La comunicación se está convirtiendo en una especie de ritual vacío, en mera cháchara banal y hueca, siempre desde lejos. La gente necesita llamarse continuamente por el celular, enviarse correos electrónicos, contarse lo que pasa o lo que hicieron: “ya llegué al aeropuerto”, “estoy en el taxi”, “ya voy para allá”, y cuando se encuentran y están el uno junto al otro, no tienen nada que decirse y se ponen a ver televisión que, sin duda alguna, se está convirtiendo cada vez más en el personaje más importante de la familia:

Oración de un niño

Señor, esta noche quiero pedirte algo especial: conviérteme en televisor. Quisiera ocupar su lugar para vivir como él en mi casa: tendría un cuarto especial para mí, y toda la familia se reuniría a mi alrededor horas y horas. Siempre me

estarían todos escuchando sin ser interrumpido ni cuestionado, y me tomarían en serio. Cuando me enfermara, llamarían enseguida al médico y estarían todos preocupados y nerviosos hasta que volviera a funcionar perfectamente. Mi papá se sentaría a mi lado cuando vuelve cansado del trabajo, mi mamá buscaría mi compañía cuando se queda en la casa sola y aburrida, y mis hermanos se pelearían por estar conmigo. ¡Cómo me gustaría poder disfrutar de la sensación de que lo dejan todo por pasar algunos momentos a mi lado!

Por todo esto, Señor, conviérteme en un televisor, yo te lo ruego.

41.- CUENTO DE LA CUOTA INICIAL

Una señora soñó que llegaba al cielo y que, junto a las 120.000 personas que mueren cada día, hacía fila para saber cuál iba a ser su destino eterno. Al rato, llegó San Pedro y les dijo:

-Vengan todos conmigo que les voy a mostrar el lugar que le corresponde a cada uno, según la cuota inicial que pagaron en la tierra con su vida.

Llegaron primero a un lugar superlujosísimo, donde todo había sido construido con oro. Paredes, techos, pisos..., resplandecían con un brillo sublime.

-Aquí van a vivir los generosos, los que amaron de verdad, los que entregaron su vida al servicio de los demás: Los que partieron su pan con el hambriento, los que regalaron sus vestidos a los pobres, los que visitaron y consolaron a los enfermos y a los presos...

La señora se puso muy contenta y se apresuró a entrar, pero un ángel la detuvo con estas palabras:

-Perdone usted, señora, pero este lugar no es para usted que en la tierra sólo supo dar migajas, ropas viejas que ya no usaba...Jamás dio usted algo que en verdad le costara...Le falta la cuota inicial para adquirir una de estas casas.

De allí pasaron a otra urbanización de la eternidad, cuyas casas estaban hechas de marfil. Aquí también todo era un derroche de lujo y de belleza. Cuando la señora se disponía a entrar, otro ángel la tomó del brazo y le dijo muy respetuosamente:

-Lo siento, señora, pero estas viviendas están reservadas para los que siempre trataron a los demás con cariño, para los que sólo tuvieron palabras de aliento y de ánimo, y usted se la pasó chismeando y hablando mal de los demás.

Las casas de la siguiente urbanización eran todas de cristal y resplandecían llenas de luz. De nuevo la mujer dirigió sus pasos a una de esas maravillosas mansiones, pero el ángel portero la detuvo y le dijo muy serio:

-Usted no puede entrar aquí, señora. En su pasaporte dice que usted nunca se preocupó por enseñar a los demás, y esta urbanización está reservada para los auténticos maestros, todos aquellos que trataron de hacer de su vida una lección y un ejemplo digno de imitar. Aquí se cumple lo que anunció el profeta Daniel: 'Quienes enseñen a otros a ser buenos, brillarán como estrellas por toda la eternidad' y usted nunca se preocupó porque las personas que vivían junto a usted se hicieran mejores. Le falta la cuota inicial.

Y así fueron visitando otras bellas urbanizaciones donde no le permitieron entrar por faltarle la requerida cuota inicial. Ya al atardecer, llegaron a un barrio

sucio y miserable, cuyas casas estaban todas construidas con basura. Los zamuros volaban sobre esa hediondez y abundaban las ratas y las cucarachas. La señora se puso un pañuelo en la nariz porque no soportaba la fetidez y ya iba a salir corriendo, cuando el guardián le dijo con voz cortante y seca:

-Una de esas casas será su vivienda por toda la eternidad. Puede usted tomar posesión de ella.

La mujer empezó a gritar y a decir que nunca podría vivir en una casa así, pero el guardián la detuvo en seco:

-Esto es lo único que pudimos construirle con la cuota inicial que usted envió desde la tierra. Cada día nos llegaba su envío de murmuraciones, chismes, ofensas, egoísmos, tacañería, envidias, odios... ¿Qué era posible construir con todo eso? Fue usted la que nos envió los materiales para fabricarle la vivienda.

La mujer empezó a llorar y a gritar y, al intentar zafarse de las manos de los guardianes que la estaban obligando a entrar en esa horrible vivienda, se despertó. Tenía la almohada empapada de sudor y de lágrimas, pero aquella pesadilla le sirvió de examen de conciencia y desde ese día empezó a pagar la cuota inicial para una buena morada en la eternidad: generosidad con los necesitados, pulcritud y firmeza en el trato, y esmero por lograr que otras personas fueran mejores.

*¿Qué morada estás construyendo para tí y para los demás con tu actuar?
¿Cuál es la cuota inicial que estás juntando con las acciones de cada día? Tus rezos y oraciones, ¿te impulsan a ser mejor? ¿Vives tu fe como servicio?*

El mensaje de Jesús no deja lugar a duda alguna: Sólo es posible llegar a Dios a través del servicio al hermano necesitado: **“Lo que hicieron a cada uno de estos hermanos míos más pequeños, me lo hicieron a mí”**. En el momento definitivo, Dios nos juzgará por el amor vuelto servicio: **“Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estaba desnudo y me cubriste con tu ropa, enfermo y me visitaste...”** Fe sin compromiso es alienación, idolatría. Oración sin entrega es monólogo con uno mismo. Cosechamos lo que sembramos. Afortunadamente, los criterios de Dios no son los criterios de los hombres, y la justicia divina no es sobornable ni comprable:

* * *

En su cuento “El sueño del pongo”, el escritor peruano nos cuenta la historia de un patrón de hacienda y uno de sus sirvientes más pobres que murieron el mismo día y estaban esperando a las puertas del cielo la decisión de San Pedro. Cuando por fin llegó, ordenó a uno de sus ángeles que cubriera todo el cuerpo del hacendado con miel y dulzuras suculentas, y el del pobre peón con excrementos, orines y toda suerte de inmundicias. El hacendado resplandecía de dicha convencido de que el cielo iba ser una continuación de la vida de la tierra y

regirían las mismas normas y leyes que él había impuesto en la hacienda con su látigo y su despiadada crueldad. El humilde peón esperaba pacientemente que el ángel terminara su faena, resignado a continuar durante toda la eternidad su larga vida de oprobios y humillaciones. Para sorpresa de ambos, cuando el ángel hubo concluido su tarea, les ordenó con su voz de trueno:

-De ahora en adelante, se lamerán el uno al otro durante toda la eternidad.

42.- LAS MANCHAS DE LA LUNA

En lo profundo del bosque habitaban cuatro animales: un conejo, un mono, un chacal y una nutria. Se querían mucho, se ayudaban en todo lo que podían y, por ello, vivían muy felices. Eran también muy piadosos y, cada vez que había luna llena, los cuatro animales guardaban un día de ayuno pues así lo estipulaban los preceptos de su religión.

-Recuerden que mañana es luna llena –les dijo el conejo- y que no podemos comer nada.

-¿Y si llegara un peregrino y nos pidiera algo de comer? –preguntó intranquila la nutria-. ¿Cómo podríamos cumplir al mismo tiempo el precepto del ayuno y el de la hospitalidad?

Los cuatro animales se pusieron a pensar hasta que el conejo encontró la solución:

-Mañana, antes de que salga el sol, iremos a buscar el alimento diario, pero no lo comeremos, sino que lo guardaremos bien por si llega algún peregrino o caminante.

Así acordaron hacerlo y se fueron a descansar tranquilos. Al amanecer del día siguiente iniciaron su jornada: la nutria se zambulló en el río y al cabo de un rato, había pescado cinco peces que brillaban al sol. Los guardó en un buen sitio e inició su jornada de ayuno y oraciones. El mono se subió a un árbol cargado de fruta y recogió la suficiente para agasajar al posible caminante que pasara por allí. Hecho esto, inició su meditación. También el chacal cumplió bien con su tarea: se acercó sigilosamente a un pescador que estaba en la orilla del río y le arrebató la merienda que su mujer le había preparado.

Sólo el conejo inició sus oraciones sin buscar alimento alguno.

Y sucedió que el dios de los animales quiso comprobar la fe de sus criaturas y, disfrazado de peregrino, se presentó en el claro del bosque que habitaban los cuatro animales.

El primero en notar su presencia fue el mono, a quien el menor ruido solía distraer cuando se encontraba en oración. Salió a su encuentro y le dijo:

-Amigo caminante, hoy es nuestro día de ayuno, pero tengo unas frutas frescas y jugosas que recogí para ti. Te ruego que aceptes mi hospitalidad.

El dios de los animales quedó gratamente sorprendido. Después, fingiendo que iba al río a lavarse las manos, se acercó a la nutria y le dijo:

-Amiga nutria, vengo de muy lejos y llevo casi dos días sin probar bocado. ¿No tendrías algo que ofrecer a este pobre peregrino?

La nutria le ofreció gustosa los cinco peces que había pescado en la mañana. Mientras se acercaba al lugar del chacal, el dios de los animales iba admirando su devoción ya que cumplían a la perfección el precepto del ayuno sin romper para nada el precepto de la hospitalidad. También el chacal le ofreció la merienda que le había arrebatado al pescador y le invitó a comer.

Sólo le faltaba comprobar la devoción del conejo y sin poder imaginar qué le podría brindar, el dios de los animales se acercó a su madriguera. Como estaba absorto en su meditación, el dios de los animales tuvo que gritar para que advirtiera su presencia:

-Hermano conejo, ¿no tendrás algo de comer para este pobre peregrino hambriento?

-Por supuesto que sí –le contestó el conejo-, te daré un buen trozo de carne fresca con la que podrás saciar tu hambre. Enciende una fogata y cuando las brasas estén listas, yo te traeré la carne.

El dios de los animales reunió ramas y palos e hizo lo que le había pedido el conejo. Por mucho que pensaba y pensaba, no podía imaginar de dónde iba a conseguir el conejo la carne.

Cuando la brasa estaba en su punto, apareció el conejo y se arrojó al fuego diciéndole al peregrino:

-La carne que quiero ofrecerte es mi propio cuerpo, pues sé que a los hombres les encanta comer conejo asado. Aliméntate conmigo y sigue reconfortado tu camino.

Fue entonces cuando el dios de los animales, conmovido ante tanta generosidad, retomó su verdadera apariencia y se transformó en un hermoso joven que brillaba como si estuviera hecho de luz. Tomó entonces las cenizas en que se había convertido el conejo y volando por encima de bosques y montañas, llegó hasta la luna y depositó las cenizas en su cara inmensa y pálida.

-Deseo –dijo el dios de los animales- que siempre que haya luna llena, todo el mundo recuerde la historia del conejo y no olvide nunca que la generosidad más sublime no consiste en dar cosas sino en ser capaz de darse para el bien de los demás.

Por ello, desde ese día, siempre que hay luna llena puede verse en sus manchas la imagen de un conejo.

(Leyenda budista)

La prueba sublime del amor no consiste tanto en dar cosas, sino en darse. "Nadie tiene más amor que el que está dispuesto a dar la vida por sus amigos",

nos enseñó y demostró Jesús. Dar la vida en el día a día, en la atención amable más allá del cansancio, en el respeto a pesar de la violencia, en la lucha contra el pesimismo y la desesperanza

Ser educador es gastarse en el servicio a los demás. El quehacer del genuino maestro es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación; habilidades para dar clases y sobre todo, disposición y habilidades para darse.

Siempre que mires la luna llena y veas en ella la imagen de un conejo, recuerda que Dios la puso allí para recordarte tu misión de educador. El mismo es el perfecto servidor, que nos está sirviendo en todo:

Yo te alabo, Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.

Orquestas el canto del cosmos
y afinas el oído que escucha.
Purificas el aire viciado
y abres el pulmón que respira.
Haces fluida la sangre en el cuerpo
y canal la vena que la guía.
Avivas el verde en la hoja
y alegras el ojo que mira.

Yo te alabo, Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.

Nos impulsas hacia los demás
y desde los demás nos fascinas.
Nos alientas a un encuentro sin fin
y nuevo cada día te muestras.
Nos invitas a servir al pueblo
y en el seno del pueblo nos cuidas.
Por amor nos das la vida en cada origen
y en el amor nos acoges cuando termina.

Yo te alabo, Señor,
servidor nuestro
en todo lo creado.

(Benjamín González Buelta)

43.- CAIN SE BLANQUEO DE MIEDO

Cuenta Eduardo Galeano que, según los viejos sabios de la región colombiana del Chocó, Adán y Eva eran negros y negros fueron sus hijos Caín y Abel. Cuando Caín mató a su hermano, tronaron de tal modo las iras de Dios que el asesino palideció de culpa y miedo, y palideció tanto que se convirtió en blanco. De él descendemos todos los blancos.

Para ayudarse en la catequesis, aquel misionero europeo había llevado al Africa una serie de cuadros y de láminas de su país, de modo que los fieles visualizaran mejor su mensaje. Su voz temblaba al mostrar los suplicios de los condenados que se retorcían en las llamas como podía apreciarse en ese cuadro del infierno. Y la gente, a pesar del tono terrorífico de su voz y lo terrible de la escena, se reía. Comenzó primero uno, luego la risa fue una carcajada creciente a medida que un extraño cuchicheo fue pasando de boca en boca.

El sacerdote no podía entender tanta alegría, si lo que trataba de explicarles era tan serio y tan terrible. Desconcertado y molesto, preguntó por fin qué es lo que pasaba que les provocaba tanta risa. La respuesta, evidente, lo desconcertó:

-Es que, padre, todos los que están en el infierno son blancos.

El racismo es sin duda una de las enfermedades más terribles de la humanidad. La raza blanca trató de probar su supuesta superioridad con razones científicas, filosóficas y hasta religiosas, para con ello justificar la explotación e incluso el exterminio de las otras razas que los blancos decretaron que eran inferiores. Como escribe Eduardo Galeano (**Patás Arriba, la escuela del mundo al revés, 1998, p.46**), “blancos fueron los reyes, los vampiros de indios y los traficantes negreros que fundaron la esclavitud hereditaria en América y en Africa, para que los hijos de los esclavos nacieran esclavos en las minas y en las plantaciones. Blancos fueron los autores de los incontables actos de barbarie que la Civilización cometió, en los siglos siguientes, para imponer, a sangre y fuego, su blanco poder imperial sobre los cuatro puntos cardinales del globo. Blancos fueron los jefes de estado y los jefes guerreros que organizaron y ejecutaron, con ayuda de los japoneses, las dos guerras mundiales que en el siglo veinte mataron a sesenta y cuatro millones de personas, en su mayoría civiles; y blancos fueron los que planificaron y realizaron el holocausto de los judíos, que también incluyó a rojos, gitanos y homosexuales, en los campos nazis de exterminio”

La larga historia del racismo sigue enquistada en los corazones de muchas personas. Es sorprendente el constatar con qué crueldad y fuerza saltan los brotes racistas en países europeos y en Los Estados Unidos, pese a las leyes y proclamas de igualdad de derechos de todos. También en Venezuela es fuerte el racismo, aunque lo neguemos. La palabra indio es considerada como un insulto, al cabello encrespado se le llama “pelo malo”, los negros desempeñan siempre los papeles de servicio o chofer en las telenovelas, y existen cantidad de dichos y

expresiones que muestran lo profundamente enraizado que sigue el racismo: *pareces indio, hueles a negro, piensan que en Venezuela seguimos siendo indios, tiene el alma negra, blanco con bata blanca: doctor; negro con bata blanca: polero. El blanco corre, el negro huye... Si un negro maneja un carro es chofer o se lo ha robado...*

Urge, por todo esto, una educación que combata con tenacidad la menor muestra de racismo y cualquier tipo de discriminación, que enseñe a asumir la diversidad como riqueza. Es maravilloso que seamos distintos y, al mismo tiempo iguales. No hay raza o pueblo, superior a otros. Todos, como personas, valemos por igual. Todos somos creados por amor, somos hijos de un mismo Padre, y tenemos una misión que realizar en la vida. Y si todos los seres humanos somos iguales, todos tenemos derecho a ser diferentes. De ahí que debemos tratar a cada alumno y enseñarles a tratar a sus compañeros por igual sin importar su raza, país, familia, género o condición. El racismo es una actitud inhumana que, más que a las víctimas, ofende verdaderamente al que lo practica.

44.- EL ARBOLITO ENFERMO

El padre había plantado el arbolito el mismo día en que nació su hijo, y niño y árbol crecían juntos y se amaban con ternura. El niño lo cuidaba con esmero y lo consideraba como un hermano.

Un día, el arbolito empezó a marchitarse y sus hojas perdieron su brillo y lozanía. El niño se puso muy triste, y para ver si conseguía curarlo, arrancaba dolorosamente cada una de las hojas amarillentas y regaba sus pies con cariño y con cuidado.

Una tarde, el sufriente arbolito se dobló ante su amigo y le dijo con voz adolorida:

-El mal que me devora está en mis raíces. Si tú pudieras curarlas, recobraría mi fuerza y lozanía.

El niño se puso a cavar en la base del tronco y descubrió un nido de jejenes devorando sus raíces.

(Fábula de Pestalozzi)

Hay muchos problemas que requieren una cura en las raíces: para combatir la inseguridad y la delincuencia, por ejemplo, no se requieren nuevas cárceles, policías mejor dotadas, reforma de los códigos..., sino sobre todo, combatir la miseria que es la raíz de gran parte de los problemas sociales. La pobreza es la principal enfermedad que debemos enfrentar con coraje en nuestros días. No es posible ni aceptable que nos resignemos a ella como si fuera el destino inevitable para la mayoría de nuestros hermanos. Con verdadera decisión política, sería fácilmente derrotable la pobreza, como lo fue la esclavitud en siglos pasados. Junto a esto, debemos atacar de raíz esa cultura que promueve el individualismo y el egoísmo como virtudes fundamentales y degrada al ser humano a mero consumidor y comprador de cosas.

También la educación está muy enferma y requiere una cura en sus raíces. Con frecuencia, los cambios y reformas que se proponen son meros paños calientes, no tocan la raíz de la enfermedad. Cambios de técnicas, meras modas pasajeras, que dejan la entraña de la educación intocada.

Todos debemos entender que educar es algo más sublime e importante que transmitir conocimientos o desarrollar una serie de destrezas y habilidades. Educar es enseñar a vivir en plenitud, ayudar a cada alumno a conocerse, valorarse y así moldear su vida como una auténtica obra de arte. Cada alumno es un ser único e irreplicable, con una misión en la vida, y los talentos necesarios para poderla realizar.

Urge que la sociedad tome en serio a la educación y a los educadores y se proponga levantarlos del estado de abandono y postración en que se encuentran. Necesitamos pasar de las proclamas a los hechos. Hay consenso en teoría de la importancia de la educación para lograr un desarrollo sustentable, que alcance a todos, y para ir gestando una democracia sustantiva, de genuinos ciudadanos. En la práctica, sin embargo, se le niegan los recursos necesarios y se trata a los educadores como a verdaderos parias. La sociedad no se ocupa de los maestros como debería, y los maestros no se ocupan en forma satisfactoria de los hijos que la sociedad les entrega. Los educadores se sienten maltratados por la sociedad y esta se siente maltratada por los educadores. Es urgente, en consecuencia, que rompamos este círculo vicioso de la fatalidad. Tratemos a los educadores de acuerdo a la responsabilidad de su misión y exijámosle entrega, calidad. La educación, la formación de los ciudadanos del mañana, debería ser entregada a los mejores ciudadanos. No olvidemos nunca que si bien la educación sola no va a sacar al país de la crisis, no es menos cierto que no saldremos de la crisis sin el aporte de una educación profundamente renovada. Todas las políticas sociales y económicas serán insuficientes y resultarán ineficaces, si no transformamos la educación. Levantar la educación del estado de postración en que se encuentra, debería ser la prioridad nacional. Para ello, estado y sociedad deben asumir su responsabilidad y dignificar y tratar a los educadores como los primeros ciudadanos, los que están formando el alma del país. No es posible tener ciudadanos de primera con maestros de tercera. A los educadores se les exige mucho y se les da muy poco. Todos quieren el mejor maestro para sus hijos, pero muy pocos quieren que sus hijos sean maestros. Si queremos que la educación contribuya a acabar con la pobreza, tenemos primero que acabar con la pobreza de la educación y la pobreza de los educadores.

Los educadores, a su vez, deben comprometerse en su permanente dignificación y superación, esforzarse por ser cada día mejores, y empezar a actuar de acuerdo a lo que la sociedad espera de ellos.

45.- LA MIRADA DEL EDUCADOR

En cierta ocasión, un príncipe quiso saber cómo miraban y veían la realidad sus tres amigos sabios: el escultor, el biólogo y el maestro. Para ello, los fue citando por separado junto al estanque de su jardín y les hizo esta pregunta:

-Dime, ¿qué es lo que más te llama la atención del estanque?

El escultor estuvo observando con atención todos los detalles y por un buen rato, detuvo sus ojos en el pretil de mármol bellamente esculpido.

-Lo que más me gusta –dijo convencido- es el pretil que está muy bien tallado. El realza en especial la belleza del estanque dándole un toque sublime.

El biólogo observó el pretil, pero su mirada se detuvo en el interior del estanque. Por un buen rato estuvo observando con verdadera admiración el agua, las flores de loto que se abrían sobre ella, los pececitos de colores que nadaban entre las algas, los insectos que revoloteaban en la superficie... Su respuesta fue contundente:

-Lo mejor del estanque es la vida que bulle en sus aguas.

Cuando le tocó el turno al maestro, comenzó como los dos anteriores: también observó el bello pretil de mármol y, sobre todo, las aguas. Al cabo de un rato, dijo:

-El pretil es muy bello y resulta misteriosa la vida que bulle en las aguas del estanque. Pero lo que más me impresiona es la luz.

-¿La luz? –preguntó extrañado el príncipe.

-Sí, sin duda alguna, la luz. Observa los juegos de luces y de sombras que hacen resaltar los relieves del pretil. Fíjate bien cómo los rayos de luz se filtran hasta el fondo del estanque y nos posibilitan que disfrutemos de su vista. La luz hace que todo sea diferente a la mañana, al mediodía, al atardecer... Y aún queda lo más importante: la luz posibilita la vida que crece y se transforma en el estanque. Mañana todo será distinto: es imprevisible lo que cada día podrás encontrar en este estanque. Porque la luz añade a la vida el misterio.

Ayudar a descubrir la luz, guiar al asombro y al misterio, esa es la misión del genuino educador. El misterio está en todas partes, brota del corazón de las cosas y los seres. Aprende a vivir en estado de asombro, maravillándote ante la naturaleza, las personas, la vida, la existencia, el propio cuerpo. Glosando a la teóloga brasileña, Ana María Tepedino, el misterio de la vida nos debe llevar a reconocer lo sagrado en todas las personas. En la mujer y en el hombre, en el anciano y en el niño, en el sano y en el enfermo, el poderoso y el desvalido. En lo trascendente y en lo cotidiano, en el cielo y en la tierra, en la ciencia y en la

religión, en el cuerpo y el espíritu. En este proceso se intenta superar la explotación y la exclusión y avanzar hacia la inclusión, la equidad, la igualdad, la reciprocidad en las relaciones. Esta experiencia de equidad valoriza a todos y posibilita que cada ser descubra y vea reconocido su valor. El sentirse reconocido y amado es la experiencia fuente para que la vida crezca y se desarrolle. Fuente para poder amar, para ser. Fuente para establecer nuevas relaciones sociales y ecológicas, relaciones respetuosas y cuidadosas, amorosas y tiernas, para poder combatir y superar las manifestaciones de dominación y destrucción, para curarnos las heridas de la violencia, el egoísmo y el desamor. “Ante el misterio que está fuera de mí y dentro de mí, del cual formo parte junto con las otras personas y seres de la naturaleza, me experimento en una relación de amor mutuo, de mutua intimidad, que me inspira a entrar en un proceso vital que busca expresar de una manera nueva, el dar y el recibir amor, que me posibilita curar, crear, recrear a los otros, recrear a la naturaleza, para recrear el mundo” (Tepedino).

Educación: enseñar a ver y a mirar, a admirar, a dejarse atrapar por el asombro y el misterio:

* * *

Eduardo Galeano nos cuenta la historia de aquel niño que ardía en deseos de conocer el mar. Un día, su padre quiso complacerlo y emprendieron un largo viaje rumbo al mar. Atravesaron valles y montañas y, por fin, detrás de unos penosos médanos de arena, el mar les esperaba. Cuando estalló ante sus ojos en su infinita luminosidad azul, el niño se aferró desconcertado a la mano de su padre y sólo atinó a decir:

-Papá, ayúdame a mirar.

46.-HABIA UNA VEZ UN REMERO

Refieren las crónicas que, en 1994, se celebró una competencia de remo entre Japón y un país latinoamericano. Los remeros japoneses se destacaron desde el comienzo y llegaron a la meta una hora antes que el equipo latinoamericano.

De regreso al país, el comité ejecutivo de deportes se reunió para analizar las causas de tan desconcertante e imprevisto resultado. Las conclusiones fueron:

- 1.-En el equipo japonés había un jefe de equipo y diez remeros.*
- 2.-En el equipo latinoamericano había un remero y diez jefes de equipo.*

Con la idea de mejorar tan pobres resultados, iniciaron una planificación estratégica que propuso una profunda reestructuración para el año siguiente. Sin embargo, los resultados de la competencia fueron todavía más lamentables: el equipo latinoamericano llegó con dos horas de retraso. El nuevo análisis del Comité Ejecutivo arrojó los siguientes resultados:

- 1.-En el equipo japonés había un jefe de equipo y 10 remeros.*
- 2.-En el equipo latinoamericano, luego de los cambios introducidos por el departamento de Planificación Estratégica, la composición era la siguiente:*

- a. Un jefe de equipo*
- b. Dos asistentes del jefe de equipo*
- c. Siete jefes de unidad*
- d. Un remero.*

La conclusión del comité fue unánime y lapidaria: “El remero es un incompetente”. Un año más tarde se le presentó una nueva oportunidad al equipo latinoamericano. El departamento de Nuevas Tecnologías y Negocios había puesto en marcha un plan para mejorar la productividad, introduciendo novedosas modificaciones en la organización que generarían, sin lugar a dudas, incrementos sustanciales de efectividad, eficiencia y eficacia. Serían la llave del éxito. El resultado fue catastrófico. El equipo latinoamericano llegó tres horas más tarde que el japonés. Las conclusiones revelaron datos escalofriantes:

- 1.-Para desconcertar, el equipo japonés optó por la alineación tradicional: un jefe de equipo y diez remeros.*

2.-El equipo latinoamericano utilizó una novedosa formación integrada por:

- a. Un jefe de equipo*
- b. Dos auditores de calidad total*
- c. Un asesor de “empowerment”*
- d. Un supervisor de “downsizing”*
- e. Un analista de procedimientos*

- f. *Un tecnólogo*
- g. *Un contralor*
- h. *Un jefe de unidad*
- i. *Un apuntador de tiempos*
- j. *Un remero*

Luego de varios días de agotadoras reuniones y profundo análisis, el comité decidió castigar al remero quitándole todos los bonos e incentivos por el fracaso alcanzado y decidieron contratar otro remero. Todos los miembros del comité dieron los nombres de algún amigo o familiar “realmente bueno”.

El clientelismo y la burocracia nos están matando. Es urgente que cultivemos la cultura del esfuerzo, la responsabilidad, el trabajo, la productividad, y superemos de una vez por todas la cultura rentista que se fue fraguando en nuestras mentes y corazones a orillas del chorro petrolero. El pensar que somos un país rico es lo que más nos impide levantarnos de la pobreza. Por eso, todo el mundo, por considerarse rico, está esperando que le den lo que piensa que le pertenece, sin poner como contraparte su esfuerzo y su producción. Hemos desarrollado una gran cultura de lo que creemos que nos deben dar, de nuestros supuestos derechos, pero rehuímos cumplir con seriedad con nuestros deberes. Si vivimos en un país rico y hay pobres, es porque los corruptos se quedan con lo que nos pertenece a todos. Así, con este simplismo, seguimos rodando por el despeñadero esperando salir de abajo por un golpe de suerte o mediante un gobierno mesiánico que ahora sí va a acabar con los corruptos y terminar con todos nuestros problemas. Así, exorcizamos la corrupción pues los corruptos son siempre los otros y sigue intocada nuestra cultura clientelar, pasiva, burocrática, irresponsable, arribista, en la que se esconden las raíces de toda corrupción.

¿Cómo vamos a considerarnos ricos con el 85% de venezolanos en pobreza, con casi el 20% de desempleo absoluto, y el 50% en la economía informal, con los hospitales sin algodón ni inyectadoras, con las escuelas destrozadas y prácticamente todos los servicios colapsados? Venezuela es un pobre país pobre, potencialmente muy rico, lleno de posibilidades que para convertirlas en realidades, va a requerir del esfuerzo y el trabajo de todos y, en consecuencia, de una educación que cultive el esfuerzo, la disciplina y el trabajo como basamentos del progreso y que, en consecuencia, considere una verdadera tragedia cualquier pérdida de tiempo. No olvidemos que el tiempo no sólo se pierde cuando no hay clases, sino que también se pierde cuando los alumnos están dentro del salón sin hacer nada o dedicados a copiar del pizarrón o a cualquier actividad intrascendente, para pasar el tiempo, o que no lleva a ningún aprendizaje significativo. Si cualquier razón es buena para suspender clases y el tiempo escolar se pierde por cualquier motivo o se dedica a hechos intrascendentes e improductivos, los alumnos van aprendiendo el valor de la irresponsabilidad, la improductividad y la flojera. Detrás de cada milagro económico, llámese milagro alemán, japonés, español..., aparecen siempre dos constantes: un pueblo que ha creído en sí mismo y que ha emprendido su propia

superación mediante un trabajo bien hecho, asumido con seriedad y responsabilidad. Mientras no incluyamos la calidad como valor en todo lo que hacemos, y transformemos nuestras aulas y centros educativos en lugares de producción (de aprendizajes, valores, formas de vida y de convivencia...), nunca saldremos de abajo y seguiremos añorando un idílico país inexistente que se nos fue de las manos.

47.- DALE A CADA COSA SU VALOR

Después de tres meses sin haber escrito a sus padres, un joven universitario les escribió la carta siguiente:

“Queridos padres:

Siento muy de veras que haya pasado tanto tiempo desde mi última carta, pero es que no quise preocuparles contándoles el incendio de nuestro dormitorio, ni los golpes que recibí al tirarme por la ventana huyendo del fuego. Me llevaron al hospital y, aunque me atendieron muy bien, existe el peligro de que quede cojo por toda la vida.

Antes de terminar, quiero decirles que no se preocupen: no hubo tal incendio, no me arrojé de ninguna ventana, ni existe el peligro de que me quede cojo... Les cuento todo esto porque me rasparon en inglés y en biología y, después de lo que les conté más arriba, estoy seguro que no le van a dar la importancia que le hubieran dado si no comienzo la carta como lo hice”.

Con frecuencia, escuelas y colegios, por vivir encerrados en su mundo pequeño, agigantan los problemas y de cualquier tontería forman un escándalo mayúsculo: “Rodríguez lleva el cabello muy largo”, “apareció una grosería en los baños”, “Urdaneta siempre anda con la franela por fuera”... En un mundo que se cae a pedazos, escuelas, colegios y liceos siguen empeñados en convertir en montañas simples menudencias y se agotan en lo trivial e intrascendente. Aprendamos a relativizar los problemas y a darle a cada hecho la importancia que realmente tiene y la atención que amerita. Si lo hacemos, ahorraremos mucho tiempo y energías y, sobre todo, aprenderemos a tomar en consideración lo que de veras importa. Así levantaremos personas verdaderas, que no se derrumban “porque me miró feo”, ni sacan la pistola porque les rayaron el carro.

48.- LA SABIDURIA DE LA ANCIANA ABADESA

Cuentan las viejas crónicas que, en tiempos de las cruzadas, había en Normandía un monasterio dirigido por una abadesa de gran sabiduría. Más de cien monjas vivían en él entregadas a la oración, el trabajo y el servicio a Dios.

Un día, el obispo del lugar acudió al monasterio a pedir a la abadesa que destinara a una de sus monjas a predicar en la comarca.

La abadesa reunió a su Consejo y, después de larga reflexión y consulta, decidió preparar para tan noble misión a la hermana Clara, una joven novicia llena de virtud, de inteligencia y de otras singulares cualidades.

La madre abadesa la envió a estudiar, y la hermana Clara pasó largos años en la biblioteca del monasterio y fue discípula aventajada de los mejores profesores de la época. Cuando regresó, todas las monjas alabaron su erudición y la maestría de su discurso.

Fue a arrodillarse ante la abadesa y le preguntó con avidez:

-¿Ya puedo ir a predicar, reverenda madre?

La anciana abadesa la miró a lo profundo de sus ojos y le pareció descubrir que en la mente de la hermana Clara había más respuestas que preguntas.

-Todavía no –le dijo, y la envió a trabajar en la huerta.

Allí estuvo de sol a sol por varios meses, soportando las heladas del invierno y los calores sofocantes del verano. Arrancó piedras y zarzas, cuidó con esmero cada una de las cepas de la viña, aprendió a esperar el crecimiento de las semillas y a reconocer, por la subida de la savia, el momento oportuno de podar los frutales. Adquirió otra clase de sabiduría; pero aún no era suficiente.

La madre abadesa la envió a la portería. Día a día escuchó las súplicas de los mendigos que acudían a pedir un plato de comida, y las quejas de los campesinos explotados por el señor del castillo. Su corazón ardía en ansias de justicia.

Pero la madre abadesa consideró que todavía no estaba lista.

La envió entonces a recorrer los caminos con una familia de saltinbanquis. Vivía en el carromato, les ayudaba a montar su tablado en las plazas de los pueblos, comía moras y fresas silvestres, y a veces tenía que dormir al raso, bajo las estrellas. Aprendió a contar adivinanzas y chistes, a hacer títeres, y a recitar romances y poemas como los juglares.

Cuando regresó al monasterio, llevaba consigo canciones en los labios y se reía como los niños.

-¿Puedo ir ya a predicar, madre?

-Aún no, hija mía. Vaya a orar.

La hermana Clara pasó largo tiempo en una solitaria ermita en el monte. Cuando volvió, llevaba el alma transfigurada y llena de silencio.

-¿Ha llegado ya el momento?

No, todavía no había llegado. Se había declarado una epidemia de peste, y la hermana Clara fue enviada a cuidar de los apestados. Veló durante noches enteras a los enfermos, lloró amargamente al enterrar a muchos de ellos, y se sumergió en el misterio de la vida y de la muerte.

Cuando se debilitó la peste, ella misma cayó enferma de tristeza y de agotamiento y fue cuidada por una familia de la aldea. Aprendió a ser débil y a sentirse pequeña, se dejó querer y ayudar y recobró la paz.

Cuando regresó al monasterio, la Madre abadesa la miró con cariño y la encontró más humana y vulnerable. Tenía la mirada serena y el corazón lleno de rostros y de nombres.

-Ahora sí, hija mía, ahora sí.

La acompañó hasta el gran portón del monasterio, y allí la bendijo imponiéndole las manos. Y mientras las campanas tocaban el Angelus, la hermana Clara echó a andar hacia el valle para anunciar allí el santo Evangelio.

(Tomado de Ma. Dolores Aleixandre,
"Círculos en el agua". Sal Terrae)

En este bello relato, podemos encontrar los rasgos principales del genuino educador, sembrador de vida y militante de la esperanza: Necesita sí, estudios serios y formación sólida. Pero también, conocer y compartir la vida y trabajos de los obreros y campesinos y adquirir la profunda sabiduría de la sencillez que brota del contacto con la vida y la naturaleza. También es necesario que su corazón se agite con la pasión por la justicia y asuma su profesión como una misión de servicio a la vida de los más débiles. Necesita aprender a reír y hacer reír, hacerse niño, asumir la vida como fiesta. Y necesita sobre todo cincelar su corazón en el servicio a los más necesitados y hacerse humilde y débil, capaz de recibir ayuda y amor, para sólo así poderlo brindar a los demás.

Educador de corazones, misionero de esperanzas, en este relato tienes un camino para tu permanente formación...

49.- EL REY Y SUS MASCARAS

El rey de aquel país era tan cruel y malvado, que toda su maldad se le reflejaba en el rostro. Lo mismo sucedía con su ejército.

Este rey era un gran conquistador y ya se había apoderado de todos los países vecinos. Le faltaba, sin embargo, la comarca que limitaba con su reino por el sur. Esta comarca estaba habitada por gentes honradas y laboriosas, que trabajaban con alegría y entusiasmo. Por ello, el país había alcanzado un alto nivel de desarrollo y prosperidad.

Con la idea de conquistar el país, el rey infiltró en él a su ejército, y para que no reconocieran a sus hombres les mandó cubrirse el rostro con caretas de personas alegres, risueñas y bondadosas.

Nadie, al ver aquellos hombres de rostro tan simpático y agradable, sospechó que eran unos temibles invasores. Los soldados, disfrazados y escondidos bajo sus máscaras, se incorporaron de inmediato a la vida diaria de aquella nación.

Al amanecer, se levantaban con los primeros rayos del sol y se juntaban con los habitantes de ese país para entregarse a las labores del día. El grupo que se unió a los campesinos, se fue al campo cantando esta canción:

“Vamos todos al campo/ cantando a trabajar/ con amor sembraremos/ y juntos recogeremos/ la cosecha y la flor”

Al atardecer, luego de la dura labor, regresaban cantando también. Mientras comían y descansaban, escuchaban las bellas historias de aquel pueblo, sus leyendas y tradiciones, las hazañas de sus héroes y sabios, sus costumbres, la invitación repetida a la honestidad, el trabajo y la unión. Allí residía el secreto de su prosperidad y alegría.

Pasaron los días y los meses...Aquellos soldados esperaban la orden de su rey para atacar. Y mientras esperaban, trabajaban, reían, cantaban, imitaban en todo a los otros ciudadanos. Y diariamente salían al campo, al amanecer, cantando alegres y felices...

“Vamos, vamos, amigos/ con amor a sembrar...”

Por fin, llegó el día en que el rey dio la orden fatal de atacar, destruir y matar. Entró a la ciudad y buscó a sus bravos y crueles soldados entre la multitud. Pero no los encontró. En vano buscó por todas partes. Y era que no los reconocía, porque todos sus hombres, toditos, tenían los mismos rostros risueños, simpáticos, amables. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba su ejército?

Bueno, cuenta la historia que los soldados, cuando se enteraron de la orden del rey, trataron de quitarse las máscaras, de arrancárselas del rostro, pero no pudieron. Tanto y tanto habían imitado a aquellos excelentes ciudadanos que se habían vuelto como ellos, y la máscara se había incorporado a la piel formando parte de ella. Por eso, ya no pudieron volver a ser unos crueles soldados. Se transformaron todos: unos en campesinos alegres y trabajadores, otros en artesanos, otros en escritores y poetas... Y todos, siempre unidos, entonaban diariamente al amanecer, un canto al trabajo y a la vida.

¿Y el rey cruel? Bueno, él tuvo que regresar a su reino, derrotado y solitario, víctima de su propia maldad que se había vuelto contra él.

(Cuento de Alejandrina Gómez)

Si te juntas con personas alegres, te irán comunicando su alegría. Si tus amigos son trabajadores y honrados, tú también lo irás siendo. Huye de los amargados, falsos y corruptos porque te inocularán su veneno, y te irán haciendo como ellos. Practica con tesón la sonrisa y el canto hasta que tallen tu rostro. Suelta tus músculos, cubre de alegría tus miedos. No importa cómo has sido hasta ahora, imita la virtud, proponte ser alegre, servicial y trabajador y verás cómo cambia tu rostro y tu corazón. Te pasará como a los soldados del aquel rey tan bravo y tan cruel o como al ingenioso pretendiente de aquella bella princesa:

En el antiguo Imperio chino vivía una princesa que estaba en edad de casarse. Su padre, el emperador, le animó a que escogiera marido entre todos los súbditos del imperio. Quería para ella al hombre más hermoso, valiente e ingenioso del mundo.

* * *

Se enviaron mensajeros por todas las regiones. Los jóvenes que creyeran tener esas cualidades podían presentarse en el palacio en el día señalado.

En una lejana región vivía un hombre muy hábil. No era nada hermoso. Los rasgos de su cara revelaban que era cruel y malvado, hosco, violento. Era un ladrón y un asesino. Pero se le ocurrió una feliz idea para participar en la selección. Le encargó al mejor artesano de máscaras una que expresara la máxima belleza, ternura, gracia. El mismo ladrón quedó impresionado con los resultados. Era realmente perfecta. Se la colocó, y en vez de los rasgos duros y violentos, su rostro reflejó candor, belleza, dulzura, valor.

La princesa lo seleccionó sin la menor duda entre el grupo de sus pretendientes. A todos superaba por su belleza y prestancia. Cuando el ladrón comprendió las consecuencias de su trampa, se puso a temblar de miedo: Sabía que, cuando se descubriera el engaño, el Emperador lo mandaría matar. Para salir del problema, le dijo a la princesa que no era conveniente acelerar el noviazgo y que le diera un año para prepararse para tomar una decisión tan trascendental. A

la princesa le pareció buena la idea y le agradó que fuera un hombre, además de bello y elegante, prudente.

Como en todo el imperio lo conocían como el pretendiente y prometido de la princesa, no tuvo más remedio que empezar a desempeñar ese papel. Debía cuidar las palabras que decía, actuar con elegancia y delicadeza, ser valiente, mostrar coraje y misericordia. Así, fue aprendiendo a actuar con bondad y generosidad, comenzó a ser compasivo y piadoso; ayudaba a los menesterosos, combatía las injusticias, consolaba a los tristes...

Pero había un abismo entre la máscara y el corazón. No podía olvidarse de quién era en realidad. Su espíritu se consumía de resentimiento, le incomodaban los halagos de la gente, le horrorizaban sus propios engaños

Y llegó de nuevo el día de volver a palacio y presentarse a la princesa. Iba decidido a contarle toda la verdad y asumir las consecuencias. Llegó, se echó por tierra, la saludó, y entre muy amargas lágrimas le contó todos sus engaños:

-Soy un bandido, un malhechor. Me hice esta máscara tan sólo por contemplar el interior del palacio y poder admirar a la mujer más hermosa del imperio. Nunca pensé que podría elegirme. Cuánto siento haber aplazado un año sus planes de matrimonio...

La princesa se enfadó mucho, pero sintió curiosidad por ver quién era, por contemplar al hombre depravado que se ocultaba tras la máscara. Y le dijo:

-Me has engañado, pero te perdono porque has sido capaz de contar a tiempo toda la verdad. Sólo te pido un favor para dejarte libre: quítate la máscara y déjame ver tu rostro.

Temblando de miedo, el bandido se quitó la máscara. Al verlo, la princesa se enfadó y enfureció:

-¿Por qué me engañaste? ¿Por qué llevas una máscara que reproduce a la perfección tu propio rostro?

Era cierto. El rostro verdadero se había identificado con la máscara. Un año entero de esfuerzo por ser como la máscara, lo había cambiado por completo.

50.- EL SAMURAI Y EL MONJE

Un belicoso Samurai desafió en cierta ocasión a un maestro Zen a que explicara el concepto de cielo e infierno. Pero el monje respondió con desdén:

-Tú eres demasiado bruto y yo no puedo perder mi tiempo con individuos como tú.

Herido en lo más profundo de su alma, el Samurai montó en cólera, desenvainó su espada y le gritó con ira:

-¡Podría matarte por tu impertinencia!

-Eso –repuso el monje con calma- es el infierno.

Desconcertado al percibir la verdad en lo que el maestro señalaba con respecto a la furia que lo dominaba, el Samurai se serenó, envainó la espada y se inclinó, agradeciendo al monje la lección.

-Y eso -añadió el monje- es el cielo.

Cielo e infierno: vivencias que cruzan nuestro espíritu, actitudes y conductas que generan alegría, entusiasmo y vida u ocasionan dolor, ofensa y muerte. El cielo y el infierno están ya aquí atravesando nuestras vidas. De nosotros depende el vivir cada día o cada acción como constructores de cielo o como productores de infierno. Para los demás y para nosotros mismos. Pues sólo si tratamos de llevar el cielo a los demás, lo iremos alcanzando también para nosotros mismos. El buscar individualmente la propia felicidad como sea, sin tener en cuenta a los demás, ocasiona dolor, explotación, muerte. Es camino al infierno para otros y para uno mismo.

Esfuézate por tratar a cada alumno con paciencia, cariño y bondad e irás convirtiendo tu salón en un pequeño cielo.

51.- MAESTROS

Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que Usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado en una de las playas de Europa. No puede Usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Usted me ha dado: no he podido borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Usted me ha regalado.

(Simón Bolívar)

El 19 de enero de 1824, estando en la cumbre de su gloria, Simón Bolívar, El Libertador, le escribió desde Pativilca (Perú) esta carta a su antiguo maestro, Don Simón Rodríguez. En ella reconoce y agradece que fue su maestro quien sembró en su corazón los anhelos y el compromiso por la libertad y la justicia, que espoleó su corazón para lo grande y lo sacó de una vida frívola y sinsentido. Rodríguez fue, para Bolívar, un verdadero maestro.

También Albert Camus, que cuando niño vivió en Argelia una vida de trabajos y pobreza, y que, sin embargo, llegó a ser un gran intelectual y un muy afamado escritor que obtendría el premio nóbel de Literatura, quiso reconocer en otra famosa carta que todo se lo debía a un maestro muy especial, el Sr. Germain. Y así le escribió tras obtener el Premio Nóbel :

* * *

Esperé que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que yo era, sin su enseñanza y ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Lo abrazo con todas mis fuerzas,

Albert Camus.

* * *

En su novela póstuma, **El primer Hombre**, Camus quiso inmortalizar el recuerdo de su maestro y escribió unas bellísimas páginas donde recuerda la increíble y gozosa aventura que eran las clases del Sr. Germain:

* * *

Después venía la clase. Con el Sr. Germain era siempre interesante por la sencilla razón de que él amaba apasionadamente su trabajo... La escuela les proporcionaba unas increíbles alegrías, e indudablemente lo que con tanta pasión amaban en ella era lo que no encontraban en casa, donde la pobreza y la ignorancia volvían la vida más dura, más desolada, como encerrada en sí misma; la miseria es una fortaleza sin puente levadizo...

No, la escuela no sólo les ofrecía una evasión de la vida de familia. En la clase del Sr. Germain, por lo menos, la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial todavía para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado rogándoles que tuvieran a bien tragarlo. En las clases del Sr. Germain, sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir el mundo.

Si tu corazón late más aprisa
viendo a tus alumnos,
si cada persona es para tí
un ser que se debe cultivar,
si cada hora de clase se ha escapado aprisa,
si quieres más tu trabajo cada año que pasa,
si las dificultades inevitables
te encuentran sonriente,
si los padres y los niños
dicen que eres amable,
si tu justicia sabe revestirse de amor,
si combates el mal pero no al pecador,
si sabiendo tantas cosas no te crees sabio,
si sabes volver a estudiar lo que creías saber,
si en lugar de interrogar,
sabes sobre todo responder,
si sabes ser niño permaneciendo maestro,
si ante la belleza sabes sorprenderte,
si tu vida es lección y tu palabra silencio,
si tus alumnos quieren semejarse a tí,
entonces...

TU ERES MAESTRO.